





Susan Stephens

Recuerdos de verano



Susan Stephens

Recuerdos de verano



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

RECUERDOS DE VERANO, N.º 80 - mayo 2013
Título original: The Man From Her Wayward Past
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3055-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Prólogo

La lista de las cosas por hacer de una soltera.

Todos los caminos llevan a Roma y el objetivo está claro, ¡lo dejo bien dicho en el número 10!

1 – Encontrar trabajo.
2 – Encontrar casa.
3 – Depilarme.
4 – Ponerme morena.
5 – Ir bien peinada.
6 – Comprarme ropa nueva.
7 – Apuntarme al gimnasio.
8 – Encontrar un profesor de baile estupendo.
9 – Amordazar a mis hermanos.
10 – Encontrar (que no sea jugador de polo) novio.

Soy la única chica y mis cuatro hermanos juegan al polo, así que estoy harta, muy harta, de fustas, estribos y machismo las veinticuatro horas del día.

Capítulo 1

Encontrar trabajo

No es exactamente el trabajo que me imaginaba, pero tengo mis razones. ¿Cuáles son esas razones?

Lo cierto es que tuve el trabajo de mis sueños haciendo prácticas de dirección en un hotel exclusivo de Londres. Fue la guinda del pastel después de haber terminado mis estudios de Dirección de Hoteles en Argentina, estudios que elegí después de haber estado toda la vida ocupándome de mis cuatro hermanos, que son de lo más exigentes, pero tuve que dejarlo porque un conserje me hizo chantaje y me dijo que, si no me acostaba con él, revelaría quién era en realidad Anita Costa.

Los que me conocieran antes de leer esto, se preguntarán qué ha sido de la Lucía loca, glamurosa, divertida y ostentosa que era el alma de todas las fiestas y que ahora ha quedado a la altura del betún.

Si tú eres una de esas personas, sigue leyendo.

Te darás cuenta de que, si hay algo que no he perdido, es mi sentido del humor. Menos mal, porque las cosas no me pueden ir peor.

Nadie mejor que Lucía sabía que una discoteca de día era un lugar muy cutre.

Como para no saberlo ahora que llevaba días a cuatro patas fregando el suelo pegajoso bajo una bombilla desnuda. El local era uno de los que estaban más de moda de la costa de Cornualles y era muy fácil encontrarse allí con lo mejor de la alta sociedad, tanto en el local como en la playa que había enfrente.

Allí mismo se habían pavoneado sus hermanos siendo más jóvenes. Con su gran amigo Luke.

Luke...

¿Era un buen momento para ponerse a pensar en aquel hombre de cuerpo musculado y gran inteligencia, aquel hombre que estaba fuera de su alcance, aquel hombre que también jugaba al polo y que, por lo tanto, iba en contra de la regla número 10?

–¿No tienes nada que hacer?

Lucía levantó la mirada y se encontró con el dueño de la discoteca. Van Rickter había sido un cantante conocido de joven, tal y como él mismo le había explicado cuando Lucía le había

suplicado que le diera trabajo, cualquier trabajo. Ahora, convertido en un hombre de mediana edad, se dedicaba a tratar mal a sus empleados.

Lucía se apresuró a seguir fregando. En aquel momento, llegó Grace, otra de las empleadas del local.

–Me han dicho que esta noche va a haber algo grande –anunció la recién llegada dejando el bolso sobre una mesa–. Y yo resfriada. Con la nariz roja no te dejan buenas propinas. Así, nunca voy a conseguir un novio que me saque de aquí...

Lucía se dio cuenta de que, hasta hacía poco tiempo, aquel comentario la habría puesto en pie de guerra porque no había nada que le gustara más que coquetear y bailar.

Acostumbrada a que sus cuatro hermanos no dejaran que ningún hombre con malas intenciones se acercara a ella, había crecido sin saber lo que era el peligro y pudiendo flirtear todo lo que le venía en gana.

En aquel entonces, en cuanto hubieran hablado de una fiesta, ya se habría puesto los tacones, el vestido, el maquillaje y las uñas, pero eso había sido entonces y ahora era ahora.

Las cosas eran muy diferentes.

Lucía se giró hacia Grace y vio que estaba muy pálida.

–No te encuentras bien, ¿verdad? Vete a casa, ya hago yo tu turno –se ofreció.

–¿Cómo vas a hacer mi turno inmediatamente después del tuyo? –se escandalizó Grace negando con la cabeza–. No has parado de trabajar desde que llegaste. Si sigues así, tú también vas a caer enferma. Esta noche te tienes que poner los tacones, entrar aquí como si fueras la dueña y mirar a tu alrededor. Si encuentras a alguno que cumpla los requisitos que tú y yo sabemos, me lo guardas.

Lucía se estremeció inconscientemente, pero Grace se rio muy contenta. Grace no tenía ni idea de lo que le había sucedido a Lucía en Londres y Lucía tampoco estaba dispuesta a contárselo.

–Vaya, viene con cara de pocos amigos –comentó Grace cuando vio aparecer de nuevo a Van Rickter.

Dicho aquello, se dirigió a los vestuarios para cambiarse de ropa, así que el jefe la emprendió con Lucía.

–A ver, Anita, esmérate un poco más –le exigió–. Ya sabes que me sería muy fácil encontrar a otra persona que hiciera mejor tu trabajo –se rio, alejándose con sus zapatos de tacón cubano.

Todo el mundo la llamaba Anita. Lucía había elegido aquel nombre porque era el de su personaje favorito de *West Side Story*,

que le encantaba. Ponerse un apellido nuevo también había resultado muy fácil, simplemente se había quitado la «a» y, así, Lucía Acosta se había convertido en Anita Costa.

¿Y para qué?

Pues porque no era fácil que la gente la tratara de manera natural e imposible ser independiente cuando sus cuatro hermanos, los cuatro jugadores de polo, estaban en todas las vallas publicitarias de la ciudad.

Lucía se llevó las manos a las caderas, que le dolían, y soñó con Argentina y con la libertad de la pampa, con su maravillosa casa, que ahora se le antojaba tan lejana... Desde el encontronazo con aquel conserje, su vida había ido de mal en peor, pero seguía decidida a seguir adelante sola, sin recurrir al dinero de su familia.

–¿Estás bien? –le preguntó Grace.

–Perfectamente.

Lucía se apartó el pelo de la cara y siguió fregando. Estaba encantada, después de lo que había sucedido en Londres, de tener un trabajo en el que nadie la conociera.

Antes de morir, su madre siempre le decía que debía mantenerse alerta para saber reaccionar con rapidez y lucidez ante las situaciones inesperadas de la vida.

Creer que el conserje del hotel de Londres y ella eran amigos había dejado claro que el consejo de su madre no le había servido de nada.

Le costaba creer que su madre hubiera muerto hacía ya casi diez años en una trágica inundación. Demelza Acosta era de Cornualles. Por eso, su familia siempre había veraneado en St. Oswalds y por eso, suponía Lucía, había huido allí, a aquel rincón de Inglaterra donde había sido muy feliz.

Van Rickter volvió a aparecer y Lucía bajó la cabeza hacia el suelo.

–Hoy debe de ser tu día de suerte –le dijo su jefe con sarcasmo–. Le he dicho a Grace que se vaya a casa porque a nadie le gusta que le sirva una copa una camarera resfriada, así que esta noche te vas a hacer tú cargo de la barra –anunció–. Y no te quejes de que terminas de limpiar a las siete porque te dará tiempo de sobra a cambiarte de ropa –le advirtió.

Sí, de sobra. Media hora para correr a la caravana, ducharse con agua fría y volver a la discoteca. Si no cenaba, a lo mejor le daba tiempo.

–Muy bien –contestó Lucía, porque necesitaba el dinero.

Van Rickter la miró con incredulidad.

–Pero dúchate y ponte crema en las manos, ¿eh?, que no quiero que a los clientes se les atragante el champán.

–Claro –contestó Lucía sonriendo, porque sabía que una sonrisa desconcertaba más a aquel hombre que una mirada de desagrado.

En la barra dejaban buenas propinas.

Mientras se metía en la ducha, Lucía pensó que ser simpática y estar limpia era mucho más importante que tener el estómago lleno porque a nadie le gustaba que le sirviera una copa una camarera que oliera mal y, además, Lucía quería que le dejaran buenas propinas.

Tras ducharse con agua fría, se dio cuenta de que era imposible entrar en calor en aquella caravana sin calefacción, que le había caído del cielo con su otro trabajo. Sí, tenía otro trabajo y, gracias a él, también tenía dónde vivir... aunque no le pagaran. Bueno, todavía no. El trabajo consistía en ayudar a Margaret, la anciana dueña del Sundowner, la casa de huéspedes donde ella solía alojarse de pequeña, a poner el negocio de nuevo en marcha.

Lucía se secó a toda velocidad con una toalla mientras le castañeteaban los dientes y miró el uniforme de Grace, que era un par de tallas más pequeño de lo que ella habría necesitado. Había engordado un poco desde que había llegado a Cornualles porque la buena de Margaret le preparaba unas meriendas maravillosas y, además, teniendo en cuenta lo voluptuosa que ella era por naturaleza...

Gracias a la mezcla de sangre argentina e inglesa, Lucía estaba preparada para aguantar tanto los terribles vientos de la pampa como el glacial invierno de Cornualles. Gracias a esos genes, precisamente, sus hermanos eran los mejores jugadores de polo del mundo porque eran mucho más grandes y fuertes, pero a ella le había tocado un físico bastante diferente en el reparto, pues era bajita y redondeada.

Lo que no quería decir que no hubiera tenido comiendo de la palma de su mano a todos los hombres que había querido. Bueno, más bien, a los que habían querido sus hermanos, la verdad.

Lucía intentó enfundarse la camiseta de Grace, pero no le cabían los pechos. ¿Y qué iba a hacer con los pantalones? La prenda, plateada, la esperaba riéndose de toda aquella comida basura barata y reconfortante de la que abusaba últimamente.

Cuando consiguió que sus dos pechos se quedaran quietos dentro de la camiseta y que ninguno se saliera, se dispuso a meterse

en los pantalones.

«¡Ayyy!».

Lo consiguió.

Luke Forster, ataviado con camiseta y vaqueros, bronceado y radiante después de haber hecho ejercicio, estaba sentado en la terraza de su hotel en St. Oswalds, cuando lo llamaron por teléfono desde Argentina.

–Hazme un favor –le pidió su mejor amigo, Nacho Acosta, tras haber hablado del último partido de polo–. Vigila a Lucía mientras estés en Cornualles.

–¿Lucía está en Cornualles?

–Eso me ha dicho.

Luke se quedó bloqueado.

«¿Debo hacerlo?», se preguntó.

Efectivamente, Lucía era la hermana de Nacho y la mujer más problemática del mundo. Nacho le dio su número de teléfono y, mientras lo anotaba, Luke no pudo dejar de pensar en ella, concretamente en sus pechos.

Aquello no estaba bien. Nacho era su mejor amigo y Lucía era lo más cercano que Luke tenía a una hermana, así que sus pechos estaban, definitivamente, fuera del menú.

«Una pena, porque son realmente espectaculares», pensó.

–La hemos vuelto a perder, Luke.

Luke se obligó a concentrarse en lo que Nacho le estaba contando.

–Esta vez, por lo menos, ha tenido la delicadeza de dejarnos un mensaje en el contestador diciéndonos que está visitando lugares del pasado.

Luke maldijo mentalmente. Eso era exactamente lo mismo que él estaba haciendo, así que al garete la excusa para no buscarla.

Luke se pasó la mano por el pelo y se dijo que se iba a tener que quedar un par de días más de lo previsto.

Por si no tenía suficiente con hacerse cargo de las empresas familiares, la fundación benéfica de su familia y con jugar al polo a nivel internacional, ahora tenía que vigilar a la hermana pequeña de Nacho.

No era la primera vez que Lucía desaparecía. Harta de estar rodeada de sus cuatro hermanos, se había ido de casa en cuanto había podido y pronto se había ganado la fama de que no había fiesta en la que no estuviera ella.

–Sé que ahora es una mujer hecha y derecha, pero me sigo sintiendo responsable de ella –le explicó Nacho–. Me harás este favor, ¿verdad, Luke?

¿Cómo se iba a negar? Nacho se había hecho cargo de sus hermanos tras la muerte de sus padres en una inundación y todo había ido de maravilla hasta que Lucía había llegado a la adolescencia.

–La encontraré –le aseguró–. Así que ha dicho que está visitando lugares del pasado, ¿eh? ¿Habrá ido a su antiguo colegio?

–¿Qué colegio?

Ambos se rieron.

Lucía, que era muy inteligente, también había sido muy mala alumna y había pasado por varios colegios.

–Si está en Cornualles, no creo que me cueste mucho encontrarla porque, en esta época del año, esto está muerto –comentó Luke–. Lo único que hay es la discoteca –recapacitó dejándose llevar por su intuición y por el recuerdo de Lucía en la boda de su hermano.

¡Qué bien bailaba!

–Muchas gracias –le dijo Nacho.

Aunque volvieron a hablar de polo, Luke no pudo dejar de pensar en Lucía. Las madres de ambos eran de Cornualles. Así se habían conocido sus familias, porque veraneaban en la misma casa de huéspedes.

Sundowner tenía unos caballos excelentes y acceso directo a la playa, lo que para los padres de Luke había sido definitivo. Además, era un lugar íntimo y privado cuya dueña trataba a todo el mundo como si fuera de la familia, lo que no se podía pagar con dinero.

A Luke le encantaba Cornualles. Cuánto se alegraba de haber vuelto por trabajo. Era el único lugar del mundo en el que se sentía libre. Cuando cabalgaba por la playa en compañía de los hermanos de Lucía, había sido él de verdad. Ahora que había crecido, quería recuperar aquella sensación de libertad y de gozo.

–Llámame en cuanto te enteres de algo –le pidió Nacho–. Qué envidia me das –añadió–. ¿Te acuerdas de cuando montábamos a caballo por la playa en St. Oswalds?

–¿Cómo no me voy a acordar? –contestó Luke, encantado de que Nacho sintiera lo mismo que él–. ¿Volverías si consiguiera organizar un torneo de polo en la playa de nuevo?

–Claro que sí –le aseguró Nacho.

La idea comenzó a tomar forma en su cabeza ahora que sabía que podía contar con uno de los mejores polistas del mundo...

Pero no podía dejar de pensar en Lucía. Qué diferentes eran. Él

era hijo único y lo habían educado para ser obediente y aplicado, así que de pequeño los Acosta se le antojaban una panda de hippys.

Por supuesto, había comenzado a bajar a la playa a montar a caballo a la misma hora que ellos para demostrarles que él también sabía hacerlo.

Nacho le había enseñado a ponerse de pie sobre su montura y a galopar así y Luke había estado a punto de matarse intentándolo. Mientras tanto, Lucía apenas lo había mirado, se había limitado a dedicarle una mirada de reojo y a darse la vuelta.

Pero Luke recordaba perfectamente sus ojos.

¡Qué ojos tan peligrosos!

–Te llamaré en cuanto sepa algo –le prometió a su amigo.

–Muchas gracias, Luke.

Para cuando terminó la conversación, Lucía se había fijado a sus pensamientos con pegamento.

Aquella noche, seguía pensando en ella y en la última vez que la había visto, en la boda familiar. Había acudido creyendo que se iba a encontrar con una adolescente temperamental y se había encontrado con una mujer hecha y derecha y muy atractiva, que se había acercado a él moviendo sensualmente las caderas para, en el último momento, alejarse con el pretexto de que estaba buscando a uno de sus hermanos.

Aquello había dejado a Luke con un dolor muy peculiar en la entrepierna y unas terribles ganas de vengarse.

«Tengo que tener cuidado con ella», se dijo Luke mientras se afeitaba.

Aquella noche había quedado con una preciosa rubia que tenía una empresa de eventos que le podía ir muy bien si, al final, podía poner en marcha su idea de recuperar el torneo de polo anual de la playa que había comenzado el padre de Lucía.

Luke se había entristecido al encontrar St. Oswalds tan muerto y se había propuesto ayudar en todo lo que pudiera, así que dar un empujón a la economía local a través del polo podía ser una buena idea, pero no sabía qué lugar ocuparía Lucía en todo aquello.

Pero ¿no había dicho que iba a dejar de pensar en ella?

Luke terminó de afeitarse, algo que hacía por obligación y no por gusto. Tenía una barba tan cerrada que, a veces, debía afeitarse dos veces al día. Su padre, que era de la Costa Este de Estados Unidos, solía protestar y decir que no entendía a quién se parecía su hijo.

–¿De dónde habrás sacado el pelo oscuro y tanto músculo? Qué vulgar –solía comentar mirando a su madre como si fuera culpa de

su familia.

Eso era lo que lo había unido a Lucía, que los dos eran extraños en sus propias familias. Lucía era la chica que quería independizarse de sus cuatro hermanos, dominantes y exigentes, mientras que él era el musculitos de Princeton.

A ver cómo se las ingeniaba para atender a una rubia en una cena de trabajo y encontrar a una joven salvaje que se había perdido.

Lucía sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Luke Forster estaba en la discoteca.

No era posible...

A menos que tuviera un doble exactamente igual que él, exactamente igual de alto y fuerte y de guapo.

No, imposible que hubiera dos así en el mundo.

¿Y qué hacía Luke allí?

Lucía se quedó tan bloqueada que no se podía mover a pesar de que llevaba una bandeja con copas en la mano y de que el camarero la increpaba para que lo hiciera.

–¡Venga, Anita, muévete!

Se movió al oír a Van Rickter. ¿Por qué no se callaba aquel hombre? Si lo oía Luke, se iba a dar cuenta de quién era. Y lo peor era que estaba con una mujer, una mujer muy glamurosa, por cierto.

Lucía se los imaginó riéndose cuando Luke le contara que había desaparecido de nuevo y que, en aquella ocasión, se había puesto un nombre falso que reflejaba su interés por la música y por el café.

–Gracias, preciosa –dijo el camarero cuando le pasó otra bandeja llena de copas vacías a través de la barra–. Eres la mejor.

Lucía se alejó y dio un gran rodeo para evitar la mesa de Luke porque no quería que la viera así.

No era por el trabajo, porque ella estaba muy contenta de trabajar y defendería su derecho a hacerlo hasta la muerte, pero Luke la conocía muy bien y, en cuanto la viera, se daría cuenta del cambio que se había producido en ella, la vería de verdad: sucia, avergonzada, temerosa y deshonrada.

Claro que se estaba sacando las castañas del fuego ella sola y eso tenía mucho mérito.

Lucía dejó atrás su pasado más reciente y se concentró en Luke. Había intentado por todos los medios olvidarse de él, pero no lo había conseguido. De hecho, cuanto más lo había intentado, peor le

había salido.

Todo había cambiado la última vez que se habían visto, cuando había flirteado tan abiertamente con él.

Lucía había decidido vivir según la imagen de chica alocada que la gente tenía de ella y ahora estaba pagando las consecuencias. La mujer que estaba en aquellos momentos con Luke parecía más su tipo, una mujer inteligente y profesional con pinta de no ponerse jamás en evidencia.

El único consuelo que le quedaba era que la chica tenía los dientes tan increíblemente blancos que las luces ultravioletas del local se reflejaban en ellos de una manera terrible.

–¿A dónde vas? –le preguntó Van Rickter.

Lucía se quedó helada. Se le había caído la bandeja con copas vacías y había albergado la esperanza de poder llegar al almacén y volver con un trapo antes de que su jefe se diera cuenta.

–Hace frío y quería subir un poco la calefacción –mintió.

–No me extraña que tengas frío vestida así –se burló su jefe –. El uniforme nuevo es para chicas más delgadas que tú. Los viejos están en las taquillas.

–Iba a ir a por uno, precisamente –improvisó Lucía mirando hacia donde había visto a Luke.

Afortunadamente, seguía charlando con la rubia. Además de ser el mejor amigo de su hermano mayor, Luke era de los que creía que había que vigilar y proteger a las mujeres como si tuvieran diez años, así que Lucía no quería que la viera vestida así.

–¡Espera! –ladró Van Rickter–. Si tardas más de cinco minutos en volver, estás despedida. ¿Me has entendido?

–Perfectamente –contestó Lucía dirigiéndose a los vestuarios.

–Ponte el uniforme más grande que encuentres –se burló su jefe.

–Eso haré, gracias.

Y desapareció aliviada. Le importaba muy poco lo que Van Rickter pensara de ella. Desde lo que había sucedido en Londres, prefería que la miraran como si fuera una ameba asexuada que no tuviera pómulos, caderas ni pechos.

Y, al ver a Luke, había vuelto a desear lo mismo. No quería flirtear con él, sino que no la viera, no quería nada con ningún hombre, ni siquiera con él y, por encima de todo, no quería que se ofreciera a arreglarle la vida.

Podía ella sola.

El uniforme antiguo no le quedaba mucho mejor que el nuevo, pero, por lo menos, tenía falda. Bueno, minifalda. Lucía se puso también la blusa, que se anudaba bajo el pecho y dudó si ponerse la

camelia de plástico detrás de la oreja.

Todo tenía límites en la vida.

Al salir de los vestuarios, se dio de bruces con Luke.

Qué suerte la suya.

Luke estaba en la barra pidiendo un par de copas. Lucía se quedó sin respiración.

–¡Luke! –improvisó–. ¿Qué haces aquí? –le preguntó como si no lo hubiera visto.

–Yo te podría preguntar lo mismo –contestó él dando un paso atrás para mirarla de arriba abajo.

Lucía se recordó que estaba acostumbrada a los machos alfa, así que elevó el mentón en actitud desafiante.

–Siempre venimos aquí –comentó como si hubiera ido con sus amigas.

Por la cara que puso, era evidente que Luke no se lo creía.

Estaba más guapo que nunca, era el hombre más alto y fuerte de la discoteca con diferencia. A Lucía siempre le había gustado y siempre le había encantado que se la comiera con los ojos, pero, en aquellos momentos, no la estaba mirando así...

Lucía recordó entonces que llevaba el uniforme del año pasado, el pelo recogido de cualquier manera y que estaba toda sonrojada y sudorosa.

Perfecto.

–Lucía, ¿trabajas aquí? –le preguntó Luke.

Por supuesto, le tendría que haber contestado que sí y que eso no era asunto suyo, pero no quería discusiones porque no quería perder su trabajo.

–Claro que no –mintió riéndose y mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie se había dado cuenta de que Luke la había llamado por su verdadero nombre–. Lo que pasa es que vengo tan a menudo que me permiten dejar el abrigo en los vestuarios del personal.

–¿De verdad? –insistió Luke.

–Bueno, de vez en cuando –contestó Lucía dándose cuenta de que Van Rickter los estaba mirando–. ¿Una ginebra con zumo de naranja para tu amiga? –le sugirió al ver que la rubia había salido del baño y se dirigía hacia ellos.

–He pedido ya dos copas, gracias –contestó Luke con frialdad–. Vanessa, te quiero presentar a una vieja amiga –añadió.

–Bueno, de vieja no tengo nada –bromeó Lucía sintiéndose ridícula.

De cerca, la amiga de Luke era todavía más guapa y Lucía pudo

comprobar que se aferraba a su brazo como si le fuera la vida en ello.

–¿Trabajas aquí? –le preguntó Vanessa relajándose al ver que Lucía no era competencia para ella.

–Les ayudo de vez en cuando –contestó Lucía con cautela.

–Qué bien tener un trabajo tan... sociable –comentó la rubia mientras miraba a Luke en busca de su aprobación, pero Luke estaba demasiado ocupado con Lucía.

–¿Han visto ya el nuevo casino? –les preguntó Van acercándose.

Lucía sabía que Luke jamás jugaba ni apostaba y que apenas bebía, pero Van abrió los brazos y obligó al pequeño grupo a encaminarse hacia el casino.

Luke se giró hacia Lucía y le dejó claro con la mirada que aquello no había terminado.

Capítulo 2

Encontrar casa

Admito que esta no es la casa que más me gusta del mundo, pero, de nuevo, tengo mis razones para alojarme aquí y, además, los complejos vacacionales son lo último. Según las revistas que he leído, ofrecen un nivel de vida sin parangón. Desgraciadamente, mi vivienda es una lata con ruedas, llena de goteras y sin frenos, que está aparcada en un descampado al borde de un peligroso acantilado y a casi un kilómetro de la recepción. El lugar ideal para pasar el invierno, vamos.

Lucía se pasó el resto de la velada furiosa consigo misma porque Luke la había descubierto y preguntándose cómo le iba a explicar al amigo de sus hermanos lo que estaba haciendo allí sin, por supuesto, contarle lo que había sucedido.

¿Por qué no había sido sincera con él y había buscado su protección? Era lo más parecido que tenía a un hermano. ¿Por qué no le había contado la verdad?

¡Porque no era asunto suyo!

Y porque jamás se había sentido tan avergonzada y sucia. Luke no la volvería a mirar si supiera...

Al finalizar la noche y mientras su jefe apagaba las luces tenues y el local quedaba iluminado por los insoportables neones, Lucía se dio cuenta de que estaba realmente lejos de cumplir su sueño de ser independiente, de no depender ni de Luke ni de sus hermanos.

Había cierta canción que le gustaba, que hablaba de una chica sudamericana que era alta, joven y guapa. Lucía solía tararearla cuando era adolescente, cuando todavía no se le había pasado por la cabeza que podría convertirse en la otra chica de Ipanema, la bajita, gordita y normalita.

E idiota.

Sí, porque desde luego tenía que ser idiota para haberse metido en el lío en el que se había metido en Londres. ¿Cómo iba a volver a casa? Se moría de vergüenza al pensar en la posibilidad de contarles a sus hermanos lo que había sucedido.

No, lo único que podía hacer era enfrentarse a la realidad ella sola y capear el temporal como pudiera.

Mientras ayudaba al camarero a recoger y a limpiar la barra,

Lucía se dio cuenta de que lo cierto era que volver a ver a Luke la había conmocionado profundamente, pero no podía ir hacia atrás, tenía que concentrarse en el futuro y su futuro inmediato en aquellos momentos era terminar cuanto antes y que le pagaran por aquella noche.

Su interés en la rubia se había ido al garete en cuanto había visto a Lucía.

Lo cierto era que encontrársela trabajando allí lo había dejado anonadado. No se podía creer que fuera la misma chica a la que había visto bailando como una diosa en la boda de su hermano y de la que no había sido capaz de apartar la mirada.

¿Cómo había terminado trabajando para un sapo como Van Rickter? ¿En qué le podía favorecer aquel trabajo profesionalmente hablando? ¿Y dónde estaría viviendo? ¿Qué amistades frecuentaría? ¿Qué habría sido de la chica que lo había dejado con la boca abierta con sus artes seductoras, su forma de bailar, su sonrisa radiante, su manera de flirtear y sus pechos?

Bueno, sus pechos seguían siendo exactamente igual de impresionantes, pero lo demás...

¿Qué demonios le había sucedido a Lucía?

Pensar que Van Rickter podía tener algo que ver con ella hizo que se le pusieran los pelos de punta. Antes de llamar a Nacho, iba a hacer unas cuantas averiguaciones.

Luke miró a su alrededor con impaciencia mientras Vanessa le mostraba su copa vacía.

–Ya han cerrado –le dijo.

Se había querido quedar hasta el final para averiguar lo que tenía que averiguar. Tras meter a Vanessa en un taxi, se dirigió a hablar a solas con Van Rickter.

–¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí Lucía?

–¿Lucía? No tengo a ninguna camarera llamada Lucía –contestó el dueño del local con aire confuso.

–La chica de pelo oscuro y mal carácter...

–Ah, Anita –dijo Van Rickter–. Nos ha dicho que se llama así –añadió apresurándose a aclararlo–. ¿Es una inmigrante ilegal? –exclamó como si él no tuviera que saberlo de haberle hecho un contrato en regla.

–Sí, eso, Anita, me debo de haber equivocado de nombre –improvisó Luke decidiendo que no quería darle a aquel tipejo ninguna información que pudiera utilizar en contra de Lucía.

–Si quiere, le puedo concertar una cita con ella –se ofreció Van Rickter en un tono de voz que a Luke no le gustó nada–. Todas las chicas me deben algún que otro favor…

«Ya, claro», pensó Luke con disgusto.

–Sé que tiene otro trabajo en la casa de huéspedes, la Sundowner, no sé si la conocerá –le comentó Van Rickter–. A lo mejor la dueña le puede contar algo más que yo.

Luke ocultó su alegría. Seguro que Lucía no se hacía llamar Anita en la casa de huéspedes porque la propietaria la conocía, así que Margaret debía de formar parte del plan de vida de Lucía, cualquiera que fuese ese plan, pero había otra cosa que le preocupaba.

Había tenido la certeza de que, al encontrarse, Lucía había hecho una mueca de disgusto y había querido mantener las distancias, como si tuviera una enfermedad contagiosa. Aquella no era la chica que él había conocido, la chica acostumbrada a flirtear con naturalidad con unos y otros.

¿Qué demonios estaba ocurriendo allí?

A pesar de que no le hacía ninguna gracia tener que hablar de Lucía con un tipo como Van Rickter, le divirtió que Lucía hubiera elegido el nombre de uno de los personajes del famoso musical porque le hizo pensar en sus hermanos y en cómo le gritaban para que quitara aquella música.

Seguramente, Lucía soñaba entonces con convertirse en Anita, una mujer que era libre y se expresaba sin tener encima a cuatro hermanos ahogándola… aunque, en opinión de Luke, ella tenía mucho más garbo que la portorriqueña de *West Side Story*.

«Tengo que dejar de pensar en ella», se dijo.

Lucía era un problema y no era asunto suyo resolver el lío en el que estuviera metida. Él lo único que tenía que hacer era llamar a Nacho y decirle que la había encontrado.

Así que Lucía tenía otro trabajo, ¿eh? No era de extrañar que pareciera exhausta. Seguro que con lo que le pagaban en dos trabajos en Cornualles no sacaba ni la mitad de lo que ganaba en uno en Londres.

¿No le había dicho Nacho que estaba trabajando en la dirección de un buen hotel en la capital inglesa? Luke se dijo que tenía que averiguar qué era lo que estaba ocultando Lucía.

Vivía en el Sundowner y Margaret, la propietaria, formaba parte del plan que Luke tenía para revivir la zona.

«Luke...».

Lucía estaba dando vueltas en la cama en un estado de duermevela en el que todo era posible, incluso que un hombre le hiciera el amor.

Pero no era cualquier hombre.

Lucía se abrazó a la almohada, se cubrió los hombros con la manta y se hundió en el mundo de los sueños en el que su cuerpo seguía siendo capaz de estremecerse de deseo, en el que la mirada ámbar de Luke no necesitaba explicación y en el que sus grandes y seguras manos eran lo único que ella quería.

Aunque estaba medio dormida, Lucía sabía que aquel sueño lo había provocado volver a ver a Luke aquella noche.

En su sueño, había velas encendidas y olía muy bien. Luke estaba desnudo de cintura para arriba, tumbado sobre ella, tan magnífico como siempre. Su torso, tan fuerte y musculado, hacía que ella se sintiera pequeña a su lado, pero también segura. A su lado, sentía que todo, cualquier cosa, era posible... incluso que Luke la estuviera mirando con los ojos preñados de deseo...

Lucía hundió el rostro en la almohada. Sabía que aquello no estaba bien, que Luke era tabú, que no debería estar tumbada desnuda con él porque era mayor, estaba establecido, tenía seguridad en sí mismo y experiencia en la vida. Además, era amigo de sus hermanos, un hombre de principios, bien educado.

A su cuerpo todo aquello le daba igual y respondió con urgencia. Lucía estiró las manos hacia él, recorrió su torso, sus hombros y su abdomen, disfrutando de su fuerza y, cuando lo sintió estremecerse bajo sus caricias, se sintió poderosa.

Pero Luke no aceptaba su dominación y rápidamente se colocó sobre ella, le acarició los pechos y se quedó mirándola sin piedad mientras ella se arqueaba contra él para aumentar el contacto.

¿Qué estaba haciendo? Luke era un héroe y, cuando descubriera la verdad, la arrojaría de su lado sin contemplaciones.

Luke sabía lo mucho que lo deseaba. Sin dejar de mirarla a los ojos, la fue acariciando, haciéndola gemir y suspirar de placer.

Lucía sentía que la excitación recorría todo su cuerpo. Cuando alargó el brazo para acariciarle la mejilla, él se apoderó de su boca y la besó con pasión, recordándole lo que era capaz de despertar en ella.

–Mi única misión en la vida es complacerte –le dijo.

Lucía sentía lo mismo. De hecho, su deseo de complacerlo era tan fuerte que la desbordaba. También le apetecía que Luke la complaciera para olvidarse del miedo, pero en aquel momento Luke

decidió apartarse, servir dos copas de champán y acercar un cuenco lleno de fruta a la cama.

A continuación, mordió la punta de una fresa cubierta de chocolate y la acercó a los labios de Lucía, que se incorporó. Luke apartó la fruta y la besó. Lucía se retiró para seguirle el juego. Cuando, por fin, sus labios se encontraron, compartieron un beso de fresas y chocolate.

Más segura de sí misma, Lucía se atrevió a apretar sus pechos desnudos contra el torso de él hasta que se le endurecieron los pezones. A continuación, aspiró su olor, le colocó las palmas de las manos sobre el pecho y lo empujó hacia atrás para que se tumbara.

–Dime qué quieres que te haga, Lucía.

–Bésame.

–¿Solo eso?

–Es suficiente.

–No me lo creo –contestó Luke colocándole la mano entre las piernas, que era exactamente lo que Lucía quería.

–¿Qué te ocurre, Anita? –le preguntó el hombre que tenía encima metiéndole el muslo entre las piernas.

«¿Anita?».

Lucía se estremeció de pavor al ver que Luke había desaparecido de su sueño erótico y había sido reemplazado por el conserje, gordo, seboso y pálido. Estaba desnudo y excitado sobre ella, con la cara sonrosada y mirándola de manera lasciva.

Sus ojos amarillos de reptil la miraban en la oscuridad mientras sus labios carnosos y húmedos de saliva se curvaban en una mueca parecida a una repugnante sonrisa.

Lucía intentó quitárselo de encima, se enfrentó a él con todas sus fuerzas, como si le fuera la vida en ello...

Se despertó sobresaltada y tomó aire varias veces. A continuación, miró a su alrededor con miedo. Entonces, se dio cuenta de dónde estaba. Al reconocer su caravana, se fue calmando.

El conserje no estaba. Luke, tampoco. Las sábanas no eran de raso. Las sábanas, grises, eran de algodón. Descubrió que se había estado frotando contra una revista, que Luke no le había estado poniendo en la boca fruta cubierta de chocolate y que, desde luego, no había champán, solo los restos de una tableta de chocolate negro cerca de la mesilla.

La pesadilla se fue difuminando y, con ella, sus miedos. Lucía se levantó de la cama pensando que aquel sueño era lo más cerca que había estado de acostarse con Luke, con el que daba por descontado que no se acostaría jamás.

Ni siquiera lo había conseguido en sueños.

«Por culpa del conserje», pensó.

A lo mejor, ese era su futuro. A lo mejor, su sueño de convertirse en una mujer independiente y fuerte nunca llegaba a hacerse realidad. A lo mejor, no conseguía hacer nunca el amor porque el conserje siempre estaría acechándola.

Y, después de un sueño así, ¿cómo iba a volver a mirar a Luke a la cara?

Eran las once de la noche de un viernes y la discoteca estaba llena.

Había pasado siete días enteros sin ver a Luke, lo que estaba muy bien, ¿no?

Por supuesto que sí. No quería volver a tener aquellos sueños que aquel hombre le producía. Probablemente, ya habría vuelto a Estados Unidos, dejando atrás Cornualles, donde ella se encontraba sirviendo copas y haciendo el turno de otra camarera que estaba enferma.

Estaba tan cansada que se le pasó por la cabeza ponerse dos palillos en los ojos para mantenerlos abiertos.

Debía de haber algo muy importante en el hotel porque no paraba de llegar gente.

–Anita –la llamó Van acercándose.

La trataba mejor desde la visita de Luke. Lucía suponía que no se quería arriesgar a que ella tuviera amigos en las altas esferas. Por lo visto, la tregua se había terminado.

–Han tirado una copa en la pista de baile. Vete a recogerlo –le ordenó mirando hacia la puerta, por la que no paraba de entrar gente–. ¡Venga! Hoy va a venir gente importante.

–Sí, ahora mismo.

–Por cierto, Anita...

–¿Sí?

–A ver si adelgazas.

Lucía asintió. Siempre le daba la razón. Era la mejor manera de vivir tranquila. De todas formas, en aquel caso en concreto, Van estaba en lo cierto.

Lucía se sentía humillada vestida con aquel uniforme demasiado apretado que le sacaba los pechos por arriba y le marcaba el trasero de manera demasiado ostentosa por abajo, haciéndola parecer embutida en el traje, pero la alternativa era ponerse el antiguo, el de la camelia en la oreja, así que se calló.

A continuación, se tapó como mejor pudo con un delantal limpio y se dirigió con el cubo y un trapo hacia la pista de baile. Cuando algo se caía en el suelo, había que poner unos conos alrededor para que la gente no lo pisara y se resbalara. Lo había hecho muchas veces, pero aquella noche le estaba resultando especialmente difícil porque había mucha gente.

Sin embargo, lo estaba haciendo bien. Era como si fuera invisible. Aquello era estupendo. Bueno, no tan estupendo cuando la pisaban como si no existiera, pero ya casi había terminado.

Lucía sintió que se le paraba el corazón cuando vio unas botas de vaquero ante ella. Solo había un hombre sobre la faz de la Tierra con el suficiente valor para combinar un traje italiano con botas de vaquero.

Las tenía a unos centímetros de la nariz.

¿Gente importante? Van tenía razón de nuevo. Al darse cuenta de que estaba a cuatro patas con el trasero en pompa, se apresuró a bajarlo y rezó para hacerse invisible de verdad.

Pero, por supuesto, aquello no funcionó.

–¿Lucía?

Aquello no podía estar sucediendo.

Luke Forster, que le gustaba desde que era una niña y con el que tenía sueños eróticos de mayor, había vuelto.

Capítulo 3

¿He puesto yo acaso en mi lista que uno de los chicos malos del polo pueda fustigarme mientras yo estoy de rodillas en el suelo delante de él?

¡Vaya, cómo suena eso!

¿Cómo se me iba a pasar a mí una cosa así por la cabeza cuando tenía catorce años y tenía a todos los galantes del momento a mis pies?

–Levántate.

Todo el mundo se giró y se quedó mirando. La voz de Luke, resonante como un trueno, se había oído por encima de la música y de las conversaciones.

–Hola, Luke –lo saludó Lucía decidida a que no montara un numerito porque no quería que la despidieran–. Me alegro mucho de volver a verte –añadió.

«Vestida esta vez», agregó en silencio.

–Yo estoy muy sorprendido de lo que estoy viendo –contestó él con frialdad.

Lucía decidió que lo único que podía hacer era defenderse, así que se puso en pie.

–Creo recordar que la última vez que estuviste por aquí te marchaste sin despedirte –comentó como si tal cosa–. Claro, claro, ahora que lo recuerdo, tenías cosas mejores que hacer –añadió sintiendo celos mientras buscaba a la rubia.

–No ha venido –le dijo Luke adivinando lo que estaba buscando–. Nos vamos.

–¿Cómo dices?

Lucía estaba enfadada. Una de las cosas buenas que tenía volver a ver a Luke era que había recuperado su capacidad de enfadarse. ¡No había conseguido dar esquinazo a sus hermanos para que ahora apareciera Luke a darle órdenes!

–Ya me has oído –insistió él.

Lucía se agachó para recoger el cubo.

–Déjalo donde está –le dijo Luke.

–¡No!

Luke la agarró del brazo y Lucía no pudo evitar recordar lo que aquellas maravillosas manos habían hecho sobre su cuerpo en su sueño…

Pero aquello era la realidad.

¿Pero no era aquello lo que había estado esperando toda la vida? Que Luke acudiera a rescatarla, que la abrazara, que la…

–Suéltame –le exigió furiosa–. No soy un caballo al que puedas manejar a tu antojo. Yo elijo lo que quiero hacer, Luke y ahora mismo estoy trabajando. ¿Quieres que me despidan y me quede sin trabajo?

–Me encantaría que te despidieran de este trabajo, sí –le aseguró Luke mirándola a los ojos.

–Termino a las tres de la madrugada. Podemos hablar entonces, pero no antes –le dijo Lucía al darse cuenta de que Van el Terrible los estaba observando.

Y, dicho aquello, recogió el cubo y el trapo y abandonó la pista de baile antes de que a Luke le diera tiempo de decir nada más.

Aunque le temblaba el cuerpo de los pies a la cabeza, Lucía se sentía orgullosa porque se estaba ganando la vida y, aunque lo que le pagaban no podía compararse con los astronómicos ingresos de Luke, gracias a ello vivía de manera independiente.

Volver a verlo le había servido, además, para percatarse de que el perpetuo estado de miedo en el que vivía desde lo que había sucedido en Londres había comenzado a terminar, pues había recobrado su fuerza.

Así que no lo necesitaba. Bien. Luke se dijo que no debía meterse donde no lo llamaban, que lo que tenía que hacer era llamar a Nacho y dejar que él se hiciera cargo de la situación.

Lucía se había vuelto loca y vivía de una manera muy diferente a la suya. Luke vivía entregado al polo y a sus empresas y no tenía ninguna intención de dejar que nadie lo distrajera de eso. Era evidente que Lucía vivía a lo loco, tal y como lo demostraba que, teniendo todo el dinero del mundo, hubiera decidido trabajar en una discoteca.

¿De verdad? ¿Ciertamente lo creía así?

Lo único que sabía era que en su familia nadie iba en contra de lo que se esperaba de uno y que los sentimientos se domaban con mano dura, exactamente igual que a los caballos.

Lucía era indomable y debía olvidarse de ella cuanto antes.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo. Estaba preocupado por ella y, además, se lo debía a Nacho.

¿Solo eso?

Bueno, era muy atractiva también.

¿No sería interesante codearse con alguien con tanto carácter por una vez?

¿Acaso no le gustaba salir de caza? Claro que sí, lo que más le gustaba en el mundo era una buena cacería.

Pero ¿en qué demonios estaba pensando?

Lucía era la hermana pequeña de su mejor amigo, así que no debía tocarla y, en caso de que a él también le apeteciera liarse la manta a la cabeza y enloquecer durante una temporada, elegiría a alguien con los pies en la tierra, como él, y no a una princesa argentina mimada.

«Que no parece tener empacho en ponerse de rodillas y fregar el suelo de una discoteca si le toca hacerlo».

Y que, además, era una mujer increíblemente guapa. De hecho, estaba guapa incluso con el uniforme de trabajo.

Razón de más para mantenerse alejado de ella. Lucía estaría a salvo mientras no se acercara a él.

Eran las tres de la madrugada y el último cliente se acababa de ir de la discoteca, así que habían barrido y recogido todo.

Luke también se había ido.

Lucía había estado tan ocupada que no se había dado cuenta de cuándo había sucedido exactamente. Suponía que se habría ido con la rubia, lo que le hizo sentir náuseas. Evidentemente, no se había acordado del día que era.

¿Y qué? ¿Qué importaba que Luke hubiera olvidado que era su cumpleaños? No lo necesitaba para nada.

Al diablo con Luke Forster.

–Hoy es tu cumpleaños, ¿no? –le preguntó Grace cuando salieron del local.

–¿Cómo lo sabes? –contestó Lucía resguardándose de la lluvia.

–Lo sé todo sobre ti –bromeó Grace con cariño.

Incluyendo su verdadero nombre. Grace era demasiado buena amiga como para engañarla.

–¿También has oído los rumores de que era una juerguista?

Su amiga se rio.

–¡Pero si no sales nunca! Ahora, eres tan juerguista como yo. Los amigos del trabajo dicen que deberíamos salir de vez en cuando, de hecho.

–Espero que no te refieras a Van Rickter.

–Yo no diría que Van Rickter es nuestro amigo, precisamente, pero hay gente simpática trabajando en la discoteca.

–¿Qué te traes entre manos? –le preguntó Lucía mientras cruzaban la calle.

–Hemos hecho una colecta para tu cumpleaños –le explicó su amiga sonriendo.

–¿Para qué? –quiso saber Lucía con curiosidad.

–No te lo voy a decir, no quiero estropearte la sorpresa, pero lo que sí te voy a decir es que todo el mundo quiere tentarnos para ver si consiguen sacarnos del camino por el que vamos este año.

–Conmigo no va a ser fácil –contestó Lucía temblando de frío.

–No seas pesimista. Pueden pasar muchas cosas –le dijo Grace apretándole el brazo.

Las dos chicas gritaron mientras caminaban por un charco de agua congelado que había en mitad de la calle.

–Te he metido un par de revistas en esta bolsa –le dijo Grace mientras se separaban en la entrada del aparcamiento–. Uno de los tíos que salen en las páginas centrales es ese con el que estabas hablando esta noche.

Lucía sintió que el corazón comenzaba a latirle desaforadamente. Nada más llegar a la caravana, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, tiró el bolso al suelo y se lanzó a por las revistas a toda prisa.

¡La revista *¡Rock!* había nombrado a Luke Forster el hombre con el mejor torso del año!

Lucía dejó caer la revista y se volvió a apoyar en la pared.

–¡Menudo hipócrita! –exclamó pensando en cómo se comportaba cuando estaba con ella, como si fuera un dechado de virtudes–. Así que te crees incorruptible, ¿eh?

Aquello era como para preocuparse. Además de estar hablando sola, le estaba hablando a una revista. Furiosa, se sacó el chicle de la boca y pegó la foto de Luke en la pared.

–¡Toma! –gritó dándole un puñetazo para que se quedara pegada.

Cuando se echó hacia atrás, tuvo que admitir que la foto le alegraba un poco la vida.

Lucía se preguntó dónde estaría Luke mientras se preparaba para meterse en la cama, poniéndose más ropa, pues la caravana estaba helada.

Si seguía en Cornualles, probablemente, estaría en una agradable y calentita habitación en el Grand Hotel y, seguramente, estaría todavía más calentito porque se hallaría en compañía de la rubia.

Lucía pensó en todo aquello y se preguntó si estaba preparada

para volver a casa.

–No, todavía no –gritó mirando la foto de Luke–. No pienso rendirme. No puedo rendirme. No puedo volver a casa. No en este estado…

Lucía pensó en su maravillosa y cálida cocina de Argentina, donde el tejado nunca tenía goteras y el suelo nunca estaba frío y donde en su vida había tenido que quitar el hielo del interior de las ventanas…

Mientras se tomaba el chocolate caliente que Margaret le dejaba en la mesa todas las noches, se quedó mirando la foto de Luke. Intentó no pensar en dónde había supuesto con catorce años que estaría para entonces.

A continuación, deslizó la mano bajo la cama y sacó un viejo cuaderno, el cuaderno en el que siendo una adolescente soñadora había puesto por escrito sus esperanzas y sueños más íntimos.

No era algo que hiciera muy a menudo aquello de releer el cuaderno, solo lo hacía en momentos muy malos, cuando realmente necesitaba aquel consuelo.

Lucía dejó a un lado su diario actual y se concentró en el de su adolescencia.

Debo seguir esta lista al pie de la letra si quiero liberarme de Conan el Bárbaro y de sus secuaces, es decir, de todos mis hermanos…

Lucía sonrió mientras releía la lista, en la que había varios borrones y cosas tachadas. Le costaba creer que una vez hubiera sido así de ingenua. La mayor parte de las cosas que había escrito las había sacado de revistas para adolescentes. Aquella lista no tenía ni pies ni cabeza. ¿Depilarse era más prioritario que conseguir novio? El mundo al revés.

Cuánto habían cambiado sus prioridades. En aquellos momentos, depilarse podía estar en el lugar doscientos treinta y seis de su lista.

Luke era muy guapo, sí, pero no podía ser.

No, no podía ser.

Bajo ningún concepto.

Lucía se dejó llevar por la curiosidad y comenzó a releer las páginas de su viejo cuaderno.

1. Encontrar trabajo. Preferentemente, en un bar, que según la revista ¡Rock! *es una buena manera de conocer gente.*

2. Encontrar casa. Algo bonito y estiloso en la mejor parte de la ciudad y, por supuesto, cerca del bar.

3. Depilarme.

Recordaba perfectamente que la última entrada la había anotado cuando su cuerpo estaba cambiando y no tenía ni idea de lo que iba a suceder. ¿Cuántas veces lo había pospuesto? ¿Y por qué todavía se revolvía incómoda cuando lo leía?

Lucía se levantó de la cama y se miró el labio superior en el espejo. Recordaba la cara que solía poner su madre cuando le tocaba ir a la esteticista a hacerse la cera. A lo mejor, por eso ella tenía fobia a depilarse.

Solía preguntarle a su madre si se encontraba bien y ella solía contestarle que algún día entendería los sacrificios que una mujer tenía que hacer para estar guapa para su hombre y, luego, suspiraba.

En aquel entonces, Lucía se había imaginado de todo, que le quitaban los pelos de la nariz con unas pinzas, que le sacaban los puntos negros e incluso que le depilaban las orejas con cera, pero nunca se había imaginado que su madre se refiriera a sus partes pudendas y ni se le pasó por la cabeza que una desconocida iba a estudiar aquellas zonas de su cuerpo para, a continuación, echarles cera caliente encima como si se tratara de una tortura medieval.

¡Ahhhh!

De eso nada.

De vuelta a la lista, a ver qué iba después.

4. Ponerme morena.

Lucía recordaba que la columnista de *¡Rock!* recomendaba que fuera un bronceado muy ligero, como un beso, para que los chicos se creyeran que era natural.

5. Ir bien peinada.

Aquello hizo que Lucía se acercara de nuevo al espejo y se mirara el pelo. Muchas mujeres se quejaban de tener el pelo demasiado liso y sin volumen. A Lucía le estaba pasando exactamente lo contrario. Como no tenía productos ni dinero para ir a la peluquería, se tenía que ocupar ella sola de su pelo y se estaba produciendo un fenómeno que podría bautizar como La Inexplicable Eclosión de los Rizos.

6. Comprarme ropa nueva.

Nada de uniformes de poliéster dos tallas grandes y de color blanco viejo, ya sin definir.

7. Apuntarme al gimnasio.

Nada que hacer. Apuntarse al gimnasio costaba dinero. Por si eso fuera poco, sin ir bien peinada, sin estar bronceada, sin depilarse y sin ropa nueva, no la dejarían entrar en ningún gimnasio decente.

8. Encontrar un profesor de baile estupendo.

Para aprender a bailar la samba. Alguien como el viejo gaucho Ignacio, que trabajaba en el rancho de Nero Caracas. ¡A juzgar por cómo saltó la valla cuando vio a Lucía subida al caballo de su jefe, quedó claro que se movía bien!

9. Amordazar a mis hermanos.

Para que no pudieran contarle nada humillante sobre ella al chico que atraería cuando hubiera hecho todo lo anterior.

10. *Encontrar (que no sea jugador de polo) novio.*

Y allí terminaba la lista. Lucía sonrió al recordar a Ignacio enseñándola a bailar la samba y algunos bailes más con su vieja radio, en el granero, donde podían cantar a voz en grito sin que nadie los molestara.

Aunque por aquel entonces todavía no había conseguido su bronceado y seguía llevando el pelo como un estropajo, bailaba bien.

–Salud, Margaret –Lucía sonrió agarrando la taza de chocolate con las manos, que sentía heladas.

Aquel gesto cariñoso y amable de una anciana que no tenía casi nada la enternecía tanto que estaba decidida a ayudarla en todo lo que pudiera.

–Y salud también para ti, Luke –añadió dirigiéndose a la fotografía que había colocado a unos cuantos centímetros de su cama.

A continuación, se incorporó y lo miró bien. La verdad era que estaba increíble. Lucía estaba acostumbrada a ver a sus hermanos en las vallas publicitarias, pero siempre vestidos y sobre sus

caballos, no medio desnudos y sudando.

Lucía jamás habría creído capaz a Luke de acceder a que le tomaran aquella fotografía.

–Eres una caja de sorpresas, ¿eh? –murmuró fijándose de nuevo en él.

Luke tenía una fusta en una mano y miraba de frente a la cámara. Iba desnudo de cintura para arriba, dejando su magnífico torso al descubierto. Solo llevaba un reloj de acero, unos pantalones de montar de lo más obscenos por lo apretados que eran y botas de cuero por la rodilla.

Desde luego, una imagen que gustaba a cualquier mujer.

Era una gozada disponer de aquellas fotografías para poder apreciar a un hombre así con tranquilidad.

Mientras volvía a meterse en la cama y se frotaba las manos al borde de la hipotermia, Lucía supuso que le habrían hecho aquella foto por intermediación de su amiga y cuñada Holly, que trabajaba en la revista *¡Rock!*

Holly había conseguido domar, perdón, se había casado con Rodrigo, uno de los hermanos de Lucía. Hacerle una fotografía así a Luke habría sido una buena exclusiva.

¡Tres hurras por la reportera Holly!

Lucía volvió a fijarse en Luke.

Madre mía, qué grande era...

No era de extrañar que estuviera teniendo sueños eróticos con él. Lucía intentó no fijarse demasiado en el bulto de su entrepierna y negó con la cabeza.

Podía mirarlo, remirarlo y admirarlo, pero no iba a haber nada entre ellos. No podía ser. Imposible.

Pero lo que estaba claro era que, ahora que lo había visto de aquella guisa, como se le ocurriera decir algo la próxima vez que se vieran...

¿La próxima vez?

Sí, la próxima vez, claro. No había nada en su lista que le impidiera ver a un amigo de la familia.

Capítulo 4

He caminado a solas bajo una nube que flotaba sobre los valles y las colinas... Soy la única chica de veinticuatro años que no necesita tomarse la píldora.

Anónimo.

¿Por qué todos los poetas nos quedamos en la última estantería?

¡Compórtate, Lucía!

A la mañana siguiente, con la mejilla apoyada en la fría ventana de la caravana, dejó de escribir en su diario y se quedó mirando el viento. Desde luego, si lo que quería era distanciarse de sus hermanos, lo había conseguido.

Los echaba de menos, pero no estaba dispuesta bajo ningún concepto a pedirles dinero para ayudar a Margaret. Si lo hacía, estaría otra vez en la casilla de salida. Los quería mucho y ellos también la querían mucho a ella. Tanto que la habían asfixiado. Ellos y su querido amigo Luke.

Luke...

¿Por qué reaccionaba su cuerpo con tanto ímpetu en cuanto pensaba en aquel bombón que solía mirarla de manera desaprobadora?

Tal vez, porque le gustaba demasiado su férreo autocontrol. Desde luego, era suficiente para echar a un lado el miedo que le daban los hombres.

La mayoría de ellos.

Lucía se colgó el bolso del hombro y se dijo que tenía que llevarlo a arreglar. Se le había dañado al utilizarlo para golpear al conserje. Había utilizado todo lo que tenía a mano: dientes, uñas, bolso y tacones.

Había sido una lucha frenética que había terminado bien para ella, pues había conseguido quitárselo de encima.

Pero aquel hombre la había hecho sentirse sucia, la había insultado mientras Lucía salía corriendo de la habitación con la blusa rota. Le había gritado que se lo había buscado, lo que no era cierto.

Le gustaba salir de juerga y le gustaba flirtear con chicos guapos, pero ahora comprendía que aquella fama no le había hecho ningún

favor.

No quería ni imaginarse lo que pensaría Luke si se enterara algún día de lo ocurrido. Se estaba cambiando en el vestuario de empleados y no había echado el cerrojo. Había sido una estupidez por su parte, pero tenía que olvidarlo y seguir adelante con su vida.

Lucía elevó el mentón en actitud desafiante y miró de nuevo la fotografía de Luke. ¿Dónde estaría? ¿Con la rubia? ¿Se habría dado cuenta de que estaba contaminada, de que el conserje la había manoseado de arriba abajo?

Sí, la había tocado por todas partes. Lucía sintió náuseas. Todavía sentía sus dedos explorando… apretando… y su aliento ácido mientras intentaba escapar.

Seguro que, si Luke se enterara de lo ocurrido, pensaría algo así como «Eras una juerguista. ¿Qué te esperabas?».

En aquel momento, sonó su teléfono móvil y Lucía dio un respingo.

Hablando del rey de Roma…

Lucía tuvo que tomar aire varias veces antes de poder contestar.

–Hola, Luke –le dijo–. Qué sorpresa tan agradable. ¿Te dejaste algo en la discoteca?

–En el improbable caso de que me hubiera dejado algo en la discoteca, habría vuelto a por ello y no te estaría llamando.

Vaya, vaya, Luke no parecía de muy buen humor.

–Claro –contestó Lucía–. Bueno, ¿en qué te puedo ayudar?

–Te estuve buscando antes de irme, pero no te vi… supongo que estarías trabajando…

–Sí, bueno, yo…

–Lo que es muy raro porque, la primera vez que nos vimos en la discoteca, me dijiste que no trabajabas allí muy a menudo, pero el dueño me ha dicho que eres empleada suya y que te llamas Anita. ¿Qué está pasando, Lucía? ¿Por qué me mientes?

–Porque lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no es asunto tuyo, Luke.

–Nacho me ha pedido que cuide de ti, así que sí que es asunto mío.

–Así que ahora eres el perro guardián de mis hermanos, ¿eh?

–Soy amigo de tus hermanos –le recordó Luke con tranquilidad.

Aquello desarmó a Lucía por completo, pues ponerse a discutir con una persona a la que Nacho quería tanto no tenía sentido.

–¿Por qué me llamas?

–Porque estoy preocupado por ti.

–Pues quédate tranquilo porque no hay motivos. Si mis

hermanos están preocupados por mí, ¿por qué no me llaman ellos? ¿Están demasiado ocupados jugando al polo?

–¿Por qué siempre eres tan suspicaz con ese tema?

–Porque sois todos iguales –contestó Lucía–. Y porque mis hermanos nunca quisieron dejarme la correa demasiado larga, ¿verdad que no, Luke?

Luke no contestó y Lucía se sintió mal porque aquella conversación la estaba haciendo recordar el apoyo de su familia en Argentina, donde siempre se había sentido rodeada de gente que la quería.

En Cornualles las cosas eran más difíciles. Al terrible frío, se le unía el horrible episodio con el conserje que estaba intentando olvidar, el trayecto nocturno a toda velocidad con el coche...

Y su horrible trabajo en la discoteca.

Lucía sintió que el corazón se le hundía en el pecho. No podía consentir que Luke, al que todo le iba bien en la vida, supiera que su existencia era un caos y, desde luego, no podía permitir que se lo contara a sus hermanos.

Si supieran lo que había ocurrido, la bronca sería tremenda por haber sido una chica frívola y juerguista.

Probablemente, le dirían que se merecía lo que le había ocurrido.

–¿Me estás llamando por educación o quieres algo? –le espetó de repente.

–Nunca te había visto así –contestó Luke sinceramente.

–¿Independiente, quieres decir? –le soltó Lucía apretando el teléfono.

Qué difícil era hacerse la fuerte cuando lo que en realidad quería era agarrarse a Luke hasta que las cosas se hubieran arreglado.

Lo mejor que podía hacer era terminar aquella conversación cuanto antes.

–¿Sigues ahí, Lucía?

–Sí.

No era la primera vez que Luke la vigilaba. Luke y sus hermanos siempre se habían burlado de ella porque la tenían por una mocosa que era como su mascota y a la que era mejor mantener escondida y sacar solo de vez en cuando.

–Diles a mis hermanos que todo va bien.

–¿Va todo bien? –insistió Luke–. Creo que debería cerciorarme por mí mismo.

–Si no tienes nada mejor que hacer... pero te advierto que vas a

perder el tiempo. Además, estoy todo el día trabajando.

–¿De verdad?

–A veces, me doy un respiro, pero ya no salgo todas las noches de juerga –le aclaró Lucía con lágrimas en los ojos.

Sabía que Luke y sus hermanos la llamaban Lucía la Atolondrada y se reían. Menuda gracia le hacía a ella. Era cierto que solía meterse en líos y que solía necesitar que la ayudaran, pero ahora esas cosas se habían terminado y no necesitaba su ayuda.

–En realidad, me has pillado de casualidad... –comentó.

–¿La discoteca abre a las ocho de la mañana?

–No me vengas con esas. Es evidente que sabes perfectamente que tengo otro trabajo. Estoy segura de que Van Rickter te lo diría.

¿Qué más le habría contado su jefe sobre ella? ¿Y qué hacía Luke en Cornualles hablando con un tipo como Van Rickter? ¿Estaría interesado en comprar la discoteca? Lucía se dio cuenta entonces de que no sabía absolutamente nada sobre Luke ni sobre su vida.

–¿Lucía?

–Aquí sigo.

Ojalá pudiera contarle a Luke la situación por la que estaba atravesando Margaret porque él siempre había tenido una mente muy lúcida, pero su tono era frío y distante y no invitaba a las confidencias.

–¿Desde dónde me estás llamando? –le preguntó a la defensiva–. ¿Tienes negocios con Van Rickter? ¿Le vas a comprar la discoteca? ¿Estás en el Grand Hotel?

–Cuántas preguntas, Lucía –contestó Luke en tono divertido–. No estoy lejos.

Lucía se imaginó que la rubia no tendría nada mejor que hacer que ir a que le hicieran la manicura y Luke, a su vez, no tenía nada mejor que hacer que llamarla para molestarla.

Lucía admiró la fotografía de Luke y se preguntó cómo era posible que uno de los hombres más inteligentes del planeta hubiera bajado tanto la guardia como para que lo hubieran pillado a todo color así.

–¿Y qué haces cuando no estás trabajando, Lucía?

–Bueno, ya sabes...

–¿Todo eso?

–La verdad es que suelo estar tan cansada que me vengo a casa a dormir –contestó Lucía sinceramente.

–Entonces, no querrás salir a cenar conmigo esta noche...

–¿Contigo? –repitió Lucía sinceramente sorprendida.

Había muchas razones para querer salir con él y otras muchas por las que no debía hacerlo.

–¿Por qué no? Es tu cumpleaños, ¿no?

Lucía supuso que sus hermanos se lo debían de haber dicho.

–Sí –le confirmó–. No me digas que me estás pidiendo una cita... –añadió intentando imitar el tono desenfadado de él.

–Ya te gustaría a ti –contestó Luke en el mismo tono de amigos que habían compartido antes de que las hormonas hicieran acto de presencia–. ¿Qué me dices? –insistió.

Lucía tuvo que mover los dedos de la mano varias veces porque se le había quedado blanca de tanto apretar el teléfono. Si aceptaba y Luke le hacía preguntas, ¿cómo le iba a explicar su huida a Cornualles? ¿Cómo reaccionaría cuando le dijera que no estaba dispuesta a darle la espalda a su nueva vida? ¿Podría ocultarle lo que había sucedido en Londres?

¿Y la rubia?

No, no podía aceptar. Si accedía a salir con Luke, sería... ¿qué? ¿Rendirse? ¿Debilidad? ¿No estaría exagerando un poco?

Mientras se lo pensaba, Luke empezó a hablar de caballos, esa pasión que compartía con sus hermanos. Lucía se dijo que los sueños siempre eran mejores que la realidad y, mientras seguía mirando su fotografía, pensó que parecía un animal increíblemente sensual con un cuerpo diseñado para el pecado, pero, que ella supiera, la única actividad que lo hacía sudar era montar a caballo.

–Lucía, ¿estás bien?

–¿Cómo? Sí, sí... no cuelgues... quiero decir, siempre es divertido hablar con un dinosaurio –improvisó riéndose con la esperanza de que Luke no se hubiera dado cuenta de su desesperación.

No quería que se percatara de lo sola que se encontraba. Lo cierto era que oír una voz conocida era un bálsamo maravilloso.

–Bueno, si quieres hablar, hablaremos. Puedes empezar por contarme por qué te has venido a Cornualles y, por favor, llama a tus hermanos.

–Les he llamado –contestó Lucía sinceramente. Siempre que lo había hecho habían estado jugando al polo y no había podido hablar con ellos–. En cuanto a lo de Cornualles... me he venido a descansar.

No estaba dispuesta a contarle la verdad bajo ningún concepto. Qué fácil sería confesar que las cosas no habían salido como ella esperaba y pedirle dinero para volver a casa, pero, si lo hacía, su intento de ser independiente terminaría antes de haber empezado y les daría la razón a los demás, a los que siempre le habían advertido

que no lo conseguiría.

No, no podría soportar la derrota.

–Bueno, espero que todo esté yendo bien, Lucía...

–Esta noche –lo interrumpió ella–. Digo la cena esa que me has propuesto...

Luke no contestó y Lucía decidió que aquel silencio podía querer decir que se estaba arrepintiendo de su ofrecimiento.

–Creo que podría organizarme para quedar esta noche –insistió humildemente.

–¿No tienes planes para esta noche? –le preguntó Luke–. Esto es increíble. No me puedo creer que Lucía Acosta se vaya a quedar en casa la noche de su cumpleaños... si es por una cuestión de dinero y quieres salir por ahí con tus amigas...

–¡Basta, no! –exclamó Lucía harta de los ofrecimientos de dinero, porque así había sido como sus hermanos la habían controlado siempre.

–No te pongas así –se defendió Luke.

–Ya puedes ir quitándote de la cabeza que necesito tu dinero. Tengo todo lo que necesito.

Y era cierto porque tenía los regalos de sus amigas y ropa si quería salir. En realidad, tenía un único vestido, el único que le había dado tiempo de agarrar antes de huir de Londres. Con unos zapatos que había tenido que arreglar.

Por supuesto, no se había parado a hacer la maleta, no había querido permanecer un segundo más de lo estrictamente necesario en el hotel donde aquel repugnante conserje había intentado propasarse con ella.

–Bueno, entonces, por lo que me dices deduzco que lo tienes todo controlado –comentó Luke mientras Lucía sentía que se encogía como Alicia en el país de las maravillas–. Ya te dejo en paz, solo quería ver si estabas bien.

Lucía permaneció callada, deseando que la conversación terminara cuanto antes, pero Luke no colgó inmediatamente.

–¿De verdad te vas a pasar tu cumpleaños sola? –le preguntó en tono de broma.

–Ya basta, deja eso –le espetó Lucía–. No necesito una tarta con velas a mi edad. Ya no soy una niña, soy una mujer.

–Bien. Entonces, como ya eres toda una mujer, quedamos para cenar en mi hotel a las ocho y no llegues tarde.

¿En el Grand Hotel? Había estado muchas veces en el lujoso hotel con su familia y recordaba que siempre se habían arreglado para ir. El problema era que en ese momento no tenía ninguna ropa

adecuada para la ocasión.

Pero tampoco quería rechazar la invitación de Luke por eso. Un salón con calefacción, una buena comida, la compañía de un amigo de toda la vida…

Lucía sintió que le rugía el estómago de anticipación ante la idea de comer bien por primera vez en mucho tiempo y olvidarse por una noche de los bollos, la mantequilla, la mermelada, las patatas fritas y el chocolate caliente.

–No te preocupes, no llegaré tar…

Pero Luke ya había colgado.

¿En qué lío se acababa de meter? El Grand Hotel era un establecimiento realmente lujoso y la gente que lo frecuentaba era realmente elegante. ¿De verdad quería ponerse su espectacular vestido hallado en las rebajas y que todos vieran que la piel aceitunada a la que no le daba el sol hacía tiempo era tan poco atractiva como la piel muy blanca a la que no le daba el sol hacía tiempo?

Lucía se quedó mirando el frasco de autobronceador, caducado hacía varios meses. Lo había encontrado allí cuando se había instalado. Necesitaba hacer algo que la hiciera sentirse mejor y era imposible estar peor de lo que estaba en aquel momento, así que se lanzó.

Capítulo 5

Ponerme morena

Ya os habréis dado cuenta de que en mi diario original ponerme morena ocupaba el lugar número cuatro de la lista, justo por debajo del número tres, que era depilarme. Creo que estaréis de acuerdo conmigo en que esta es prueba más que suficiente de que el diario lo escribí cuando tenía catorce años, mucho antes de que el vello negruzco que cubría mis piernas adquiriera un extraño tono verde por utilizar demasiados productos químicos.

Supongo que sabréis que un bronceado de mentira requiere tiempo, algo que yo todavía no tenía claro. Cuando vivía en Argentina, teniendo la piel aceitunada que tengo, siempre estaba bronceada porque allí siempre hace buen tiempo e incluso cuando estaba en el colegio en Inglaterra siempre que tenía vacaciones volvía a casa y me ponía morena.

Como el frasco de autobronceador estaba caducado, supuse que el producto no tendría la misma fuerza y me apliqué varias capas, una encima de la otra.

Craso error.

Decidí ponerme ni espectacular vestido de rebajas para acudir a la cena de cumpleaños con Luke. Se trata de un vestido de tirantes azul eléctrico con una enorme rosa marchita cubierta de diamantes de bisutería y todo en el escote. Yo creo que, precisamente por la rosa, no lo habían conseguido vender porque, en cuanto se la quité, el vestido me pareció completamente diferente.

Lo que más me sorprendió fue que, debido a los interminables horarios de trabajo que hacía y a unas cuantas comidas que me tuve que saltar por falta de tiempo y de dinero, había adelgazado y casi cabía en él.

Sí, había hablado con Nacho. Invitar a Lucía a cenar aquella noche había sido la buena acción del día. Bueno, mejor dicho, del año.

–Mímala un poco –le dijo su amigo.

–Por supuesto, la voy a invitar a cenar –declaró Luke.

–Y cómprale una tarjeta –le había sugerido Nacho.

–Voy a ver si las tienen en la tienda del hotel.

–Gracias, Luke.

La gratitud de Nacho lo hizo sentirse culpable y justo entonces detectó que su amigo le quería pedir algo más.

–¿Quieres que le compre un regalo o algo? –se adelantó.

–Sí, por favor –contestó el hermano de Lucía–. Me dices lo que te has gastado y mañana mismo te hago una transferencia...

–Por favor, Nacho –exclamó Luke.

Tras colgar el teléfono, se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que podría querer como regalo de cumpleaños una jovencita salvaje a la que le gustaba fregar suelos.

Dios mío, qué nervios. Le temblaban las manos. Nunca le había pasado nada parecido. Más bien, todo lo contrario, siempre se le había dado muy bien flirtear de manera natural con chicos a los que sabía que gustaba, pero ahora era diferente.

Salir a cenar con un hombre que siempre le había gustado, que parecía un dios del sexo y que, probablemente, la tendría por una molestia requería mucha preparación.

El vestido no estaba mal. Desde luego, tenía color. Eso le dio ánimos y confianza y Lucía sabía que, si tenía confianza en sí misma, todo saldría bien. Pero ¿a quién estaba intentando engañar? Lucía sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Vaya, ahora tendría que ponerse gafas.

Aparcó en la parte trasera del hotel, dejando su viejo coche entre una limusina negra y un todoterreno completamente nuevo.

Tomó aire.

Cruzó el aparcamiento de grava, se agachó una vez para ajustarse una sandalia, tiempo más que suficiente para que el agua de la lluvia se le metiera entre los pechos porque no tenía un abrigo lo suficientemente elegante y se había tenido que poner el impermeable amarillo que Margaret le había prestado.

Como no tenía ningún sombrero para taparse la cabeza, se había puesto el bolso encima como había podido, así que suponía que se le habría corrido todo el maquillaje y que el pelo parecería un estropajo.

El portero no le hizo ni caso. ¿Estaría ciego? Debía de estarlo para no ver a una chica rellenita con un impermeable fluorescente y un bolso sobre la cabeza.

Bueno.

–Hola, Lucía –la saludó Luke al llegar a la puerta.

–Luke... –lo saludó ella fijándose en sus vaqueros ceñidos, su

camisa blanca inmaculada y su chaqueta a medida–. Increíble –murmuró para sí misma.

–¿Vas a entrar o nos vamos a quedar aquí toda la noche?

El portero oyó el comentario y se apresuró a abrirle la puerta.

–Perdón, señor –se disculpó mientras Luke agarraba a Lucía del brazo.

–Me alegro de verte –le dijo con afecto.

A continuación, mientras se alejaban, Lucía giró la cabeza y vio que el portero se había quedado atónito. Se le pasó por la cabeza sacarle la lengua, pero no lo hizo.

–¡No! –le aconsejó Luke leyéndole el pensamiento.

La primera parada la hicieron en el guardarropa para dejar el impermeable amarillo. La joven encargada tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su sorpresa.

–Tu resguardo –le dijo Luke a Lucía–. Guárdalo en el bolso y no lo pierdas.

Lucía no podía hablar. Se acababa de ver en el espejo y le había quedado muy claro por qué la joven del guardarropa la estaba mirando así. Se le había corrido todo el maquillaje, algo con lo que ya contaba a causa de la tormenta, y tenía el pelo, efectivamente, encrespado. Sin embargo, con lo que no contaba era con las rayas anaranjadas que se le habían quedado en la cara a causa del autobronceador.

Menuda pinta.

–¿Quieres subir a mi habitación antes de pasar a cenar? –le propuso Luke sacándose un pañuelo blanco del bolsillo y entregándoselo discretamente.

No iba a servir de nada. De hecho, nada podría ayudarla. La velada se había echado a perder. Se había desatado una tormenta eléctrica en su pelo y su vestido se había revelado como completamente fuera de lugar para una cena elegante.

En el hotel nada había cambiado y, tal y como Lucía esperaba, todas las mujeres lucían vestidos clásicos y conservadores. Desde luego, discretos. Nadie llevaba nada parecido a lo que ella había elegido, un vestido de lycra cutre y deslucido azul eléctrico.

–Lo siento mucho, Luke.

–¿Qué es lo que sientes? –le preguntó él volviendo a agarrarla del brazo y llevándola hacia el baño de mujeres–. Lávate un poco y ya está.

–Qué vergüenza...

–Lucía, no vas a permitir que un maquillaje mal puesto te estropee el cumpleaños, ¿verdad? –la interrumpió sonriendo de

aquella manera tan sensual suya.

Lucía se dijo que debía dejar de mirar aquella boca tan sexy y concentrarse en el desastre que tenía entre manos.

Lo cierto era que el desastre era de magnitud desproporcionada, pues incluía su miedo a los hombres, el miedo que sentía hacia él en concreto y, sobre todo, a que se enterara de lo que había sucedido en Londres y, ahora, por si fuera poco, aquello.

–La verdad, Luke, preferiría irme a casa. Aunque consiguiera quitarme el maquillaje, no llevo un vestido apropiado.

–Es tu cumpleaños –le recordó Luke con firmeza–. Te espero aquí. Tómate tu tiempo, no tengas prisa –añadió.

Lucía no se quería ni imaginar lo que Luke les diría a sus hermanos cuando hablara con ellos «Sí, he estado con Lucía, estaba muy bien, pero no sé si tenía principio de hepatitis porque tenía un color de piel un tanto raro».

Una vez en el baño, apoyó los puños a ambos lados del lavabo. No se atrevía ni a mirarse al espejo. Al final, tomó aire y abrió los grifos decidida a frotar todo lo que fuera necesario para dejarse la piel limpia.

Y, luego, se reuniría con Luke para cenar como si no hubiera sucedido nada.

–Lo siento –se disculpó al salir del baño–. Tu pañuelo ha quedado completamente destrozado.

–Tengo más –le aseguró Luke sonriendo de manera atractiva.

–Oh –murmuró Lucía cuando Luke le retiró un poco las gafas y se asomó de puntillas por encima.

–Guau...

–¿Guau bien o guau mal?

–Guau estás fantástica.

El maître se acercó a ellos y los guió hacia su mesa. Mientras atravesaban el glamuroso comedor, Lucía se dio cuenta de que nadie, absolutamente nadie, se fijaba en ella, pues todo el mundo estaba pendiente de Luke.

–¿Qué es eso? –preguntó cuando llegaron a su mesa y vio un sobre en su plato.

–Parece un sobre –contestó Luke–. Antes de que lo abras, me gustaría decirte que esta noche estás espectacular, Lucía.

–Pareces realmente sorprendido por ello –bromeó Lucía.

Luke negó con la cabeza como si se diera por vencido. Luego, llamó al sumiller y Lucía se preguntó si tendría más cumplidos en la manga. ¿Una lista entera proporcionada por sus hermanos, quizás?

–Una botella del mejor champán que tengan, por favor –le pidió

al sumiller–. Bueno, ¿qué? ¿No vas a abrir el sobre? –le preguntó a Lucía.

–Sí, claro que sí –contestó ella quedándose con la boca abierta cuando Luke metió la mano debajo de la mesa y sacó un regalo–. No te tenías que molestar...

–Ábrelo, anda –la urgió Luke.

Se sintió culpable cuando vio que a Lucía se le iluminaban los ojos de sorpresa y placer. Llevaba toda la vida tomándole el pelo y nunca se había parado a pensar en sus sentimientos y era evidente que los tenía, tal y como quedó de manifiesto por su cara de deleite.

–No te emociones demasiado, ¿eh?, que lo he comprado en la tienda del hotel –comentó.

«Por consejo de tu hermano», pensó, pero eso se lo calló.

Era la primera vez que le compraba algo porque, si se le hubiera ocurrido mirar a Lucía, sus hermanos le habrían arrancado la cabeza.

Lucía abrió primero el sobre. A Luke le hubiera gustado poder elegir entre más felicitaciones para haberle comprado algo más gracioso, más apropiado para ella, pero se consoló pensando que la tarjeta era cariñosa aunque no demasiado personal, pues se trataba de un ramo de flores de colores pastel en el frente y lo de dentro estaba completamente en blanco.

–Me encanta –declaró Lucía tras leer lo que Luke le había escrito dentro.

A mi compañera de discusiones de antaño.
Feliz cumpleaños, Luke.

–Veo que tienes buena memoria –comentó aparentemente contenta por ello–. «¿Las anémonas son símbolo del amor eterno?» –añadió leyendo el reverso y sonriendo con picardía–. Supongo que esto no lo has leído antes de comprar la tarjeta.

–Así es –le confirmó Luke sonrojándose levemente.

–Muchas gracias.

–¿No vas a abrir el regalo? –le preguntó al ver que Lucía se entretenía acariciando la tarjeta como si hubiera un mensaje cifrado en la sencilla dedicatoria.

–Luke, no tenías que molestarte.

–No quería que te diera un berrinche.

–Luke, ya no tengo catorce años.

Ambos recordaron aquella fiesta de cumpleaños de Lucía que Nacho le había preparado y en la que estaban todos sus hermanos

vigilando cada cinco minutos. Tal y como era de esperar, las chicas se habían puesto nerviosas cuando habían llegado los chicos, pero Lucía solo quería que Luke la mirara.

Sin embargo, cuanto mayores se habían ido haciendo, mayor había sido la distancia que él había puesto entre ellos. Por eso, al día siguiente de su cumpleaños, había ido a buscarlo a las cuadras y le había gritado furiosa que ni siquiera le había deseado feliz cumpleaños y que, por supuesto, no le había comprado un regalo.

–Nunca te lo he puesto fácil, ¿verdad, Luke?

–Me parece que en eso estamos empatados –contestó Luke.

Le había comprado un chal suave y femenino de casimir verde musgo porque le había parecido que hacía juego con sus impresionantes ojos, aunque la verdad era que no quedaba muy bien con un vestido azul eléctrico.

–Si quieres cambiarlo por otro de otro color...

–Claro que no –le aseguró Lucía–. Mis hermanos siempre me regalaban aperos de montar a caballo.

«Cuando tú lo que querías era una barra de labios o un disco», pensó Luke.

–Siempre se acordaban de mi cumpleaños y eso me encantaba, pero a veces...

Luke sabía que, a veces, Lucía había echado de menos a su madre.

Lucía cerró los ojos y apoyó la mejilla en el chal.

–Bueno, misión cumplida –anunció Luke rompiendo el momento–. ¿Tienes hambre? ¿Pedimos la cena?

–Sí, tengo un hambre que me muero –declaró Lucía con sinceridad, sonrojándose al momento–. Quiero decir que...

–Hemos venido a cenar –le recordó Luke llamando al camarero y haciendo un suculento y abundante pedido para que Lucía no se quedara con hambre.

Cuando les llevaron la cena, la observó comer con fruición y con tanto apetito que le costó seguirla. Lucía no tenía hambre, estaba completamente famélica. Intentó no darle demasiada importancia, pero, cuando la vio terminarse las natillas y suspirar de placer, no pudo más.

–¿Desde cuándo llevabas sin comer?

–Llevaba mucho tiempo sin comer así de bien –admitió Lucía.

–¿O sea?

–Desde la hora de comer –contestó Lucía a la defensiva, sentándose muy recta–. He tomado un delicioso té con pastas que me ha preparado Margaret.

Luke no dijo nada.

–Bueno, ahora que has comido bien, ¿me vas a contar qué haces trabajando en esa discoteca?

–Es un trabajo como otro cualquiera, Luke.

–¿Van Rickter te acosa?

–¿Qué es esto? ¿Me vas a someter a un tercer grado?

–¿Van Rickter te acosa? –insistió Luke mirándola a los ojos.

–No, claro que no. La verdad es que me da pena porque es un amargado –declaró Lucía–. ¿Vamos a tomar café?

Luke se dio cuenta de que Lucía quería hablar de otra cosa, pero no estaba dispuesto a dejar que se saliera con la suya porque quería llegar al fondo de la cuestión. Estaba prácticamente seguro de que en todo aquello había un hombre involucrado.

–Nacho me ha dicho que estabas trabajando en un hotel de Londres –comentó.

–Sí, pero decidí tomarme un año sabático –declaró Lucía rápidamente.

Aquello no tenía sentido.

En ese momento, un tenedor golpeó el suelo. Buen truco, Lucía, pero tampoco iba a ser suficiente. Luke le indicó al camarero que no hacía falta que lo cambiara. Mientras tanto, Lucía se agachó a por él e intentó ocultar su rostro entre los pliegues del mantel, rezando para que Luke cambiara de tema.

–¿Lucía?

Lucía suspiró exasperada al ver aparecer la cara de Luke al otro lado.

–¿Qué haces? –le preguntó.

–Yo te podría hacer a ti la misma pregunta, pero no nos podemos quedar aquí abajo toda la noche porque la gente comenzaría a murmurar –contestó él.

Como si eso le importara a él... Lucía atrapó el tenedor, se incorporó y se lo entregó al camarero. Luke permaneció en silencio hasta que el hombre se hubo alejado.

–¿Estás bien, Lucía?

–Solo se me ha caído un tenedor, Luke.

–Supongo que para que deje de hacerte preguntas sobre Londres.

Lucía reconoció al instante la expresión de su compañero de mesa, suspicaz y firme, y supo que estaba decidido a hacer lo que fuera necesario para descubrir la verdad.

–¿Y qué has aprendido en Londres? –quiso saber Luke.

–Muchas cosas –contestó Lucía.

–¿Por ejemplo?

Que el mundo sin su familia era hostil e inhóspito, que no todos los hombres se comportaban con caballerosidad con las mujeres, como hacían él y sus hermanos. Era cierto que le molestaba que se metiera en su vida, pero también que se había dado cuenta de que siempre la había tratado con respeto, algo que no todos los hombres hacían.

Lucía se alegró inconmensurablemente cuando les llevaron los cafés. Luke colocó el plato de las chocolatinas cerca de ella y Lucía las devoró como había devorado el resto de la cena, con la energía nerviosa propia de una ardilla que guarda alimentos para el invierno.

Luke se dijo que, fuera lo que fuese que aquella chica le estaba ocultando, era algo importante. Se le pasó por la cabeza hacer un ingreso en su cuenta cuanto antes para que pudiera comprar toda la comida que necesitara, pero sabía perfectamente cómo reaccionaría Lucía si lo hiciera y sospechó que el tema de la comida no era el más acuciante en su vida.

–¿Estás comiendo bien? –le preguntó para cerciorarse.

–Como demasiado –admitió Lucía.

Luke recordó que Margaret siempre estaba preparando té con pastas y chocolate. Entonces, se le ocurrió que, probablemente, Lucía le estaría entregando dinero a Margaret en lugar de ser al contrario, pues Lucía siempre había sido generosa de corazón.

Demasiado generosa a veces.

–Qué buena música –comentó Lucía haciendo que Luke se fijara en que la orquesta estaba tocando salsa.

–Debían de saber que ibas a venir –comentó recordándola bailar en la boda de su hermano–. ¿Te apetece bailar?

–Oh, no, gracias –contestó Lucía echándose hacia atrás en la silla.

–Entiendo perfectamente que no quieras bailar conmigo porque sabes que bailo mucho mejor que tú, claro –bromeó Luke.

–¿De verdad? ¿Desde cuándo bailáis bien los polistas? –le preguntó Lucía enarcando una ceja.

–*Touché*.

–Yo sí que bailo bien –bromeó.

–Pues demuéstramelo –insistió Luke poniéndose en pie.

–Supongo que un baile no me sentará mal –accedió Lucía mirando fijamente la mano que Luke le tendía.

Mientras apartaba la silla para que se levantara y ante la idea de sostenerla entre sus brazos, Luke sintió una descarga de adrenalina que no tenía nada que ver con hacerle un favor a su hermano.

Capítulo 6

El más difícil es el primer paso. Luego, todo va rodado, ¿verdad?

Pues esta noche, desde luego, no ha sido así porque, cuando Luke me ha agarrado de la mano y me ha conducido a la pista de baile, no podía dejar de imaginármelo montando a caballo por la arena de la playa con el torso desnudo, con aquellos vaqueros de marca que su madre obligaba a las empleadas a planchar con raya.

Luke los llevaba cortados y deshilachados, manchados de grasa de caballo y mojados, de manera que se le pegaban a los muslos.

Lo veo gritando al dar alcance al último de mis hermanos, dejándolos atrás, apretado contra el cuello de su caballo, gritándole para que corriera más aprisa, dejando tras de sí una estela de gotas de mar. Parecía que fuera montado sobre Pegaso y que fueran a despegar en cualquier momento.

Eso era lo que yo solía pensar cuando tenía catorce años y lo observaba a escondidas desde la piscina.

Mientras avanzaba entre las mesas seguida por Luke, que le había puesto la palma de la mano en la cintura, Lucía se dijo que debía tener cuidado, pues aquel hombre le leía el pensamiento como si fuera un libro abierto. Iba a tener que guardar bajo llave y a buen recaudo sus miedos junto con lo que sentía por Luke y meterlo todo en una caja que jamás abriría.

–¿Tienes frío? –le preguntó Luke preocupado al sentir que temblaba.

–No, es que tengo miedo por mis pies –contestó Lucía.

–Tranquila, no les va a pasar nada –murmuró Luke.

Efectivamente, en cuanto entraron en la pista de baile, Luke guardó las distancias. Le encantaba bailar salsa, le gustaba el ritmo y la música y el contacto. Sobre todo, con una pareja como Lucía, que se movía con facilidad entre sus brazos.

Bailar era liberador y un buen preludio del sexo.

Claro que no con Lucía, por supuesto, a la que mantenía bien distanciada. Pero se movía con tanta soltura que Luke no pudo evitar que su mente se fuera hacia el lado oscuro. Bailar era como hacer el amor. Primero, había que tener confianza y, luego, poner los límites. Los tiempos también eran importantes.

Sintió que el apetito se le agudizaba cuando Lucía, que había tomado tanta confianza que casi había vuelto a ser la chica que él conocía, se liberó de él para ejecutar unos cuantos movimientos de salsa ella sola, movimientos muy atrevidos. Había otros hombres mirándola y eso a Luke no le gustó.

Cuando Lucía echó la cabeza hacia atrás riéndose, gritó «Ay, caramba» y el pelo le golpeó en las nalgas, Luke se dio cuenta de que se había metido en un buen lío.

Podría quedarse toda la noche mirándola. En realidad, le encantaría hacerlo, pero mejor en privado. A los hombres no se les solía dar bien bailar, pero Luke era una excepción, se movía bien.

Lucía y él estaban bien compenetrados.

–Bailas muy bien, Lucía.

–Tú tampoco lo haces mal –concedió Lucía dándose cuenta de que muchas mujeres lo miraban.

–Hacemos buena pareja –anunció Luke acercándose a ella.

Sus cuerpos estaban tan completamente pegados que era difícil no estar de acuerdo. Lucía se dijo que Luke jamás se aprovecharía de ella ni le haría daño, pero notó que se le paraba el corazón. Claro que la preocupación era innecesaria porque, en cuanto terminó la música, Luke la llevó de nuevo a la mesa.

–¡Ha estado fenomenal! –exclamó Lucía mientras Luke le retiraba la silla para que se sentara, sintiendo que el horrible episodio de Londres se evaporaba.

–Perdóname un momento –le pidió Luke.

–¿Ya te has cansado de mí? –bromeó Lucía.

–Tengo que ir a un sitio –anunció Luke hablándole al oído–. Vuelvo en un par de minutos.

Se quedó mirándolo mientras salía del comedor y se dio cuenta de que todas las mujeres presentes hacían lo mismo. Mientras se llevaba la copa de champán a los labios, sonrió con amargura al pensar que un hombre así estuviera perdiendo el tiempo con ella.

Estaba a punto de probar el líquido burbujeante cuando un hombre se tropezó y se apoyó en su mesa.

–Ese sitio está ocupado –le dijo Lucía educadamente al ver que se quería sentar en la silla de Luke.

Sintió una gran alarma cuando el desconocido la ignoró e insistió en intentar sentarse. Estaba tan ebrio que apenas se sostenía en pie. Lucía miró a su alrededor en busca de ayuda, pero todo el mundo estaba comiendo o charlando y los camareros estaban ocupados.

Se le ocurrió entonces que, antes de su experiencia con el

conserje, habría sabido manejar aquella situación con naturalidad, pero, por lo visto, su cerebro se había bloqueado.

–Por favor, no lo haga –le pidió.

El borracho la ignoró.

La situación se le estaba yendo de las manos, exactamente igual que en Londres, aquel día en el que el conserje había cerrado con llave el vestuario.

Lucía sintió que el aire no le llegaba a los pulmones, que le costaba respirar y, aunque su cerebro le indicaba que lo único que tenía que hacer era mantenerse firme, se encontró en una burbuja de aprensión, esperando a que sucediera lo inevitable, a que la tocara, la pellizcara, la manoseara.

El hombre alargó una mano hacia ella como si le quisiera tocar un pecho y Lucía se echó hacia atrás aterrorizada. Lo hizo con tanta brusquedad que el champán salió disparado en todas direcciones y ella estuvo a punto de caerse de lado de la silla.

Menos mal que unas manos fuertes la agarraron a tiempo.

–¿Estás bien? –le preguntó Luke sorprendido.

Lucía se quedó mirándolo sin contestar y se dio cuenta de que había otra gente a su alrededor, observándola con preocupación.

–¿Te ha hecho daño? –le preguntó Luke furioso.

–No... no, creo que no –declaró Lucía tomando aire varias veces–. Me siento como una idiota.

–No hay motivo –le aseguró Luke interponiendo su cuerpo entre el de Lucía y los curiosos y ayudándola a que se pusiera en pie.

–¿A dónde me llevas?

–Las preguntas más tarde –contestó su salvador pasándole un brazo por los hombros.

–¡Mi chal! –exclamó Lucía mirando hacia atrás.

El maître se lo entregó a Luke y este le dio las gracias y le pidió que subieran una botella de buen brandy a su habitación.

–Ahora mismo, señor –le aseguró el maître–. Siento mucho lo ocurrido.

–No me lo puedo creer –se lamentó Luke de camino al ascensor–. Solo te he dejado sola un par de minutos y un tipo ha intentado estropearte el cumpleaños.

La estaba mirando realmente preocupado y Lucía se dio cuenta de que la había liado buena.

–Nada podría estropearme el cumpleaños –le aseguró.

Luke se dio cuenta de que no era cierto y se preguntó qué había sido de la chica sensual y segura que él conocía.

–¿Eres la misma chica que les plantaba cara a sus cuatro

hermanos? –le preguntó–. ¿Qué te ha pasado, Lucía? ¿Qué te ha pasado en Londres?

–Nada –contestó Lucía mientras las puertas del ascensor se cerraban tras ellos.

–¿Nada? –insistió Luke–. ¿Por qué no me cuentas la verdad? ¿Acaso no confías en mí después de tantos años?

La tensión era casi insoportable y Lucía agradeció mucho que las puertas del ascensor se abrieran al llegar al ático para poder salir a un precioso vestíbulo. Olía a flores frescas y, aunque todavía estaba conmocionada por lo que había sucedido, admiró lo bien decorado que estaba el entorno. Las paredes estaban pintadas en color marfil, el suelo cubierto por una mullida alfombra y había varios espejos en los que se reflejaban las luces, además de toques decorativos en color rubí y dorado en las cortinas y en las lámparas.

Suponía que habían elegido aquellos colores para crear un ambiente acogedor para el cliente, pero ella seguía temblando mientras Luke abría la puerta de su suite. Apenas la había cerrado tras ellos cuando llamaron discretamente. Eran los camareros que llegaban con los servicios de café, una botella de brandy y una tarta.

–Por eso te habías ido –comentó Lucía emocionada.

Luke entregó una buena propina a los camareros y los despidió.

–Qué bien me cuidas –comentó mientras Luke le servía una copa de brandy e insistía para que le diera un trago.

–Lucía, sé perfectamente, lo he sabido desde que te vi en la discoteca, que te pasa algo y ahora, esta noche…

–No me pasa nada –lo interrumpió Lucía–. Es solo que nunca me habías visto fuera de mi entorno familiar. Ha sido una velada encantadora. ¿Lo podemos dejar así?

–¿Una velada encantadora? –repitió Luke mirándola de manera penetrante.

–Bueno, es verdad que un borracho la ha estropeado un poco, pero no pasa nada –le aseguró Lucía encogiéndose de hombros–. No sé por qué he reaccionado de una forma tan exagerada. Debe de ser que estoy cansada. No es la primera vez que me las tengo que ver con un borracho –añadió riéndose–. Gracias por el chal –concluyó acariciándolo mientras la tensión sexual que había entre ellos se hacía cada vez más patente–. Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida.

–Yo creía que ese había sido cuando me pusiste chinchetas en la silla de montar –recordó Luke.

Pero no se rio.

–Ese cumpleaños tampoco estuvo mal –concedió Lucía obligándose a reír de nuevo.

Se tomaron el café en silencio y no tocaron la tarta.

–Te llevo a casa –anunció Luke poniéndose en pie.

Lucía no estaba dispuesta a permitir que viera dónde vivía.

–No hace falta. He venido en mi coche.

–Después de la conmoción que has sufrido, no pienso permitir que vuelvas a casa sola.

–Luke, no necesito un cuidador.

–Además, has bebido y yo, no –añadió Luke mirando la copa de brandy de Lucía, que estaba vacía.

–Es cierto –admitió ella–. Les voy a decir que llamen a un taxi. No quiero que nos despidamos así.

–¿Así cómo? Lucía, estás de lo más misteriosa.

–Y tú de lo más suspicaz. Eres exactamente igual que mis hermanos. Muchas gracias por la velada, que ha sido estupenda, Luke... por la cena, por el regalo, por la tarjeta y por la tarta. Has sido muy amable...

–Siempre lo soy.

A Lucía le hubiera encantado aprovechar aquella réplica para recordar los viejos tiempos, cuando se tomaban el pelo el uno al otro, antes de convertirse en una mujer sórdida. Estaba llegando a la puerta cuando se giró y, dejándose llevar por un impulso, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

–Gracias por todo, Luke.

Justo en aquel momento, él se giró hacia ella y sus labios se encontraron brevemente. Lucía se llevó tal sorpresa que gritó y todo, pero, en lugar de apartarse asustada, lo miró a los ojos y a Luke le pareció ver a la chica que solía ser.

Aquello fue más que suficiente.

Luke le acarició el pelo y la abrazó.

–Feliz cumpleaños, Lucía –murmuró besándola de nuevo, más lentamente esa vez.

Lucía se dijo que Luke estaba siendo amable con ella, que estaba haciendo lo que estaba haciendo por lo que le había sucedido con el borracho, pero nada más.

En cualquier caso, aquello era como un sueño hecho realidad.

–Quiero que te quede claro, Lucía, que ya no somos unos niños y que yo no soy tu cuidador –declaró Luke muy serio–. Ah, y otra cosa más: si juegas con fuego, te puedes quemar –advirtió agarrándola del brazo cuando Lucía hizo ademán de distanciarse.

No se podía ni imaginar lo acertado de su frase.

Luke vio algo en el rostro de Lucía que le hizo volver a abrazarla y volver a besarla y en aquella ocasión no hubo error, aquel beso no fue accidental. Luke la besó con firmeza y persuasión, tomándola de las costillas, rozándole suavemente los pechos.

Cuando Lucía estaba ya sintiendo que el placer se llevaba todo lo malo por delante, Luke la soltó.

–Te llevo a casa –anunció de repente, girándose hacia la puerta.

Lucía recibió el mensaje alto y claro. Luke era un guerrero con apetito de guerrero y no permitía que nadie contradijera sus decisiones y, como amigo, le dolía que no confiara en él.

Una combinación peligrosa.

Lucía no discutió, se limitó a ponerse el impermeable. La tensión se instaló de nuevo entre ellos mientras avanzaban en el coche de Luke hacia el aparcamiento del hostal de Margaret. Una vez allí, se desató la discusión.

–¿Te crees que te voy a dejar aquí, en mitad de la nada, y que voy a permitir que cruces el aparcamiento tú sola? –protestó Luke, mirando hacia la oscuridad del lugar.

–A ver si te enteras de que estoy bien –le espetó Lucía.

–*Estoy bien* –se burló Luke poniendo voz de chica.

Lucía sintió ganas de golpearlo como había hecho muchas veces en el pasado, pero Luke tenía razón en una cosa, el pasado había quedado atrás.

–He vivido perfectamente sin ti todo este tiempo –le recordó mientras Luke miraba al frente y apretaba tanto el volante que se le quedaban los nudillos blancos–. Bueno, me voy.

Luke no contestó.

Cuando Lucía intentó abrir la puerta, se encontró con que no podía hacerlo.

–¿Has echado el seguro, Luke?

–Tú te lo has buscado.

–Déjame salir ahora mismo –le exigió Lucía–. Desde aquí, me puedes ver mientras voy andando hacia mi caravana.

–Muy amable por tu parte –contestó Luke quitando el seguro de las puertas.

No había vuelto a insistir en acompañarla y Lucía tampoco se lo iba a pedir, pero sabía que no podía permitir que la noche terminara así porque jamás se lo perdonaría.

–Gracias de nuevo por…

–Por nada –la interrumpió él con frialdad.

–Bueno, gracias de todas maneras.

Luke se quedó sentado, sin moverse, mirando hacia delante. A

Lucía no le hacía ninguna gracia irse así. La noche de su cumpleaños había rebosado emoción y drama y el gran protagonista había sido Luke, que la había besado.

¡Sí, Luke la había besado!

Así que Lucía se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla.

–Gracias –insistió.

–Por Dios, vete ya –le espetó él sin dejar de mirar al frente.

Se quedó mirando a Lucía mientras cruzaba el descampado con sus inapropiadas sandalias y su impermeable amarillo sin acabar de entender cómo podía desear tanto a una mujer ataviada con una ropa tan extraña.

Cuando había bailado con ella, cuando la había tenido entre sus brazos, cuando había sentido su calor y su vulnerabilidad, cuando aquellos pechos voluminosos habían tocado su torso... entonces sí que podía entender lo atraído que se sentía por ella.

Luke se pasó los dedos entre el pelo y puso el motor de su vehículo en marcha.

Atrás quedaba la Lucía que era como una hermana. Lo que quería hacer era hundir el rostro entre sus pechos y oírla jadear de placer. La necesidad de hacerle el amor era tan fuerte que lo desbordaba. Incluso se le había pasado por la cabeza tomarla allí mismo, en el coche.

Pero no podía ser.

Luke metió la marcha atrás completamente seguro de no querer tirar por la borda tantos años cuidando de ella, no quería acostarse con Lucía de cualquier manera. Había intentado no pensar en ella, lo había intentado con todas sus fuerzas, pero no lo había conseguido.

Era evidente que no lo había conseguido.

Mientras salía a la carretera, se dio cuenta de que besar a Lucía había sido toda una revelación y que lo había dejado con hambre de más, de mucho más, pero lo que tenía que hacer ahora era distanciarse de ella para poder pensar con claridad, para ordenar sus pensamientos y para poder dilucidar qué había sucedido realmente aquella noche.

Apenas había avanzado un kilómetro por la carretera cuando frenó en seco.

Podía arreglar la mayor parte de sus problemas con dinero, pero aquello no le iba a servir con Lucía y no podía confiar en que ninguna otra persona la ayudara. Entendía perfectamente que Lucía

no había querido que viera la caravana en la que estaba viviendo, pero él tampoco estaba dispuesto a permitir que su seguridad corriera riesgos, así que dio la vuelta.

Se dijo que aquella decisión no tenía nada que ver con sus pechos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar de su mente la imagen de sus manos abiertas sobre ellos, haciéndola gemir, para no caer en una zanja.

«Concéntrate», se dijo con firmeza mientras frenaba a la entrada del Sundowner.

St. Oswalds había empeorado por culpa de la recesión. Lo sabía perfectamente porque había tenido que rescatar la empresa de la familia antes de poder construir la suya. Afortunadamente, tenía los medios y la capacidad para hacer resurgir el pueblo en el que creía.

Aquellos veranos de la infancia y de la adolescencia seguían presentes en su mente, más presentes que nunca, así que estaba más que dispuesto a sacar adelante el Sundowner por lo que significaba para él.

Vio una luz tenue en la decrépita caravana de Lucía, se bajó del coche para abrir las verjas y se la imaginó desnuda, duchándose. Tras apartar aquella fantasía de su mente, se percató de que el estado del lugar era mucho peor de lo que se había imaginado. La casa de Margaret estaba prácticamente abandonada. La única caravana que había era la de Lucía. ¿Cómo podía vivir allí?

Las ganas de sacarla de allí cuanto antes eran acuciantes, pero entonces comprendió lo que Lucía andaba buscando: responsabilidad, algo que a él le habían dado desde muy joven y que le había ido muy bien.

Luke se dio cuenta de que podía ayudar y se dispuso a hacerlo. La cabeza se le llenó de ideas prácticas, se moría de ganas de devolver al Sundowner su antiguo esplendor, pero primero tenía que asegurarse de que Lucía estaba bien.

Tras apagar las luces del coche, bajó en punto muerto por el camino, dejó el vehículo aparcado detrás de unos árboles y cerró la puerta con mucho cuidado. A continuación, se acercó a la caravana de Lucía y se paseó alrededor, examinándola con la luz del teléfono móvil. En la oscuridad y sin herramientas no podía hacer mucho, pero podía improvisar. Encontró unas cuantas piedras y las colocó bajo las ruedas.

Aunque Lucía no se lo agradeciera, tenía muy claro que iba a volver al día siguiente para inspeccionar el lugar con más detenimiento.

Se tuvo que asegurar a sí mismo que el querer volver tan pronto

no tenía nada que ver con su deseo sexual por ella.

Tras limpiarse las manos, se quedó mirando el horizonte, la playa bañada por la luz de la luna y los acantilados. Estaba más que decidido a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a aquel pueblecito que tanto significaba para él.

Iba a necesitar dinero y tiempo. De lo primero le sobraba, de lo segundo...

Tal vez, si Margaret aceptara su plan, podría quedarse unos días más. Contaba con un equipo de operarios capaz de darle la vuelta a aquel lugar en poco tiempo y él podía coordinar el proyecto desde la distancia, sin tener que acercarse a Lucía.

Lucía...

Estaba realmente preocupado por ella. Vivía muy bien en Argentina, rodeada por sus hermanos, así que tenía que tener una buena razón para hacer lo que estaba haciendo. Luke entendía que quisiera liberarse de sus cuatro hermanos, pero lo que no podía entender era que se empeñara en esconderse en una caravana destartalada en un lugar en el que no tenía un buen trabajo.

Luke recordó entonces cómo había reaccionado Lucía ante el borracho, como si tuviera miedo de los hombres y eso le había extrañado porque Lucía solía manejarlos con total naturalidad.

Allí había algo que no encajaba.

Luke decidió posponer su llamada a Nacho hasta que hubiera descubierto qué era.

Lucía se despertó a la mañana siguiente sintiendo que algo no iba bien. Su cerebro se apresuró a recordarle lo que había sucedido la noche anterior, obligándola a esconder el rostro entre las almohadas.

Lo último que quería era que Luke hablara con sus hermanos y les contara que había problemas o, todavía peor, que Luke acudiera en su rescate, porque lo que estaba haciendo lo quería hacer ella sola.

En aquel momento sonó el teléfono.

Era Luke.

–Vaya, te iba a llamar ahora mismo para darte las gracias por lo de ayer –improvisó Lucía.

–Me he adelantado, entonces –contestó él con aquella voz grave que la derretía por dentro–. Supongo que te acabarás de despertar.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó Lucía pasándose la lengua por los labios, algo hinchados todavía–. Lo de anoche estuvo fenomenal –

añadió aguantando la respiración.

Luke no contestó inmediatamente.

–Para mí también fue un placer, Lucía.

Lucía se apresuró a incorporarse y a peinarse con los dedos.

–Bueno, ¿y para qué me llamas? –quiso saber.

–Para que vayas poniendo la tetera al fuego.

–¿Cómo?

–Y para que te vistas.

–¿Por qué me metes prisa? Es el único día que tengo libre.

–Mira fuera.

Lucía frotó la manga del pijama contra el cristal de la ventana y sintió que le daba un vuelco el corazón al ver a Luke sentado en su coche al otro lado de las verjas.

–¿No podías dormir? –le preguntó.

–Evidentemente, no tanto como tú –contestó Luke.

Su voz sonaba tan cercana que Lucía sintió que la invadía el calor al recordar sus besos... pero se apresuró a decirse que debía olvidar aquello.

Lo último que quería era que Luke viera cómo vivía. No quería que supiera que iba a adecentar una habitación para ella en la casa. Estaba empezando una nueva vida y no quería que nadie interfiriera.

–¿No me vas a invitar a pasar, Lucía? Me encanta estar sentado bajo la lluvia, pero...

–Por supuesto, no tienes más que abrir las verjas y entrar –le contestó con decisión.

Podía imaginarse lo que Luke le iba a contar a su hermano, pero, siempre que se había visto entre la espada y la pared, había decidido luchar y así lo iba a hacer también esa vez.

Lucía dejó el teléfono sobre la cama, se abrigó con el chal que Luke le había regalado la noche anterior y con el que había dormido, se lo pasó por los hombros e intentó disimular sus pezones erectos.

A continuación, se quedó bloqueada durante un par de segundos. Luego, se puso a recoger el interior de la caravana de manera frenética. Claro que pronto se dio cuenta de que tampoco había mucho que recoger porque apenas tenía nada.

Entonces, decidió recogerse el pelo para estar un poco más presentable. Al mirarse en el espejo, se dijo que aquello no había quien lo arreglara. Corrió a abrir el tubo de pasta de dientes. No le daba tiempo a cepillárselos, pero sí a refrescarse un poco el aliento.

Cuando miró por la ventana, comprobó que Luke avanzaba

hacia allí. Parecía recién aterrizado del planeta Fabuloso, donde todos sus habitantes madrugaban y tenían un aspecto impecable. Llevaba vaqueros y botas de cowboy, dejando claro que le importaba muy poco la moda y lo que los demás pensaran de él. Lucía se quedó sorprendida al ver que llevaba un jersey de cuello vuelto rojo bajo una fuerte cazadora de trabajo.

Lucía se apresuró a pasarse los dientes por los labios con intensidad para sacarles color, aunque sabía que no iba a estar a la altura porque Luke estaba increíble, incluso mejor que la noche anterior.

Se apresuró a tirar al suelo todo lo que había sobre la mesa, cajas de galletas vacías, papeles plateados de chocolatinas y latas de refrescos. A continuación, los metió con el pie bajo el sofá y abrió la puerta.

–Hola –saludó a Luke cruzándose de brazos en el umbral de la caravana.

–¿Me vas a tener aquí o me vas a permitir entrar? Lo digo porque está lloviendo –le recordó él.

–Perdona, pasa.

Luke se fijó en el interior de la caravana mientras lo hacía.

–Bienvenido a mi mundo –dijo Lucía muy tensa.

–Estarás de broma.

–¿Por qué iba a estarlo? –se defendió ella.

–Se me ocurren unos cuantos motivos –contestó Luke mirando a su alrededor.

–Si has venido a molestar, ya te puedes ir yendo.

Luke se quitó la cazadora, dejándole bien claro que no tenía ninguna intención de irse.

Capítulo 7

Me quiere... no me quiere... me quiere... no me quiere... por lo menos no de la manera que yo necesito que me quiera.

Luke la estaba mirando con intensidad y enfado, pero Lucía estaba preparada para ello. Recordaba perfectamente los besos de la noche anterior, así que no le iba a permitir que se pusiera en plan de hermano preocupado.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó intentando sonar despreocupada, decidida a que, ocurriera lo que ocurriera, iban a seguir siendo amigos.

–¿Qué pasa, que ahora ni siquiera puedo venir a hacerte una visita? –contestó Luke enarcando las cejas.

–Depende.

–¿De qué? –insistió Luke más enfadado que nunca–. ¿De si te digo que esto es un desastre o de si te doy una palmadita en la espalda y te digo que lo estás haciendo muy bien?

–Eso no es justo...

–¿Me puedo sentar?

–Claro que sí –accedió Lucía algo tensa.

El techo de la caravana era tan bajo que Luke apenas podía estar de pie. Además, como era tan fuerte y ancho, Lucía tenía la sensación de que ocupaba todo el espacio. Era uno de los pocos hombres, junto con sus hermanos, que conseguían hacerla sentirse pequeña.

Luke colocó el edredón para no sentarse sobre las sábanas, un detalle que a Lucía le gustó. Lo que no le estaba gustando nada era cómo se estaba comportando Luke. Le recordaba demasiado a sus hermanos cuando se ponían en plan «Tenemos que hacer que Lucía entre en razón».

–No me puedo creer que estés viviendo aquí, Lucía –gruñó Luke confirmando sus sospechas.

–¿Qué tiene de malo vivir aquí? –se defendió ella.

–Para empezar, no me parece un lugar seguro.

–Por supuesto que es un lugar seguro.

–Tonterías.

–Si has venido a decirme esto...

–No he hecho más que empezar –la interrumpió Luke–. Si estás trabajando para Margaret, ¿por qué no te alojas en la casa?

–¿Hace mucho que no entras?

–No creo que esté mucho peor que esto. En esta caravana hace un frío de muerte, está húmedo y hay goteras.

–Eso se puede arreglar.

–¿Lo vas a arreglar tú?

–No, contrataré a alguien.

–Pues ya te puedes ir dando prisa. ¿Y cómo le vas a pagar? Por cierto, que te quiten las arañas cuando vengan a arreglar las goteras –refunfuñó Luke apartando a una de patas largas.

–No la mates.

–¿Por quién me tomas?

–Prefiero no contestar a esa pregunta –respondió Lucía mirando a Luke, que se había puesto en pie y se había acercado a la puerta con la araña en la palma de la mano como si fuera un preciado huevo de Fabergé.

–No puedes seguir aquí –anunció Luke tras dejar a la araña fuera.

–¿Porque tú lo digas?

–Efectivamente, no te lo voy a permitir –confirmó Luke apoyándose el puño derecho en la cadera.

Lucía conocía bien aquella postura. Era la de un tigre que quiere hacer creer que está relajado justo antes de lanzarse al ataque.

–No me lo puedes impedir –contestó elevando el mentón en actitud desafiante.

–Te lo voy a explicar de otra manera, Lucía. No tienes por qué vivir aquí.

–¿Te estás ofreciendo a pagarme un alojamiento mejor? –le preguntó Lucía intentando mantener la calma.

Luke se encogió de hombros.

–Ya te he dicho que no necesito tu ayuda, Luke.

–Es evidente que sí la necesitas –contestó él.

–Margaret necesita que me quede.

–Si Margaret necesita que te quedes, ¿por qué no te deja una habitación en la casa?

–Es lo que pretendo hacer, voy todo lo rápido que puedo.

–Pues vas a tener que ir más rápido.

Los ojos de Luke, normalmente de color ámbar, se habían vuelto negros como el azabache y los tenía entrecerrados. A Lucía le bastaría con dar un paso al frente, pues estaban muy cerca. Sentía el calor que irradiaba el cuerpo de él y que se le antojaba demasiado

masculino como para poder resistirse.

Lucía suspiró aliviada cuando Luke se giró para mirar por la ventana. Eran amigos y quería que lo siguieran siendo. Luke siempre había sido su confidente cuando sus hermanos le daban la lata. Cuánto le habría gustado poder confiar en él ahora, una última vez, y que Luke la tomara entre sus brazos y la consolara, pero, si lo hiciera, Lucía no sabría cuándo parar y se encontraría en el mundo de Luke y no en el suyo.

–La casa apenas está habitable –le explicó.

–Y arreglarla no va a ser tarea fácil –contestó Luke girándose hacia ella.

–¿Tú también te vas a mudar aquí?

–¿Es que solo tú tienes derecho sobre la casa? –le preguntó Luke mirándola atentamente.

–¿Estás pensando en invertir en ella?

–Margaret estaría interesada en que lo hiciera y yo tengo dinero para hacerlo.

Si Luke y su cuadrilla se mudaban allí, adiós sus sueños de independencia.

–El dinero no lo es todo, Luke.

–Intenta hacer algo sin dinero, Lucía –contestó él con impaciencia–. No basta con tener buenas intenciones para arreglar un edificio. ¿Cómo tienes previsto devolverle el esplendor a la casa?

–Trabajando en mis horas libres. Últimamente, no he tenido muchas porque he tenido que doblar turnos muchos días en la discoteca, pero...

–Sé que eres una persona trabajadora y no estoy cuestionando la habilidad que posees de arreglar las cosas si tienes dinero, claro, y yo me voy a asegurar de que lo tengas. He visto lo que hiciste en la estancia y en las casas de invitados de Isla de Fuego.

–Eso lo hice por desesperación –admitió Lucía riéndose al recordarlo–. Si por mis hermanos hubiera sido, habrían alojado a los invitados en las cuadras, así que decidí encargarme de la decoración y de la organización de los alojamientos.

–Exacto. Por eso, precisamente, no entiendo cómo no se te ha ocurrido que tú y yo podemos trabajar juntos aquí, en Cornualles.

Lucía lo miró completamente anonadada.

–¿Qué me propones?

–Que te vengas a trabajar conmigo –contestó Luke–. Confío plenamente en ti y sé que, si yo no estoy, tú vas a cuidar bien del negocio.

Estupendo. Así que se trataba de trabajar para Luke, pero sin él

estando cerca. Eso convertiría a Lucía en una mera empleada entre los centenares de ellos que trabajaban para Forster Inc.

Lucía pensó que debería sentirse agradecida por la oportunidad que Luke le estaba dando, pero no era así.

¿Por qué?

Tal vez, porque lo que quería era sacarse las castañas del fuego ella sola.

–Siempre he confiado en ti, Lucía –insistió Luke–. En eso, no ha cambiado nada.

–Claro que no.

–¿Entonces?

–Me lo pensaré, pero te advierto que, si acepto, eso no te dará derecho a darme órdenes.

Aquello hizo reír a Luke.

–No tardes demasiado en decidirte. Tengo el dinero y los recursos preparados para empezar. Tú tienes los estudios necesarios y las ganas. Además, a los dos nos importa este lugar. Tiene todo el sentido del mundo que trabajes para mí.

–¿No sería mejor que trabajara contigo? –sugirió Lucía.

–Soy yo el que pone el dinero –contestó Luke.

Lucía sabía que el futuro de Margaret dependía de aquello y se dijo que no debía permitir que su orgullo se entrometiera. ¿Podría trabajar para Luke? La idea le chirriaba, pero, tal vez, si conseguía creerse realmente una empleada de Luke, podría soportar que él controlara la situación. ¿Acaso no merecía la pena intentarlo por una anciana que no tenía a nadie más en el mundo?

–¿Qué es esto?

Mientras ella pensaba, Luke se había paseado por la caravana y se había encontrado con su propia foto pegada a la pared con chicle. ¿Cómo demonios había olvidado Lucía arrancarla antes de abrir la puerta?

–Es mi nueva diana de dardos –contestó Lucía como si tal cosa–. ¿Te gusta?

–No sabía que te gustara tanto.

–No es por eso.

–Qué mal mientes, Lucía.

–La chica que tenía antes la caravana la debió de poner ahí para tapar una grieta de la pared o algo así –improvisó Lucía.

–Vaya, debía de ser una grieta muy grande.

–Inmensa –se burló Lucía–. Admito que, cuando la vi, me sorprendí mucho porque nunca me has parecido guapo.

–A lo mejor, porque no lo soy.

–¿Entonces...?

–Lo que pasó fue que tu cuñada Holly me convenció para hacer un reportaje para recaudar fondos para una de sus causas benéficas. Se le olvidó decirme cuándo iban a ir los fotógrafos.

–Conociéndola, seguro que se le olvidó adrede –opinó Lucía mordiéndose el labio inferior para no reírse–. Así que te pillaron in fraganti.

–No hace falta que lo digas así –se enfadó Luke acercándose peligrosamente.

–Podrías haber sonreído un poco –comentó Lucía sintiendo su aliento cerca.

–Parecían contentos con las fotos que habían hecho, así que supuse que los hombres enfadados vendemos más revistas que los hombres sonrientes.

–Pues a mí no me gustan los hombres enfadados.

–¿Ah, no?

–Sabes perfectamente que no, así que no te hagas el sorprendido. Siempre he preferido a los hombres de maneras suaves, amables y respetuosas.

–Es decir, recién salidos de un cuento de hadas. Lucía, por favor, vuelve a la realidad –le aconsejó Luke con frialdad–. ¿Cuándo vas a dejar de vivir en tu mundo de fantasía?

–A mí no me parece que esté viviendo en un mundo de fantasía –se defendió Lucía.

De hecho, sabía más de la vida real de lo que le hubiera gustado saber, pero de eso Luke no tenía por qué enterarse nunca.

–¿Y en ese mundo real en el que vives ahora haces cosas o te limitas a pasarte el día soñando despierta? Lo digo por el bien de Margaret. En cuanto a los hombres que te gustan, eres una mentirosa porque te encantan los hombres duros. No en vano has crecido rodeada por cuatro. Lo que pasa es que te parece más adecuado decir que no.

–¿Por qué iba a hacer una cosa así? –quiso saber Lucía sintiendo que la temperatura entre ellos comenzaba a subir.

–No tengo ni idea –contestó Luke enfadado.

–¿Desde cuándo lo que yo siento es asunto tuyo?

–Tienes razón, no me interesas en absoluto –contestó Luke dirigiéndose a la puerta.

–¿A dónde vas? –le preguntó Lucía desesperada.

–Voy a examinar esta cocina –contestó Luke sorprendido–. No me parece que esté en buen estado en absoluto y no creo que se pueda reparar, así que ni se te pase por la cabeza ponerte a

practicar cualquiera de las nuevas habilidades que has adquirido en tu nueva vida –añadió echándole un vistazo.

–¿Cómo iba a haberlas adquirido antes si ni tú ni mis hermanos me dejabais hacer nada? –se quejó Lucía.

–Lo hacíamos para que no nos tiraras las cosas a la cabeza –le recordó Luke.

Cierto.

–¿A qué has venido, Luke? ¿A ofrecerme trabajo o a hacer una lista para Nacho de las cosas que me van mal?

–No sé si quiero tener una empleada tan difícil como tú.

–¿Demasiado para ti?

–La verdad es que no he venido con la idea de ofrecerte trabajo, sino para hablar con Margaret, para atar los últimos flecos de lo que hemos estado hablando.

Lucía supuso que se refería a que Luke estaba interesado en comprar el lugar y se alegró por la anciana. ¿Podrían cooperar? Sí, siempre y cuando cooperación no significara aniquilación.

–¿Sueles pensar en las vacaciones que pasábamos aquí, Lucía?

«¿A dónde quieres llegar, vaquero?».

Menudo cambio de táctica. Eso era casi chantaje emocional. Claro que Luke siempre había sabido cómo colarse en su corazón.

–Muy a menudo –admitió–. Te recuerdo de lo más encantador –añadió rápidamente, porque no quería que Luke se diera cuenta de lo que sentía en realidad cuando las recordaba.

–Tú no has cambiado nada –contestó él.

Oh, sí, claro que había cambiado. Demasiado.

Luke se dio cuenta de que estaba mintiendo, pues Lucía había cambiado y mucho. No solo por la edad, sino porque ahora había sombras en sus ojos y eso le preocupaba. ¿Sería por el episodio con el borracho de la noche anterior?

–¿Te has repuesto de lo de anoche? –le preguntó.

–Por supuesto –le aseguró Lucía.

Luke no dejó de mirarla a los ojos cuando se sonrojó. ¿Estaría pensando en que se habían besado? Eso era en lo que estaba pensando él.

–Volvamos a tus razones para haberte instalado en Cornualles –comentó decidiendo que era mejor adentrarse en terreno más firme.

–¿Qué pasa con eso?

–¿Me quieres contar algo al respecto?

–No te rindes, ¿eh? –Lucía se rio como si Luke estuviera exagerando.

A Luke aquella risa le sonó hueca.

–No, no me rindo –le confirmó.

–Tú siempre tan suspicaz.

Claro que sí.

–Siento curiosidad por saber por qué te fuiste de Londres, por qué te viniste aquí y por qué te has quedado.

–Eso son tres preguntas.

Volvió a reírse y, de nuevo, fue una risa vacía y falsa.

–Confiar en los amigos no es ninguna debilidad, Lucía.

–No siento la necesidad de confiar en nadie, Luke. No necesito que me hagas psicoanálisis.

–Me alegro.

–¿Por qué?

–Porque necesitaría un sexto sentido de lo más fino y un doctorado en adivinación para entenderte –contestó Luke.

Pero, cuando su mirada se posó en los labios de Lucía, se preguntó si realmente le costaría tanto entenderla.

Capítulo 8

Mi lista de cosas pendientes de hacer se ha ido al garete. No he conseguido hacer prácticamente nada de lo que me había propuesto y, lo que he intentado hacer, me ha salido mal. Lo que necesito es un asesor en relaciones sentimentales. Luke me ha hecho recordar cosas que llevaba mucho tiempo intentando olvidar, me ha hecho tener que enfrentarme a ellas. Me ha hecho darme cuenta de que escribí mi lista de quehaceres en una época en la que lo único en lo que pensaba era en lo que haría si tuviera tiempo.

Escribí aquella lista confiadamente a los catorce años sin darme cuenta de que la vida podía resultar mucho más complicada que mejorar mi apariencia física. ¿Y mi corazón? ¿Y si hago una lista de quehaceres para mi corazón?

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó al guerrero que estaba ocupando todo el espacio de su caravana como si se tratara de todos sus hermanos allí agolpados a la vez.

Aun así, Lucía se dijo que era lo mínimo que podía hacer, pues Luke le acababa de ofrecer un trabajo.

–Sí, gracias –contestó él–, pero, por favor, no me lo sirvas en esos vasos de la estantería que están cubiertos de polvo y con moscas muertas dentro.

Lucía se rio. Ni siquiera se había dado cuenta de que había vasos en aquella estantería. Desde luego, la limpieza no era lo suyo. Iba a tener que ponerse manos a la obra en cuanto Luke se hubiera ido.

–¿Quieres un refresco? Así te lo podrás beber directamente de la lata.

–Perfecto, cariño.

–No me llames «cariño» –le advirtió sofocada, dándose cuenta inmediatamente, aunque ya era tarde, de que se había delatado.

¿Cuántas veces había soñado que Luke le decía cosas bonitas? Le bastó con mirarlo unos segundos para darse cuenta de que él no se había percatado de nada. Mientras lo observaba sentarse entre la mesa de formica y una de las sillas, se dijo que aquello era como tener a un tigre en una jaula, pues era tan grande que no cabía.

–¿Qué le ha pasado a este lugar? –murmuró mirando por la ventana.

–Creo que el mundo se ha cansado de St. Oswalds en algún momento.

–Sí, es cierto, no veo a nadie mirándose en la superficie de la piscina –comentó Luke enarcando las cejas en actitud divertida.

–Yo no me miraba, estaba estudiando la fauna autóctona, para que lo sepas.

–Que era de lo más salvaje en aquel entonces –comentó Luke, siguiendo con la broma.

–Qué creído eres. Tampoco te estaba mirando a ti –mintió Lucía.

Lo cierto era que solía sentarse junto a la piscina para ver llegar a Luke a caballo. Siempre elegía al más salvaje para poder ganar a sus hermanos. A pesar de que era un bárbaro a lomos del animal, cuando volvía a casa siempre se comportaba educadamente. Era hijo único, sus padres lo adoraban y él nunca les había decepcionado. Cuando iba hacia la casa de los Acosta, siempre llegaba con la corbata perfectamente anudada, perfectamente peinado y con los zapatos perfectamente limpios.

Claro que bastaba media hora con sus hermanos para volverlo un animal salvaje. Lucía se daba cuenta ahora de que el contacto con su familia le había ido muy bien para atemperar su educación, tan estricta.

Le encantaba el cambio que se operaba en él. Cómo le gustaba verlo pasar de ángel a guerrero.

Actualmente, era una mezcla de ambos. Aunque era un hombre de negocios al que le iba muy bien económicamente, seguía siendo un bárbaro arrollador e increíblemente sensual cuando jugaba al polo.

Lo que no sabía era cómo era en privado…

–Qué bien nos lo pasamos entonces –comentó Luke removiéndose algo incómodo.

–Sí, nos lo pasamos estupendamente –contestó Lucía intentando olvidar las miradas que se habían dedicado el uno al otro siendo adolescentes.

En aquel entonces, tenía que tener mucho cuidado para que sus hermanos no se dieran cuenta de que le gustaba su amigo. Su vínculo invisible había sido prohibido y hermoso y, posiblemente, solo había existido en su imaginación, ya que Luke apenas se fijaba en ella cuando sus hermanos estaban delante.

Pero sus hermanos no estaban en la caravana en aquellos momentos…

Claro que daba igual porque no estaba dispuesta a tirarse a la yugular de Luke y quedar todavía peor de lo que ya había quedado

flirteando con él y echándose atrás cuando el miedo se había apoderado de ella.

–Aquellas vacaciones eran lo mejor del año –recordó Luke.

–Supongo que, como eras hijo único, pasar las vacaciones con mis hermanos te debía de parecer una gozada.

–Es una manera de verlo –contestó Luke pensativo.

Lucía recogió la lata vacía de Luke por tener algo que hacer y poderse distanciar un poco de él. Mientras lo hacía, sentía su mirada en la espalda y se preguntó qué estaría pensando.

–Ese es el vínculo que hay entre nosotros –comentó Luke haciendo que se girara hacia él.

–¿A qué te refieres? –le preguntó Lucía.

–Tú eras la única chica en una familia de chicos que te agobiaban y yo era el único chico de una familia ya de por sí agobiante. Los dos éramos extraños en nuestras propias familias, pero en aquel momento no nos dábamos cuenta.

–¿Y qué has estado haciendo desde la última vez que nos vimos?

–Ganar dinero, abrir empresas, asegurarme de que mis padres se puedan jubilar tranquilamente, encargarme de la fundación familiar y devolverle su antiguo esplendor... ¿y tú?

–Vamos contigo primero. ¿A qué has venido?

Luke ladeó la cabeza y apartó la mirada.

–Espero que por lo mismo que tú, para recuperar algo que había perdido.

–La libertad –dijo Lucía en voz alta.

–Yo me siento bastante libre, pero echo de menos los buenos tiempos, lo bien que nos lo pasábamos aquí. Ahora que puedo veranear donde quiera, en cualquier parte del mundo, echo de menos lo conocido, pero St. Oswalds no está como yo lo recordaba.

–No, está destrozado.

–Exacto. Por eso quiero hacer algo al respecto.

–A mí también me gustaría.

–¿Qué se te había ocurrido?

A Lucía se le antojó de repente que sus planes serían una tontería comparados con los de Luke, pues lo que se le había ocurrido era trabajar todo lo que pudiera para remodelar la casa y convencer a los vecinos para que ayudaran también. Lo que no le iba a contar era que también quería reconstruirse a sí misma en el proceso.

Lo cierto era que no le parecía imposible trabajar con Luke. De hecho, podía resultar bien porque él era un empresario de éxito mientras que ella llevaba la hospitalidad en la sangre y se le daba

muy bien hacer que los clientes se sintieran a gusto.

–¿Tienes pensado invertir dinero propio o vas a pedir respaldo a tus hermanos? –insistió Luke.

–Supongo que Nacho te habrá contado que me pasa un dinero mensual.

–No, no me lo había dicho. Tu hermano te quiere mucho más de lo que tú te crees, Lucía.

–Ya lo sé –admitió Lucía sintiéndose culpable–. Quiero que sepas que el dinero que Nacho me entrega yo lo destino a obras benéficas.

Luke se encogió de hombros.

–A mí no me tienes que dar explicaciones.

Pero ella se las quería dar.

–Que yo quiera ser independiente y ganarme la vida por mí misma no quiere decir que no quiera a mis hermanos. Yo lo único que quiero es que no me pongan las cosas fáciles... y eso te incluye a ti, Luke.

–Te aseguro que, si Margaret accede a venderme la casa, te vas a sudar el sueldo.

–Entonces, a lo mejor podemos hacer un trato.

–Antes, tendremos que dejar claras unas cuantas cosas –contestó Luke poniéndose en pie para quitarse la cazadora.

–Eres demasiado alto para esta caravana –observó Lucía al verlo agachar la cabeza.

–Y tú estás demasiado mimada –contestó él–. Hay sitio más que suficiente para los dos.

–¿Tú crees?

–Claro que sí. Lo único que tienes que hacer es organizarte bien.

–Lo intento.

–Ya me imagino. ¿Por qué no te sientas aquí, conmigo? –le propuso Luke dando un par de palmadas sobre la cama.

Porque no había sitio suficiente a no ser que se sentara en su regazo. Lucía se sentó en el borde de la cama, poniendo toda la distancia que pudo entre ellos, pero, a pesar de su esmero, sus muslos se tocaban.

Luke se quedó mirándola.

–Estamos muy cómodos aquí, pero se me ocurren otros sitios mejores para hablar de tu contrato.

–¿Cómo el Grand, por ejemplo? –le cortó Lucía.

Luke apretó los labios, pues había creído que Lucía querría una habitación en el hotel y le permitiría reservársela.

–Luke, si accedo a trabajar para ti, quiero ser completamente independiente y no me voy a mudar al Grand Hotel. Me voy a

quedar aquí, a pie de obra.

–No lo permitiré.

–No me lo puedes impedir.

–La nostalgia es una fuerza muy potente, pero no debes permitir que te nuble la razón. Puedes trabajar aquí y vivir en el hotel.

–¿Y tener que ir y volver todos los días? No, gracias, Luke, no me apetece –contestó Lucía–. Eso ya lo estuve haciendo unos cuantos meses y ahora quiero hacerlo de otra manera.

Luke se pasó la mano por el pelo y se mordió la lengua hasta haberse calmado.

–La casa de huéspedes está tan deteriorada que, a lo mejor, no conseguimos restaurarla ni siquiera invirtiendo mucho dinero. Cuando decidí que quería recuperar el proyecto de los partidos de polo en la playa, el primer lugar en el que pensé fue este, pero, cuando investigué qué tal estaba, descubrí que llevaba años de deterioro...

–¿Quién te lo dijo?

–Me lo dijeron en el Grand Hotel.

–Así que la pequeña casa de huéspedes de toda la vida pasa por dificultades y su más directo competidor, mucho más grande y poderoso, se ceba con ella, ¿eh? –se indignó Lucía–. No me lo puedo creer.

–Si vas a empezar a trabajar en serio, te aconsejo que mantengas cerca a tus amigos y más cerca todavía a tus enemigos.

–¿Desde cuándo eres un oráculo?

–Es una norma básica en el mundo empresarial.

–Gracias por el consejo, pero quiero cometer mis propios errores.

–Te aconsejo que no pases ni una sola noche más en este lugar. Está haciendo mucho frío y no tienes calefacción –continuó Luke–. Ni siquiera puedes cerrar con llave.

–Margaret ha vivido aquí sola la mayor parte de su vida.

–Porque no le ha quedado más remedio, pero ese no es tu caso –contestó Luke–. En Londres, tampoco tendrías por qué haberte quedado a vivir en el hotel, te podrías haber alojado en el ático que tenéis en la ciudad.

–¿En el mejor barrio de la ciudad?

–Habrías tenido alojamiento gratis y bueno, exactamente igual que si aceptas mi ofrecimiento ahora de alojarte en el Grand.

–¿Cómo se supone que voy a ser independiente si vivo en el ático de mi familia o si dejo que tú me pagues el hotel? Aquí estoy bien. El hecho de que Margaret haya vivido aquí sola durante tantos

años debería decirte algo.

–Lo que me dice es que Margaret no tuvo opción. Es evidente que no tenía otro lugar al que ir porque, de haber sido así, con lo deteriorado que está este lugar, seguro que se habría ido… lo que me hace pensar en cómo vas a hacer para recuperarlo porque no tienes dinero. Por lo que me has dicho, lo has dado todo a causas benéficas.

–Parece mentira que eso me lo diga una de las personas que más dinero destina a causas benéficas del mundo.

–Yo me lo puedo permitir, pero tú, no. Es evidente que no eres práctica en absoluto.

–Aprendí mucho en la universidad –se defendió Lucía.

–¿Ah, sí? ¿Qué te enseñaron? ¿Cincuenta maneras diferentes de doblar las servilletas?

–¡Ya basta! –explotó Lucía poniéndose en pie.

Luke también se levantó.

–Antes de irme, quiero que me escuches bien. Lo que te voy a decir no te va a gustar, pero te lo voy a decir de todas maneras. Se te da muy bien empezar las cosas, pero no has terminado nunca nada en tu vida.

–¡Fuera! –gritó furiosa–. No sé por qué me he dejado engañar porque eres exactamente igual que mis hermanos. ¡Vete! –añadió golpeándole en el pecho con el puño cerrado–. Fuera de mi caravana.

–No me pienso ir sin ti –contestó Luke.

–¿Qué vas a hacer? ¿Cargarme al hombro como un saco de patatas?

–Si hace falta…

Se quedaron mirando. La pasión que vibraba entre ellos era muy fuerte, más fuerte que nunca, pero Lucía no estaba preparada para lo que pasó a continuación, cuando Luke se inclinó sobre ella y la besó.

Por supuesto, intentó zafarse, intentó empujarlo, pero no pudo porque Luke era mucho más fuerte que ella.

Sintió que se le endurecían los pezones y que la entrepierna se le humedecía. Había creído que jamás sería capaz de volver a sentir algo así, pero la sensación de volcán que tenía por dentro era señal más que suficiente de que había recuperado su capacidad de excitarse.

Estaba temblando y no era de miedo, pues Luke nunca le había dado miedo. Estaba temblando de sorpresa, de rabia y de deseo.

–Eres vulnerable –comentó Luke.

–¿Y esta es tu manera de demostrármelo?

Aquel beso no había sido un suave roce de sus labios ni un beso inocente de prueba, sino un asalto sensual en toda regla, de los que dan al traste con los miedos y se saltan todas las barreras.

–Solo te estoy haciendo tomar conciencia de la realidad –contestó Luke apoyándose en la puerta.

–Bonita táctica te has buscado para hacerlo. ¿Se supone que te tengo que dar las gracias? –dijo Lucía intentando bromear–. Creo que será mejor que te vayas ahora.

–No pienso irme a ningún sitio hasta que te hayas calmado.

–Como quieras.

Lucía sentía el pecho lleno de... sí, de pasión, pero, mientras lo miraba a los ojos, recordó que quería reconstruirse a sí misma y que quería ayudar a Margaret a recuperar su casa de huéspedes. Además, ¿no era la oferta de trabajo de Luke una buena oportunidad para dar el primer paso hacia su lista de quehaceres emocionales?

–Puede que tengas razón y que antes me costara acabar lo que empezaba, pero estoy completamente comprometida con este proyecto porque significa mucho para mí –comentó.

–Para mí también –contestó Luke sin poder evitar que los ojos se le fueran a los labios de Lucía.

–Muy bien –dijo ella tomando una decisión–. Estoy dispuesta a hacer un trato contigo. Cuando haya demostrado mi valía... entonces, y solo entonces, te volveré a besar.

Luke se rio y la tensión que había entre ellos comenzó a disiparse, pero los dos sabían que la relación fraternal no volvería a existir entre ellos. A Lucía le hubiera gustado poder contarle que no se veía capaz de mantener una relación sexual con él, pero, entonces, tendría que contarle otras cosas y no quería admitir que se encontraba mal y asustada.

No quería admitir que podía tener una relación de trabajo con él, pero nada más.

–Por lo menos, de ahora en adelante, mi vida tendrá un sentido –comentó Luke con sentido del humor–. Aunque no sé si estaré a la altura de lo sucedido en Londres...

Lucía no pudo evitar una mueca de horror y Luke se dio cuenta. No le había dado tiempo a disimular. Tendría que haber sospechado que Luke no se daría por vencido hasta que le hablara del día en el que aquel repugnante conserje había decidido que la princesita argentina era una chica fácil con la que podía jugar un rato.

–¿Lucía?

–¿Sí? –contestó tragando saliva.

–¿Por qué no me cuentas lo que sucedió en Londres?

–Parece que no te quieres enterar, Luke. Lo puedo manejar yo sola.

Luke levantó las palmas de las manos en actitud de rendición. Lo cierto era que se había apoyado tantas veces en él y en sus hermanos que Lucía comprendía que su tendencia natural fuera acudir en su ayuda como un caballero blanco, pero ella había cambiado, las cosas nunca volverían a ser como antes.

Ahora, no necesitaba que nadie la salvara.

–Cuando hables con Nacho, dile que me has visto y que estoy bien. Ah, y dile también que tengo un techo sobre mi cabeza.

–Sí, con goteras.

–Y que no voy a cometer ninguna estupidez –añadió Lucía con firmeza.

A continuación, se dirigió hacia la puerta. Al hacerlo, la bolsa con los regalos de cumpleaños que le habían hecho sus amigas se cayó al suelo y Luke se quedó mirando el contenido estupefacto, pues se trataba de un paquete enorme de preservativos, unas braguitas tanga rojas y un juguetito para adultas.

–Así que nada de estupideces, ¿eh?

–Adiós, Luke –lo despidió Lucía sin la menor intención de darle explicaciones.

Luke podía pedírselas en lo concerniente al trabajo, pero no tenía nada que decir sobre los regalos que le hacían sus amigas.

–Dime cuanto antes si vas a aceptar el trabajo, Lucía.

–Sabes perfectamente que sí.

–Entonces, en cuanto Margaret me dé su consentimiento, te traeré el contrato para que lo firmes –se despidió abriendo la puerta.

Lucía cerró los ojos mientras Luke abandonaba la caravana, pero seguía sintiendo su presencia en su cuerpo, hasta la última fibra. Estar con él era como rozar una tormenta. Le gustaría que la arrastrara, pero, si lo consentía, perdería el control y pasaría a estar bajo el dominio de Luke.

Podía trabajar para él. Lo único que tenía que hacer era mantener sus sentimientos a raya. Eso era lo que debía hacer. No podía permitir que Luke supiera la verdad porque resultaba humillante.

Capítulo 9

No voy muy bien en esto de ir cumpliendo los objetivos de la lista, pero creo que es porque soy impaciente y quiero hacerlo todo muy rápido. Además, mi corazón tiene un solo objetivo, un solo hombre.

¿Qué he aprendido?

Que el sexo me da miedo.

Que me da miedo que Luke se dé cuenta de que el sexo me da miedo y por qué...

Aunque no me diera miedo el sexo, seguiría teniendo un problema porque no creo que vaya a practicarlo con Luke Forster. Es evidente que no soy su tipo... a lo mejor no soy suficientemente buena para él. Me ha dado unos cuantos besos, pero tampoco parece interesado en ir más allá, lo que a mí me parece muy bien porque, si lo intentara, probablemente saldría corriendo.

He decidido volver al comienzo de la lista con la mente más abierta. Si me concentro, podré llegar al objetivo número diez en poco tiempo y, si el número diez no es finalmente acostarme con Luke, tampoco pasa nada.

Teniendo en cuenta mi interés por el sexo últimamente, es más que probable que sea eso lo que ocurra finalmente.

El nuevo plan es el siguiente:

Concentrarme en asuntos prácticos y olvidarme de mi corazón. Las cuestiones prácticas se pueden resumir más fácilmente.

Tengo trabajo en la casa de huéspedes.

La casa de huéspedes tiene nueve habitaciones.

Puedo arreglar la más pequeña para mí.

Cuando la tenga terminada, será un sitio maravilloso, siendo la palabra «cuándo» el quid de la cuestión.

Luke puso el coche a toda velocidad y agarró el volante con fuerza, pero eso no le ayudó a reducir la frustración interior que sentía.

–Muchas gracias, Nacho –murmuró añadiendo, a continuación, unas cuantas maldiciones.

Si no hubiera ido a buscar a Lucía, no la habría encontrado y no la desearía tanto como la deseaba, no habría bailado con ella ni la

habría tocado y no estaría como loco intentando desentrañar el misterio de su experiencia londinense.

Solo podía hacer una cosa. En cuanto la dejara bien instalada, seguiría sus pasos hasta la capital y averiguaría qué había ocurrido exactamente y qué era lo que Lucía le estaba ocultando.

Hacía años que se atraían mutuamente. Aquella atracción se había hecho más que patente en la boda de su hermano y había explotado en la caravana. Su instinto más primario lo llevaba a querer intentar algo más, sin hacer caso de sus excusas.

Se imaginó la reacción de Lucía si intentara ese «algo más». A lo mejor resultaba divertido...

Lucía suspiró contenta. El hecho de ser la única chica de la familia la había obligado a limpiar lo que ninguno de sus hermanos limpiaba, así que ahora limpiar para ella le parecía de lo más satisfactorio. La caravana seguía siendo un lugar sombrío, pero, por lo menos, ahora no había vasos llenos de polvo.

Incluso olía bien.

Lucía se dijo que limpiar era una buena manera de canalizar la energía que Luke le había despertado con su visita.

Se sentó y se quedó mirando su fotografía. Luego, hojeó una revista. No había forma de no encontrarse con artículos del tipo *Las mejores posturas para practicar sexo* o *Las posturas sexuales según tu signo del zodíaco*. ¿Y qué tal *Los lugares más atrevidos para practicar sexo*? ¿Acaso la gente no pensaba en otra cosa?

No, parecía que no, así que dejó la revista a un lado y se quedó sentada intentando no pensar en el sexo ni en sus escollos. Así estaba cuando oyó la puerta de un coche que se cerraba y se puso de pie de un salto.

¿Luke?

¿Había vuelto?

Lucía se arrodilló sobre la silla y miró por la ventana. En cuanto lo vio, su entusiasmo se evaporó, pues el que llegaba no era el Luke sensual y seductor, sino el Luke pragmático, tal y como demostraba que hubiera llegado con una furgoneta y que estuviera enganchándola a la caravana.

¡Sin avisárselo!

Lucía tuvo que agarrarse a las paredes de la caravana para no caerse, pues el habitáculo se bamboleaba de un lado para otro. Llegó a la puerta como pudo y la abrió a duras penas.

–¿Se puede saber qué haces? –gritó.

–Quédate dentro mientras hago esto –contestó Luke sin ni siquiera mirarla.

–No pienso hacer nada hasta que me digas qué demonios estás haciendo –insistió Lucía.

–¿A ti qué te parece? –le preguntó Luke elevando la mirada hacia ella.

–Me parece que estás enganchando la caravana para llevártela –contestó Lucía sintiendo la lluvia en la cara–. ¿A dónde, si puede saberse? Como sea otro truco para que me mude a vivir a otro sitio...

–No, no se trata de eso –le aseguró Luke–. Solo quiero alejarla del acantilado. ¿No te has dado cuenta de que el viento la levanta?

Era cierto que el acantilado estaba demasiado cerca y parecía peligroso.

–Sí, bueno, a veces... –contestó distraída, observando los brazos, fuertes y bronceados, de su interlocutor.

–¿Y no te has dado cuenta de que solo tiene tres ruedas?

–Eh, sí –admitió Lucía–. Gracias.

–Ponte algo. Abrígate un poco, que te vas a morir de frío. Estás empapada y tienes la ropa pegada al cuerpo.

¿De verdad?

Entonces, seguro que se le transparentaban los pezones.

–Voy a asegurar las cosas que se pueden romper –anunció Lucía.

–Toma –le dijo Luke poniéndole su cazadora por los hombros y alejándose, después, a toda velocidad.

Una vez dentro, se quedó mirándolo por la ventana. Aunque estaba lloviendo y soplaba un fuerte viento, Luke siguió con su tarea de asegurar la caravana a la furgoneta. Lucía recogió las cosas rápidamente y se subió a la furgoneta a esperarlo.

Desde allí, siguió observándolo hasta que Luke se subió también al vehículo, sin apenas mirarla, eso sí. Lucía se dio cuenta de que los besos de aquella mañana no habían significado nada. Era obvio que él ya los había olvidado.

–Vamos allá –dijo poniendo la furgoneta en marcha y trasladando la caravana a otro lugar del jardín–. Detrás de estos árboles estará mucho más resguardada –anunció.

–¿Quieres que me baje para mirar si el terreno está bien? –se ofreció Lucía.

–No, ya lo hago yo –contestó Luke–. Tú quédate aquí.

Luke se bajó, comprobó que todo estaba a su gusto y le indicó a Lucía que podía instalarse de nuevo.

–¿A dónde vas? –le preguntó ella al ver que se disponía a

marcharse.

–Al hotel a ducharme –contestó Luke–. ¿Por qué? ¿Te importa? –le preguntó divertido.

–No, claro que no –contestó Lucía como si tal cosa a pesar de que, en realidad, quería que se quedara.

–¿Me devuelves mi cazadora, por favor?

Comprendiendo que no iba a haber más besos, Lucía se quitó la cazadora y se la entregó.

–Bueno, se acabaron los riesgos –anunció Luke.

–Por supuesto –contestó Lucía mirándolo a los ojos y pensando que, si no quería que corriera riesgos, lo mejor que podía hacer era no volver a aparecer por allí.

Dicho aquello, se bajó de la furgoneta y se dirigió a la caravana. Luke se fue. Se sentía mal. No tendría que haberlo besado ni que haber flirteado con él. ¿Y por qué había aceptado trabajar con él? Menudo lío.

Además, tenía la sensación de que el Luke al que ella conocía había desaparecido y lo echaba de menos.

El calor de Lucía lo acompañó desde la cazadora durante todo el trayecto de vuelta al hotel, pero Luke intentó ignorarlo diciéndose que Lucía era la hermana de su mejor amigo.

Sin embargo, lo cierto era que la deseaba.

¿Y qué le iba a decir a Nacho? La verdad, que a una mujer como su hermana no se la conseguía hacer cambiar de parecer en unos días, que había que esperar.

Miró por el espejo retrovisor con la esperanza de verla y se preguntó, sonriente, cuándo llegarían las compras y cuánto tiempo tardaría en devolverlas.

Estaba a punto de salir de la caravana en dirección a la casa de huéspedes cuando llamaron a la puerta.

–Traigo un paquete para la señorita Acosta –anuncio un mensajero uniformado.

–Soy yo, pero no he pedido nada.

–Pues será un regalo –opinó el hombre–. Por favor, firme aquí.

Solo había una persona capaz de mandarle una compra de la tienda más exclusiva de Londres y solo había una persona, la misma, que supiera dónde se alojaba en Cornualles.

En cuanto hubo metido la ropa dentro, llamó a Luke.

–¿Por qué me has mandado todo esto? No estoy tan desesperada –le recriminó.

–¿No puedo mandaros unos cuantos caprichos a Margaret y a ti?

–No necesitamos tu compasión.

–La que se encarga de estas cosas es mi secretaria personal, así que habla con ella.

Lucía se quedó sin habla.

–Hasta luego –se despidió Luke–. Disfruta de los huevos con beicon.

Lucía se quedó mirando el teléfono. Luke había colgado. Aquel Luke no tenía nada que ver con el Luke con el que ella había jugado y flirteado de adolescente.

¿Habría cambiado ella tanto también?

Además de comida, había toallas, sábanas, almohadas y mantas. Todo de buena calidad. Lucía se dijo que estaba siendo desconsiderada y lo volvió a llamar para darle las gracias, pero no consiguió hablar con él hasta la noche.

Cuando Luke se dignó a descolgar el teléfono, Lucía oyó ruidos de agua por detrás y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no imaginárselo sin ropa.

–Vaya, qué sorpresa tan agradable –murmuró Luke.

Parecía muy contento.

Lucía tuvo que morderse los labios cuando lo oyó suspirar placenteramente mientras se cambiaba de postura en la bañera.

–¿Te ha gustado lo que te ha mandado mi secretaria?

Lucía se imaginó a una secretaria rubia escultural y se tensó.

–Me dijo que no le importaba comprarte unas cuantas cosas porque tenía que ir a comprar regalos para sus nietos.

Lucía se sintió como una idiota.

–Dale las gracias de mi parte –acertó a contestar–. A ti también te estoy muy agradecida, pero no lo vuelvas a hacer, ¿de acuerdo?

–Soy un buen vecino, Lucía –Luke se rio.

–¿Te crees que no me doy cuenta de que estás intentando convencerme?

–¿Puedo hacerlo con unas cuantas lonchas de beicon y unos buenos huevos?

Lucía sonrió.

–Estás como loco por librarte de mí, ¿eh?

–Desde luego.

–Que sepas que me las vas a pagar.

–No esperaba menos de ti –murmuró Luke volviendo a suspirar, lo que hizo que Lucía se lo imaginara dejándose caer un poco más

en el agua caliente y perfumada–. ¿Eso es todo?

–¿Tienes cosas que hacer?

–Sí. ¿Y tú? ¿Qué tienes previsto hacer el resto del día?

«Intentar no imaginarte desnudo en la bañera».

–No queda mucho del día, pero tengo intención de terminar de decorar una habitación que estoy preparando para mí en la casa, así que no tengo tiempo para andar de cháchara contigo.

–A lo mejor me paso dentro de un rato para ver qué tal vas con ello.

–No hace falta –le aseguró Lucía con el corazón latiéndole aceleradamente.

–Prometo llevar un café estupendo.

–Aquí también tenemos un café muy bueno.

–¿Ah, sí? Genial, pues ponlo al fuego. Me muero por una taza de café.

–Pues llama al servicio de habitaciones.

Luke se rio y colgó.

Lucía se apoyó en la pared de metal, que estaba helada. Si, tal y como había dicho, Luke iba por allí, Margaret estaría encantada y eso era lo que importaba, ¿no?

¿Podría trabajar con Luke?

A Lucía le gustaba trabajar y la idea de verlo de vez en cuando no le desagradaba en absoluto.

Capítulo 10

La comida casera es lo mejor del mundo.

Como en casa, en ningún sitio.

¿Estás de acuerdo? Mira lo que llevas años teniendo debajo de las narices.

¡No, no me refiero a tu bigote, tonta!

Luke.

Margaret había estado cocinando toda la mañana, así que había una cantidad ingente de salchichas y puré para todos los empleados.

Luke había anunciado que tenía intención de terminar la obra en poco tiempo, lo que había puesto muy contentos a todos excepto a Lucía, que prefería hacer las cosas más despacio para poder hacerlas bien.

Era la primera vez que llevaba a cabo un proyecto así y no quería que Luke tuviera absolutamente ningún motivo de queja.

–Qué bien cocinas, Margaret –comentó terminándose la sopa–. Lo que le falta a este lugar es, precisamente, esto.

–¿Tú crees? –la anciana sonrió–. Si con esta sopa consigo que dejes de trabajar en esa discoteca, que dejes de hacerte llamar Anita y vuelvas a ser la chica que yo conocí, habrá merecido la pena. ¿Ya has dicho que lo dejas?

–Sí –contestó Lucía.

Se habían hecho muy amigas y le había contado por qué se hacía llamar de otra manera. Aunque no era famosa, no quería que su apellido la delatara, lo que podía suceder porque su familia había pasado muchos veranos en aquel lugar.

–No sabes cuánto me alegro de que vayas a trabajar con Luke.

Lucía sonrió encantada. Había mucha diferencia entre trabajar para vivir y trabajar con alguien y le gustaba resaltar bien ese matiz.

–A mí no se me da bien el mundo empresarial. Por eso, precisamente, estoy metida en este lío –opinó Margaret–. Quiero que seas la directora de la casa de huéspedes.

–¿Quieres que me encargue del Sundowner? –exclamó Lucía–. ¿Lo has hablado con Luke?

Margaret se encogió de hombros.

–Esa decisión me compete a mí tomarla. Hacéis un buen equipo porque los dos creéis en el proyecto, creéis en este lugar. Tú tienes don de gentes y él puede ocuparse del aspecto económico. Una pareja perfecta. Quiero que seas tú la que esté al frente del negocio, Lucía.

–Acepto, pero solo hasta que tú te sientas bien y te vuelvas a hacer cargo de él –contestó Lucía–. Gracias. No te puedes ni imaginar lo que significa para mí que confíes en mí.

–Eres una persona completamente de fiar –le aseguró Margaret–. Los demás también deberían confiar en ti.

Lucía se rio.

–Ya conoces a mis hermanos. Ellos se creen que no soy capaz ni de atarme los zapatos, pero te aseguro que no te voy a fallar.

–Estoy completamente segura de ello y así se lo voy a decir a Luke en cuanto vuelva de Londres.

–¿Está en Londres?

Lucía no se había enterado.

–Sí, creo que me dijo que tenía que ir por motivos de negocios, no sé… ¿por qué pones esa cara?

–Por nada –contestó Lucía preocupada.

–¿Por qué no te vas un rato al pueblo y te diviertes un poco? –le sugirió Margaret–. Cómprate un par de vestidos para la inauguración de la casa de huéspedes.

–Sí, buena idea –contestó Lucía distraídamente.

Su vida estaba cambiando tan rápidamente que le costaba asimilarlo, pero no le quedaba más remedio, aunque le iba a costar relajarse ahora que sabía que Luke estaba en Londres, pues un sexto sentido le decía que de aquello no podía salir nada bueno.

Cuando vieron salir a un tipo enorme por las puertas giratorias del elegante hotel, los peatones que en aquel momento discurrían por la acera se apartaron y el portero ni siquiera se atrevió a preguntarle si quería que le llamara a un taxi.

Luke tiró la cazadora en el asiento trasero del monovolumen que había aparcado poco antes de manera agresiva sobre el bordillo y llamó al hermano de Lucía a Argentina.

–Problema resuelto –anunció.

Había localizado al hombre que había atacado a Lucía y había resuelto la situación de manera satisfactoria para él.

Luke puso el vehículo en marcha y transitó por las calles londinenses llenas de tráfico. En unas cuantas horas estaría de

vuelta en Cornualles y Lucía jamás se enteraría de lo que había pasado.

Mientras conducía hacia allí, reorganizó su agenda. No iba a poder volver a casa inmediatamente como había planeado en un principio. Sus empresas estaban bien atendidas y podrían sobrevivir sin él unos cuantos días más.

Lo supiera o no, Lucía lo necesitaba y eso era prioritario sobre todo lo demás. Tenía previsto seguir hospedándose en el hotel hasta que la casa de huéspedes estuviera terminada, funcionando y dando dinero. Además, quería asegurarse de que Lucía estuviera bien antes de volver a Argentina.

Ahora que sabía lo que sabía, estaba seguro de que lo que Lucía Acosta necesitaba era un ángel de la guarda.

La iba a volver a ver en breve.

Bueno, no pasaba nada.

Ya, a ver cómo reaccionaba su libido.

Tras darse una ducha rápida en el hotel, se dio cuenta de que necesitaba afeitarse, pero las ganas de ver a Lucía eran imperiosas, así que se puso unos vaqueros y terminó de vestirse. Pensaba en ella constantemente y saber que alguien le había hecho daño...

Tenía intención de hablar con ella porque no podía permitir que se guardara para sí misma lo que había ocurrido en Londres porque sería peor.

En aquel momento, sonó su teléfono móvil y sonrió al ver de quién se trataba.

–Hola, Margaret –saludó–. No, todavía no he cenado. Gracias, voy encantado –se despidió.

Definitivamente, el afeitado podía esperar.

Lucía no quería ni pensar en que Margaret había invitado a Luke a cenar y todavía menos en que Luke había ido a Londres sin decirle nada, así que decidió mantenerse ocupada para no pensar.

Sabía que se le daba bien diseñar, organizar y elegir a las personas adecuadas para realizar el trabajo, pero tenía la sensación de que, en aquella ocasión, no iba a ser suficiente con eso.

Sentía que tenía que demostrar mucho.

Sospechaba que, por culpa del repugnante conserje, su autoestima se había visto hollada y que eso tenía repercusiones en todos los aspectos de su vida.

Con solo enterarse de que Luke había ido a Londres, había vuelto a revivirlo todo.

Afortunadamente, deambulando por el desván, había encontrado un rollo de tela y una grapadora especial para tapizar. Había decidido empezar por un taburete porque era algo sencillo y, además, podrían ahorrar mucho dinero si lo hacían ellos en lugar de encargar todo fuera.

No creía que fuera muy difícil, solo tenía que medir, cortar y grapar. Pronto comprobó que no era tan fácil. Llamó a Margaret varias veces para que la ayudara a soltar la manga de su uniforme, que se había quedado grapada al taburete.

Justo en ese momento, Luke estaba entrando por la puerta y Margaret no le hizo ni caso. Había querido sorprender a la anciana con su buen hacer y no había contado con encontrarse grapada a un taburete justo antes de cenar.

Efectivamente, allí estaba Luke. ¿Qué diría? Oh, Dios mío, estaba mirando por la ventana.

Había conducido hasta la casa de huéspedes igual que montaba a caballo, es decir, a toda velocidad. Se moría por volver a estrechar a Lucía entre sus brazos y asegurarle que cualquier persona que le hiciera daño tendría que vérselas con él.

Se le había acelerado el pulso al verla por la ventana al pasar con el coche. Había supuesto que iría a abrirle la puerta, pero no lo había hecho, lo estaba mirando fijamente por la ventana con cierta alarma.

–¿Interrumpo algo? –le preguntó al entrar y encontrarla sola en el salón.

Estaba tan guapo que a Lucía le costó encontrar palabras.

–Bienvenido a casa –le dijo prudentemente, sin levantarse, colocándose en una postura algo incómoda para ocultar que tenía un taburete colgando del brazo.

–¿Qué tienes ahí? –quiso saber Luke acercándose.

–Una antigüedad –contestó Lucía como si tal cosa.

–¿Una antigüedad? –Luke sonrió.

–Sí... –contestó Lucía mirándolo a los ojos–. Se me ocurrió tapizar el taburete –le explicó, porque prefería hablar de algo mundano y no tener que preguntarse si habría averiguado algo en Londres.

Luke se quedó mirando los restos de tela que había por el suelo.

–Buena idea –opinó sorprendiéndola con un abrazo.

–¿Y eso por qué?

–Por nada en especial –contestó Luke saliendo de la habitación.

Lucía lo miró de manera suspicaz. Sus hermanos solo la abrazaban cuando estaban preocupados por ella. Por ejemplo, cuando se caía del caballo. Era su manera de demostrarle su alivio por que no le hubiera pasado nada.

¿Qué querría decir aquel abrazo de Luke? ¿Que podían seguir siendo amigos? Lucía se dijo que no había motivo para querer nada más porque no había esperanzas, así que volvió a concentrarse en liberarse de las grapas.

Nada, era inútil. Se iba a tener que quitar el uniforme.

–Margaret dice que la cena está… –anunció Luke enmudeciendo al llegar a la puerta.

Lucía se había hartado de su ropa interior de anciana y se había comprado un precioso conjunto de encaje rosa en el pueblo para alegrarse el día.

–No deberías estar ahí –comentó enrojeciendo.

–Ya… –contestó Luke.

A continuación, volvió a la cocina.

–¿Qué quieres ahora? –se impacientó Lucía al ver que volvía de nuevo.

–Por favor, Lucía, que te he visto en bañador muchas veces –le recordó avanzando hacia ella con unas tenazas.

Sí, era cierto. Luke la había visto medio desnuda en otras ocasiones, pero entonces tenía dieciséis años y llevaba un biquini, que no era lo mismo.

–¿Cómo te has dado cuenta de que estoy grapada al taburete?

–¿Me lo preguntas en serio? A partir de ahora, haz solo lo que sepas hacer –le dijo liberándola–. No tenemos por qué saber hacer todo. Tú tampoco, Lucía. ¿Te puedo ayudar en algo más antes de irme?

¿Se lo preguntaba en serio?

–¿Te vas ya?

–A cenar, quiero decir –contestó Luke–. Por cierto, Lucía…

–¿Sí?

–Unas braguitas preciosas.

«Ya».

–No quiero hacer esperar a Margaret –insistió Luke dirigiéndose a la puerta.

–Ahora mismo voy.

En cuanto el corazón le volviera al ritmo normal.

Dudó ante la puerta de la cocina, tomó aire y la abrió.

–¿Te apetece una cerveza? –sugirió fijándose en que Luke ya estaba sentado a la mesa.

–Cariño, a mí siempre me apetece una cerveza.
–¿Qué te tengo dicho?
–Prometo no volver a llamarte «cariño».
Lucía lo miró y vio que se estaba sonriendo.
–¿Te ayudo?
¿Cómo había llegado a su lado sin que lo hubiera oído?
–No, ya puedo yo.
–No quiero vaso.
–Entonces, ¿qué quieres? –le espetó–. Siéntate, que así practico.
Lo sentía muy cerca y, aunque si había alguien que pudiera hacerla perder el miedo que sentía hacia los hombres, probablemente ese alguien sería él, no quería probarlo.
Prefería concentrarse en mantener las distancias hasta que no supiera lo que Luke había ido a hacer a Londres.
Gracias a lo buena cocinera que era Margaret, sirvió una cena perfecta. El café también resultó exquisito.
Luke parecía contento.
–Si sigues así, este sitio estará lleno en poco tiempo –le dijo a Margaret–. Estaba todo riquísimo. Gracias. Voy a darme una vuelta por la casa para ver qué hay que arreglar y redecorar.
–Eso me corresponde a mí hacerlo –apuntó Lucía.
–¿Quién lo dice?
–Yo –contestó Margaret–. En eso es en lo que hemos quedado Lucía y yo.
–¿Ah, sí? –Luke sonrió.
Luego, se puso en pie.
–¿Por qué no vais a inspeccionar los dos? –sugirió Margaret–. Le he pedido a Lucía que dirija mi casa de huéspedes –le explicó con naturalidad–. Y a ella le ha parecido bien y ha aceptado. ¿Verdad que es estupendo, Luke?
–Ya hablaremos de ello en otro momento –contestó Luke apretando los dientes.
–¿Vamos? –le preguntó Lucía–. Si me sigues...
–No me hace falta. He pasado aquí muchos veranos y sé moverme perfectamente por la casa, no me voy a perder –rugió Luke.
Mensaje recibido alto y claro, pero Lucía, por supuesto, abrió la marcha de todas formas.
–¿Qué es esa tontería de que tú eres la directora? –le preguntó Luke en cuanto cerraron la puerta de la cocina.
–¿Tienes experiencia dirigiendo hoteles, Luke? –le preguntó Lucía–. Eso me imaginaba –añadió al ver que no contestaba–. Tú

tienes mucho dinero y mucha experiencia dirigiendo empresas a nivel internacional, pero yo tengo experiencia alojando y atendiendo a la gente. Empecé cuando Nacho me propuso encargarme de la organización de una cena para polistas. Creo que tenía catorce años por aquel entonces. Además, entiendo perfectamente que no quieras perder el dinero invertido y sé de sobra lo que significa para ti recuperar este sitio, ya que es el alojamiento perfecto para la gente que venga al torneo de polo porque está en la misma playa y...

–Parece que lo tienes todo muy claro –la interrumpió Luke.

–Digamos que no soy la niña que tú crees que soy. ¿Empezamos la visita?

–Parece ser que no tengo más remedio que aceptarte como directora porque así lo quiere Margaret.

–Si no lo hago bien, podrás despedirme –le aclaró Lucía–, así que, por favor, no pases nada por alto.

–Me tengo que limitar a poner el dinero, ¿eh? –se indignó Luke.

–Margaret te está muy agradecida por lo que estás invirtiendo –contestó Lucía–. ¿Vamos?

–Después de ti –bramó Luke mirándola con cara de pocos amigos.

Capítulo 11

Aunque este hombre no vaya a ser mío, no puedo soportar y no voy a tolerar que ninguna otra mujer le ponga la mano encima. Aunque el sexo me da miedo, soy capaz de apreciar un buen trasero. En el poco probable caso de que Luke quisiera acostarse conmigo, no llegaríamos a nada porque pronto se daría cuenta de que en materia de sexo soy un caso perdido. Por eso, cuando se instale aquí, yo me tendré que ir a Mongolia para no volver jamás...

Mientras subían las escaleras, Lucía decidió no pensar en Luke y concentrarse única y exclusivamente en el trabajo. Sin embargo, cuando lo tuvo delante, no pudo evitar fijarse en su trasero y en lo bien que le quedaban los vaqueros.

Pero Luke Forster era de los que creía que las mujeres existían para protegerlas y no para que asomaran la cabeza e invadir un mundo que para él pertenecía solo a los hombres. Seguramente, preferiría no tener que escuchar sus opiniones y limitarse a compartir cama con ellas.

Lucía se encontró pensando en la rubia.

–Me gustaría enseñarte la habitación del ático –comentó en tono profesional, manteniendo las distancias.

–Muy bien –contestó Luke acercándose lo suficiente como para que sus manos se rozaran.

Lucía lo llevó a la enorme habitación que ocupaba buena parte de la zona alta de la casa y desde la que la vista de la playa y del mar era espectacular. Margaret siempre había soñado con convertirla en un salón biblioteca y así se lo hizo saber a Lucía y a Luke. De hecho, ya había varias escaleras y otros objetos decorativos, pero todavía faltaba mucho por hacer.

–¿Qué te parece?

–Me encanta –admitió Luke–, pero convertir este lugar en un alojamiento exclusivo para jugadores de polo de nivel internacional que están acostumbrados a lo mejor va a ser un proyecto complejo.

–Y temes que yo no esté preparada.

–La verdad es que no tienes experiencia.

–Tampoco soy una aficionada –se defendió Lucía–. Además, estoy muy acostumbrada a atender a jugadores de polo exigentes y

lo sabes.

Luke no podía rebatir aquello, pues sabía que era cierto.

–¿Y cómo te sientes ante la idea de que trabajemos juntos? –quiso saber.

–¿Cómo te sientes tú? –le preguntó Lucía.

«Creo que me va a ser difícil concentrarme», pensó Luke sintiendo que la entrepierna se le endurecía.

Aquella no era la chica de los veranos ni tampoco la hermana del novio en la boda, sino una mujer hecha y derecha que había vivido muchas cosas desde la última vez que se habían visto y que por ello era más madura y mucho más interesante.

–¿Y cómo vas a llevar que sea tu jefe? –le preguntó con una sonrisa en los labios.

–Bien, siempre y cuando no tenga que hacerte reverencias.

–Lo tendré presente para recogerlo en una cláusula del contrato –bromeó Luke.

–Margaret está encantada con este proyecto, pero yo quiero que quede claro entre nosotros que no estoy dispuesta a que me vigiles –le aclaró Lucía.

–Eso me ha quedado claro.

–En ese caso, todo está en orden. Me gustaría que te fijaras bien en este salón.

Luke descubrió que se notaba el toque personal de Lucía, por ejemplo, en un tronco que el mar había arrojado a la playa y que ella había colocado en un rincón como si fuera una obra de arte, donde la luz que entraba por el ventanal le arrancaba sombras sobre la pared. También había dispuesto sillas muy sencillas que ella misma había pintado, supuso, en color azul cielo. El único adorno que había sobre la inmensa mesa en la que se podían desplegar los periódicos era un jarrón con flores frescas.

–Realmente, se te da bien esto de convertir una casa en un hogar –comentó sinceramente.

–Pareces sorprendido –contestó ella sonriendo–. Bueno, yo voy a bajar un rato a la playa. Tú quédate todo el tiempo que quieras echando un vistazo.

Siempre que bajaba a la playa recordaba a su madre. Era imposible no hacerlo. Lucía cerró los ojos y la vio con su melena pelirroja al viento y su vestido largo de flores tan inapropiado para la playa, pero que a ella tanto le gustaba.

Como de costumbre, no se permitió regodearse en la tristeza,

prefería recordarla riéndose y corriendo por la playa con ella.

–¿Lucía?

Al levantar la mirada, se encontró con Luke.

–Vaya, no te he oído llegar –comentó suponiendo que habría sido por el viento.

–Solo quería decirte que estás haciendo un trabajo maravilloso en la casa.

–Me alegro de que te guste.

–¿Te vas ya? –le preguntó Luke al ver que Lucía miraba hacia el camino del acantilado.

–Está empezando a hacer frío –se excusó Lucía.

–¿He hecho algo que te haya molestado y por eso estás enfadada conmigo? –quiso saber Luke–. ¿Por qué tengo la sensación de que huyes de mí? –añadió poniéndole la mano en el brazo.

–No huyo de ti –le explicó Lucía apartándose–. Solo quiero volver a casa.

Luke retiró la manos.

–Muy bien.

–Si has venido buscando el pasado, no lo vas a encontrar aquí –le espetó–. Perdona –añadió intentando reírse pero sin conseguirlo–. No sé por qué he dicho eso.

Pero Luke sí lo sabía.

–Yo siempre vengo a la playa cuando quiero recordar aquellos tiempos –admitió.

–Yo lo he intentado, he intentado recuperar el pasado aquí, pero no lo he conseguido –comentó Lucía.

La emoción se le estaba convirtiendo en lágrimas, así que desvió la mirada hacia el mar. Luke suponía que a Lucía le hubiera gustado poder ver de nuevo a sus padres paseando juntos por la playa, de la mano, y que al volver lo único que había encontrado era una casa vieja y a una anciana.

–Lo peor es que, hasta que no has venido tú, no me he dado cuenta de que podía ayudar y cómo –comentó Lucía.

–Antes de que yo llegara, tú ya estabas ayudando a Margaret con tu compañía y tu amistad, por no hablar del trabajo que estabas haciendo para ella. En cualquier caso, todavía no hemos terminado.

–Eso no son más que palabras, Luke.

–Eso no es así y te lo voy a demostrar –contestó él–. Si no te hago reír y recordar los buenos tiempos que hemos pasado en esta playa, te subo el sueldo. ¿Qué te parece?

–Pero si todavía ni siquiera lo hemos fijado –contestó Lucía.

–Mejor, así no tengo nada que perder –bromeó Luke.

–Eres un caradura –protestó ella.

A lo mejor lo era, pero Lucía no había dicho que no y, de hecho, había sonreído. Más que suficiente.

–¿Qué haces, Luke? –le preguntó Lucía al ver que se estaba quitando las botas–. ¿Estás loco? –añadió al ver que también se estaba quitando los vaqueros–. No me puedo creer que te vayas a meter en el mar. ¡El agua debe de estar helada! Sí, definitivamente, estás loco.

–Eres una gallina –le gritó Luke corriendo hacia la orilla.

–No, no lo soy.

«Bueno, quizás un poco», pensó para sí misma al ver que Luke se estaba quitando los calzoncillos.

–Pero ¿qué haces? ¿Y si te ve alguien?

–¿Quieres decir que hay gente igual de loca que nosotros, que se viene a bañar desnuda en la playa por la noche?

Lucía se quedó pensativa. Jamás había hecho una cosa así… a lo mejor era un buen momento para la primera vez…

«Oh, qué diablos», se dijo.

Luke ya se había metido en el agua y la estaba esperando.

–¿No decías que éramos iguales? De momento, parece que aquí el que mando soy yo –la retó.

–Date la vuelta –le ordenó Lucía, dispuesta a demostrarle que no era ninguna cobarde.

Al ver que Luke se daba la vuelta en el agua, comenzó a desnudarse. Acto seguido, corrió hacia el mar, gritando y moviendo los brazos al entrar en contacto con el agua gélida.

–Te has vuelto a girar –se quejó al llegar cerca de él.

Luke no contestó, estaba de pie con los puños en las caderas, observándola sin ningún tipo de vergüenza. Menos mal que era de noche. Luke comenzó a tirarle agua, golpeando la superficie con el brazo y Lucía no tuvo más remedio que defenderse, pero pronto quedó claro que no tenía nada que hacer.

–Me rindo, me rindo –se rio–. Tú ganas.

–¿De verdad? ¿Y cuál es el premio? –quiso saber Luke acercándose y tomándola entre sus brazos.

Lucía no pudo contestar.

–¿Sigues teniendo frío? –murmuró Luke apretándose contra ella.

Lucía se apartó.

–¿Sigues sin confiar en mí?

Por toda contestación, Lucía le puso las palmas de las manos en el pecho en actitud defensiva.

–Anda, sécate y vístete, ya hablaremos luego –le indicó Luke

alejándose hacia la orilla–. Tenías razón, en este sitio no hay más que agua, rocas y arena –añadió poniéndose los vaqueros a toda velocidad y caminando hacia la casa.

–Espera –le dijo Lucía colocándose la camisa a la cintura y los vaqueros como un chal y yendo tras él.

Cuando, por fin, consiguió darle alcance, lo tomó del brazo.

–No me encuentro muy bien, pero no quiero estropear las cosas. No es nada grave, solo una fase por la que estoy atravesando –le explicó.

–Pues más te vale que no se convierta en un estado permanente –contestó Luke de mala manera, zafándose de ella.

Lucía sabía que Luke tenía razón, así que apretó los dientes y corrió tras él.

–Margaret ha salido con su amigo, el vecino de enfrente, y no volverá hasta tarde –le dijo desesperada por volver a la normalidad.

–¿Y? –contestó Luke sin ni siquiera mirarla.

–Lo digo porque puedes ducharte y cambiarte de ropa aquí y te invito a beber algo caliente.

Luke se paró tan repentinamente que Lucía estuvo a punto de chocarse con él.

–¿Cuándo vas a dejar de fingir que lo único que hay entre nosotros es si tú tienes frío o yo tengo frío y los fantasmas de la playa? Quiero que sepas que he ido a Londres y he descubierto lo que ocurrió y lo he tenido que hacer porque sabía que estaba sucediendo algo importante y que no me lo querías contar. Evidentemente, no confías en mí lo suficiente.

Lucía hizo una mueca de disgusto.

–Te voy a proponer un trato: vamos a hablar del pasado sin ocultar nada, ni siquiera las lágrimas –le propuso–. No quiero bromas ni chistes porque lo que te pasó en Londres es demasiado serio para reírse.

–Ya lo sé y lo he denunciado a la policía.

–¿Así que lo has denunciado a la policía pero no me lo podías contar a mí?

–Lo he denunciado porque Margaret me dijo que habías ido a Londres, pero supongo que llegaste tú antes que mi denuncia.

–Supongo que sí –contestó Luke–. ¿Acaso te creías que te iba a tener en menor consideración si me lo contabas?

–Yo... –contestó Lucía mirándolo a los ojos y comprobando que Luke estaba enfadado, pero también dolido.

–Es maravilloso recordar los veranos que pasamos aquí porque fueron tiempos estupendos y no hay problema en recordar las risas

y también las lágrimas. Es normal que los recuerdos vuelvan a nosotros porque compartimos ese pasado. ¿Te acuerdas de la barbacoa?

–¿Cómo la iba a olvidar? –contestó Lucía, que sabía perfectamente al día que se estaba refiriendo Luke–. Mis hermanos estuvieron a punto de quemar la mesa –añadió recordando.

–La mesa que mi madre se había empeñado en bajar con mantel de lino, cubertería de plata y velas –añadió Luke.

–Mi madre quemó la comida –continuó Lucía sonriendo.

–Pero tu padre salvó el día –apuntó Luke.

–Con ayuda del tuyo –le recordó Lucía–. Se llevaban bien, ¿eh?

–Sí, muy bien.

–No como nuestras madres...

–Ellas no se entendían tan bien, pero como eran las dos tan educadas...

–Qué bien lo pasábamos entonces –recordó Lucía.

–Sí, desde luego –contestó Luke–. Será mejor que vuelvas a casa –añadió protegiéndola del viento.

Lucía comprendió que Luke quería estar un rato a solas. Ella también lo solía necesitar de vez en cuando.

–Voy yendo y me voy duchando –accedió.

Cuando estaba pasando junto a él, Luke la agarró del brazo.

–Entonces, ¿hacemos el trato de no ocultarnos lo que sentimos cuando recordamos el pasado? –le propuso.

–Está bien –contestó Lucía sin poder ocultar cierta decepción, pues parecía que a Luke solo le interesaba el pasado.

–Margaret me ha comentado que quiere dar una fiesta para todos los que estamos participando en la reforma de la casa. ¿Tú sabes algo? –le preguntó Luke.

–Sí –contestó Lucía–. ¿Vendrás?

–Haré lo que pueda.

–No somos tu prioridad, ¿eh? –le espetó dolida.

–Desde luego que no –bramó Luke.

Lo último que Lucía se esperaba era que Luke el amigo de sus hermanos, Luke el que la vigilaba tan de cerca como ellos, Luke el protector y el ángel guardián la mirara como un tigre hambriento, pero así fue exactamente como la miró antes de besarla.

Lucía le pasó los brazos por el cuello y lo besó también. Luke se moría por seguir besándola, pero se apartó porque sabía que Lucía necesitaba más tiempo.

–Se ha levantado viento de nuevo –anunció–. Vete a casa antes de que te resfríes.

–Solo una cosa más.

–Dime.

–¿Iguales? –le propuso Lucía alargando la mano.

–Iguales –contestó Luke estrechándosela.

Cuando sus manos se encontraron, el calor de sus respectivos cuerpos también lo hizo, sus miradas se fundieron y sus labios quisieron ir al encuentro, pero sus propietarios no se lo permitieron.

Lucía se giró y caminó hacia la casa como si no hubiera sucedido nada entre ellos, pero no era así y ambos lo sabían.

Se habían comprometido a ir por el mismo camino juntos durante un tiempo, aunque ninguno de los dos sabía a dónde los iba a llevar. Lo que tenían claro era cuál era el objetivo: devolver el esplendor a St. Oswalds y a su casa de huéspedes.

Luke lo tenía claro desde el principio, pero luego había aparecido Lucía y, cuando se había enterado de lo ocurrido en Londres, todo había cambiado.

La vida solía ser más complicada de lo que uno creía.

Capítulo 12

Suelen decir que, para que una herida pueda curarse realmente, primero hay que sacar todo el pus que hay dentro, pero limpiar la herida puede ser traumático.

Suelen decir que si no te mata te hace más fuerte.

¿Y quién lo dice? ¿Lo dicen por experiencia propia? ¿Han probado a desnudarse ante una persona con la que no quieren compartir sus vergüenzas?

Al llegar a la casa, cada uno se fue hacia un baño. Tras ducharse, Lucía bajó las escaleras y encontró a Luke en la cocina. Al verla, no perdió el tiempo y fue directamente al grano, como de costumbre.

–Quiero que hablemos de lo que sucedió en Londres –anunció mirándola fijamente.

–Luke, por favor, no me apetece hablar de ello ahora –contestó Lucía alzando la voz–. Por favor, no me obligues...

Luke cerró la puerta de la cocina para que no pudiera escapar y se apoyó en ella.

–Me preocupo por ti y creo que es importante que lo hablemos.

–Me importa un pimiento lo que tú creas. Yo no te he pedido que te metas en mi vida. De hecho, no necesito que lo hagas.

–¿Me estás diciendo que no me tengo que preocupar si te encuentro trabajando de fregona en una discoteca cutre?

–Déjame salir, Luke. No quiero hablar de esto ahora.

–Entonces, ¿cuándo? ¿Qué quieres, no contárselo a nadie, dejártelo dentro para que se pudra y acabe contigo? No pienso consentirlo.

Lucía intentó abrir la puerta, pero Luke se lo impidió.

–Te has peleado –se sorprendió Lucía al ver algo que le llamó la atención–. ¿Qué has hecho?

Luke se quedó mirándose los nudillos amoratados.

–Esto es porque he estado asegurando caravanas y moviendo piedras. ¿Te crees que pegaría a un hombrecillo triste y repugnante?

–Así que lo sabes...

–Por supuesto que lo sé –le confirmó Luke–. Lo que no entiendo es por qué no me lo has dicho.

–Porque ya pasó y nunca va a volver a ocurrir.

–¿De verdad que ya pasó? –le preguntó Luke.

Acto seguido, se apartó de la puerta, pero Lucía ya no tenía intención de huir, se apoyó en la pared y dejó que los recuerdos de aquel día afluyeran a su mente.

–Empezar a trabajar después de haber terminado los estudios fue muy diferente a como yo creía que iba a ser –comenzó sintiendo de nuevo la vergüenza, sintiéndose casi como la furcia que el conserje le había dicho que era.

Había llegado a Cornualles muy asustada, temiendo que Margaret se diera cuenta de lo que había sucedido y la echara de su casa, pero la anciana la había admitido sin preguntar nada.

–Fui al vestuario de empleados a cambiarme el uniforme y no cerré la puerta con pestillo porque se suponía que era de mujeres. Además, estamos hablando de un hotel muy serio, así que supuse que estaba segura. Oí un ruido y, cuando me giré, me encontré con un conserje con el que me llevaba muy bien, mirándome fijamente –continuó haciendo una pausa porque no quería sonar demasiado dramática, sino solamente narrar los hechos–. Se estaba tocando por encima de los pantalones mientras miraba cómo me cambiaba. Cuando me giré y vio que lo había sorprendido, se tocó más abiertamente. Yo no me lo podía creer. No estaba avergonzado en absoluto. De hecho, se acercó. Yo no me podía mover del sitio. Los pies no me respondían. Se paró delante de mí y me preguntó con total naturalidad si quería tocarle. Le dije que no y di un paso atrás. Entonces, me espetó: «No me lo puedo creer. ¿Una sudamericana apasionada como tú no quiere tocarme?». Me di cuenta de que lo había ofendido –rememoró Lucía tragando saliva y apartándose de Luke–. Se bajó la cremallera del pantalón y se sacó el miembro. Yo di otro paso atrás y, entonces, me preguntó si es que no me gustaba y se puso cada vez más violento. Perdón... –añadió tapándose la cara con las manos y girándose de espaldas a Luke un momento, hasta que la arcada pasó–. Tranquilo, tranquilo, puedo continuar –lo tranquilizó cuando Luke hizo amago de ir hacia ella–. Se frotó contra mí y yo lo abofetee. Luché contra él con todas mis fuerzas, pero él se puso más violento todavía. Comenzó a tocarme por todas partes, me agarró con tanta fuerza de los pechos que me hizo daño. Me pegó y me tocó entre las piernas, me arrancó las braguitas y acercó su...

Se interrumpió al encontrarse con los ojos de Luke.

–Continúa –le dijo él con calma.

Lucía tomó aire profundamente.

–Le di una patada en la rodilla con todas mis fuerzas y, mientras aullaba de dolor, conseguí huir. Corrí a mi habitación, agarré las llaves del coche y unas cuantas cosas y salí corriendo. Ni siquiera me paré a ducharme a pesar de que me ardía la piel como si me hubiera quemado con ácido. Por supuesto, eran las huellas de sus dedos. Me metí en el coche y huí de Londres sin tener claro a dónde iba. Cuando llegué a Exeter, me di cuenta de que estaba conduciendo hacia la casa de huéspedes donde tan feliz había sido –recordó tragando saliva–. No quise ir al ático de mi familia en Londres porque mis hermanos podían aparecer en cualquier momento y no los quería ver.

–Menos mal que Margaret estaba en casa.

–Sí, pero creo que le di un susto de muerte porque, cuando abrió la puerta, se encontró con una loca con el pelo revuelto, la cara cubierta de lágrimas, la ropa rota y mordiscos y arañazos por todas partes.

–Lucía...

–Eso es todo –finalizó.

–¿Por qué no me llamaste? –le preguntó Luke tomándola entre sus brazos–. Habría ido a buscarte inmediatamente.

–Porque me sentía avergonzada y sucia. No quería que nadie se enterara de lo que había sucedido y, además, era mi problema y el de nadie más.

–Podría haberte ayudado.

–Creo que fue mejor no contarte nada. Podrías haber matado al conserje.

–Posiblemente –admitió Luke besándola con mucha delicadeza–. Perdona, supongo que esto es lo último que te apetece.

–Te equivocas, es lo que más me apetece del mundo –contestó Lucía sintiéndose cuidada y querida.

Entonces, Luke volvió a besarla y Lucía se estremeció de los pies a la cabeza, sintiéndose como un animalito herido al que han rescatado por fin. Luke le tomó la cabeza con una mano y Lucía le devolvió los besos. Aquel hombre nunca le había dado miedo porque, aunque parecía un bárbaro, siempre había sido la roca en la que se había apoyado. Lo cierto era que jamás hubiera creído que iba a ser correspondida por él y menos después de lo que había sucedido. A lo mejor, solo quería besarla...

Luke sintió el cambio en Lucía y se apartó.

–No estás preparada –le explicó al ver la pregunta en sus ojos–. Y, además, no es el momento –añadió poniéndose la cazadora que había dejado a la entrada–. Se me olvidaba –comentó volviendo

muy sonriente con algo en la mano.

–¿Qué es?

–Te he comprado una cosa. No me gusta comprar regalos en los hoteles porque me parece demasiado fácil y eso es lo que hice de parte de tu hermano en tu cumpleaños, pero esto es de mi parte. Te lo he comprado en Londres y espero que te guste. Feliz cumpleaños, Lucía.

Lucía sonrió al ver lo que contenía la caja.

–¿Esto es una indirecta? ¿Me estás diciendo que me tengo que cepillar el pelo? –le preguntó mientras examinaba el exquisito cepillo hecho a mano.

–Más bien, me gustaría hacerlo a mí –murmuró Luke.

–Es precioso, me encanta –declaró Lucía sinceramente, pues se trataba de un cepillo esmaltado en tonos turquesas, dorados y rosas que era realmente bonito.

Y la idea de que Luke lo utilizara para cepillarle el pelo se le antojó lo más erótico del mundo.

–Bueno, me tengo que ir –anunció Luke como si no hubiera sucedido nada extraordinario entre ellos.

–Buenas noches –se despidió Lucía sintiendo que todo había cambiado.

Una vez a solas, cerró la puerta y se quedó apoyada en ella intentando dilucidar si lo que le había contado los había acercado o alejado.

Luke se había tenido que ir porque no se fiaba de sí mismo, pues había estado a punto de tomar a Lucía entre sus brazos con fuerza, no soltarla jamás y protegerla del mundo. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para irse, por supuesto, pero le parecía más importante respetar su independencia y su libertad.

Aunque ella creyera que era un apéndice vigilante de sus hermanos, respetaba su decisión de afrontar ella sola lo que había sucedido en Londres aunque, cuando la había oído narrarlo, había sentido la imperiosa necesidad de protegerla y, además, le habría gustado mucho seguir besándola.

Luke era consciente de que habría de pasar bastante tiempo hasta que Lucía pudiera confiar en un hombre y, para cuando llegó al hotel, lo único que podía hacer era pensar en ella, así que se dio una buena ducha de agua fría, se cambió de ropa y decidió ponerse a trabajar.

Así fue como intentó concentrarse en unas cuantas cifras que Lucía le había entregado, pero su adorado rostro se mezclaba con los números y pronto se encontró pensando en el sufrimiento que

debía de haber pasado y en que él no había estado a su lado para ayudarla.

Entonces, se dio cuenta de que no había vuelto a tener paz desde aquel día en el que había visto a una joven maravillosa y salvaje en la playa de St. Oswalds. Nunca había visto a una chica como ella y se le había antojado un pájaro exótico en comparación con los canarios domesticados que conocía. Desde entonces, no había habido ni un solo día en el que no hubiera pensado en ella.

Sus hermanos estaban demasiado ocupados y no solían darse cuenta de sus necesidades, pero él, sí. Y ahora Lucía le decía que ya no le necesitaba. ¿Cómo le hacía sentirse aquello?

Como si algo se le hubiera atragantado en el estómago.

Capítulo 13

Depilarme

Luke tiene razón. Tengo que seguir adelante con mi vida. No es de extrañar que haya pasado de mí y se haya ido. ¿Desde cuándo soy tan gallina? He estado repasando mi lista de objetivos. Además de no prestar atención a los asuntos realmente serios, ¿qué más he estado pasando por alto?

Ah, sí.

No obtuve resultados del número de información telefónica. A lo mejor fue porque no fui suficientemente sincera con el operador. Menos mal que mi charla con mi compañera Grace ha dado frutos. Gracias a ella, no tendré que acudir a la esteticista del Grand Hotel. La sola idea de encontrarme allí con Luke hace que me muera de vergüenza. Por lo visto, han abierto un sitio nuevo más pequeño y discreto en una callejuela del pueblo.

Además, si la tensión de lo que voy a hacer me supera, también tienen estupendas masajistas.

Y, por si eso no fuera suficiente, he conseguido que me dieran la última hora que tenían libre.

Las luces eran de neón rosa y las ventanas tenían los cristales tintados.

–Veruschka estará con usted en un momento –anunció la recepcionista–. Veruschka es muy buena, muy suave –añadió como si viera el miedo reflejado en el rostro de Lucía.

Horror.

Lucía observó horrorizada cómo se abría la puerta del fondo, pero la que apareció fue una chica joven, de la misma edad que ella, con coleta alta y apenas maquillaje.

–Por aquí, por favor –le indicó.

Aquello no iba a estar tan mal. No tenía de qué preocuparse. Cuando llegó al vestuario y se encontró con que tenía que ponerse una braga tanga de papel, se dijo que, a lo mejor, iba a tener algún problemilla. La parte estrecha iba hacia atrás y ella se quería depilar por delante, así que ¿cómo debía ponérsela? Bueno, daba igual. Veruschka le indicaría...

–Veruschka, ya estoy –anunció.

–Por aquí, por favor.

¿Y aquella voz masculina? ¿Se había convertido Veruschka en un hombre? Lucía se puso nerviosa y no pudo evitar un grito de sorpresa cuando descorrió la cortina y apareció una mujer tan alta y fuerte como sus hermanos.

–No he venido a darme un masaje –se disculpó Lucía.

–Ya lo sé, has venido a depilarte –contestó la mujer de la voz grave.

–Exacto –le confirmó Lucía elevando el mentón y sintiéndose más gallina que nunca.

Estaba tumbada boca arriba sobre una camilla, preguntándose cómo iba a sacar el tema del tanga cuando Veruschka tomó la iniciativa.

–Vamos a empezar por el bigote y, luego, iremos bajando.

¿Cómo?

–Eh, sí, bueno… quería preguntarte…

Demasiado tarde. La cera y el titán se acercaban. La cera ya estaba en su cara. Qué pronto se había secado. Vaya, no se había dado cuenta de que tuviera tanto bigote, tenía la sensación de que le cubría media cara.

¡Ay!

¿Y por qué tenía que doler tanto?

–Veruschka, lo vamos a dejar aquí –decidió bajándose de la camilla y corriendo al vestuario a vestirse.

Acto seguido, pagó a la salida y se fue corriendo.

Comprarme ropa nueva.

El nuevo orden de la lista de objetivos imponía comprar ropa después de haberse depilado. La oportunidad perfecta para adquirir un par de trajes elegantes para cuando estuviera al frente de la casa de huéspedes.

Podía elegir lo que más le apeteciera, lo que era toda una novedad teniendo en cuenta que en el hotel de Londres le habían impuesto un uniforme negro. Lucía pensó que, por poco dinero, podría comprar algo realmente bonito.

Aquello era completamente ridículo, pero, a pesar de que estaba oscureciendo, Lucía había bajado a la playa con la imperiosa necesidad de enseñarle a su madre lo que se había comprado.

Se había puesto una de sus nuevas adquisiciones, un traje de

chaqueta azul marino con blusa violeta. Su madre siempre le había aconsejado que pusiera algo de color, pero siempre una sola prenda, con cada conjunto.

El traje le quedaba de maravilla.

–¿Qué te parece? –le preguntó a su madre quitándose las sandalias de tacón y girando sobre sí misma sobre la arena.

–Estás preciosa...

Lucía dio un respingo.

–¡Luke!

–¿No hablabas conmigo acaso?

Lucía se rio nerviosa. No estaba dispuesta a admitir que estaba hablando con su difunta madre.

–¿Te parece que estoy preciosa? ¿Qué tal la blusa violeta? ¿Es demasiado o está bien?

–Esa combinación de colores es tan única como tú, Lucía.

–Me alegro de que te guste –Lucía sonrió–. ¿Cómo sabías que iba a estar aquí?

–¿Y tú me lo preguntas?

Luke tenía razón. Siempre habían tenido una especie de telepatía mutua y era una maravilla comprobar que seguían teniéndola. Lo que no era tan maravilloso era comprobar que sus cuerpos se atraían como dos imanes, lo que hizo que Lucía se preguntara qué sucedería si Luke quisiera hacer algo más que besarla.

–Bueno, ¿qué? ¿Tienes sed? ¿Quieres tomar algo? ¿Quieres que vayamos a casa y nos tomemos una cerveza o un café?

–Lucía, si sigues balbuceando así vas a conseguir que crea que te pongo nerviosa.

–Sí, hombre.

–Acepto la invitación encantado, pero antes me gustaría que les eches un vistazo a las cifras que he estado preparando.

–Ah... qué interesante –contestó Lucía visiblemente decepcionada aunque, en realidad, tendría que haberse sentido encantada de que hubiera ido única y exclusivamente para hablar de trabajo y no para hacerla confrontarse con más fantasmas–. Primero, los negocios –anunció tomando el camino hacia la casa.

–No me has dicho qué haces en la playa vestida con un traje de chaqueta –le recordó.

–Exacto, no te lo he dicho –contestó Lucía.

Ya estaba en lo alto del acantilado y no se había dado cuenta de que Luke no iba detrás. Se había quedado en la playa, disfrutando del atardecer, de los últimos rayos de sol.

La temperatura había bajado considerablemente y se había levantado viento. Luke detectó aquellos hechos con alguna parte de su cerebro, pero el resto de él estaba completamente concentrado en Lucía.

¿Cuánto tiempo habían perdido?

Luke subió por el camino del acantilado y, al llegar arriba, se quedó parado, pues no veía a Lucía por ninguna parte y la casa estaba completamente a oscuras. De repente, a la izquierda, vio una lucecita en una de las ventanas de la caravana y se acercó.

Lucía abrió la puerta tímidamente.

–Has estado llorando. ¿Tanto me has echado de menos? –le preguntó Luke.

–Pero que creído eres –Lucía sonrió–. Lo que pasa es que estoy celosa porque Margaret se está tomando el té con pastas con el vecino de enfrente. Bueno, ¿vas a entrar o nos vamos a quedar aquí toda la noche?

–Así que quedarte sin té con pastas te entristece tanto como para llorar, ¿eh? –bromeó Luke entrando en la caravana–. ¿Qué te pasa?

–Nada.

–Lucía, no me lo creo.

Lucía se mordió el labio inferior y miró a Luke a los ojos.

–Lloro porque echo de menos a mi madre.

Luke alargó el brazo y le acarició la mejilla.

–Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

–¿Tú crees?

–No lo creo, lo sé. Margaret no para de decirme lo mucho y bien que trabajas, las maravillosas ideas que tienes y lo bien que se te da atender a los huéspedes. Está tan encantada contigo que no sabe cómo ha conseguido llevar el hostal sin ti –le explicó Luke sentándose en la cama–. Madre mía, qué incómodo es esto. ¿Cómo puedes dormir aquí?

–La habitación que voy a ocupar en la casa ya está casi lista, pero todavía no está terminada y, además, un amigo mío me ha mandado unas mantas y unas almohadas estupendas.

–Qué buen amigo, ¿no?

Lucía chasqueó la lengua y le tiró una almohada. Luke respondió agarrándola del brazo y tirando de ella hacia sí.

–¡Suéltame, bobo! –exclamó Lucía sin convicción, tumbándose a su lado–. ¿No decías que habías venido por trabajo?

–Yo no diría que esto es trabajo…

–¿Ah, no? ¿Estás seguro? –quiso saber Lucía, incorporándose y sentándose en la cama–. ¿Seguro que no soy solo trabajo para ti?

–¿Cómo puedes decir eso?

–Bueno, por lo que has estado haciendo siempre. Ir y venir e informar a mis hermanos, que me apretaban la correa hasta que me ahogaban. ¿Has cambiado de papel?

–No estoy aquí por tus hermanos –le aseguró Luke.

–Por una vez en mi vida he encontrado algo que merece la pena terminar y no pienso irme de aquí hasta que lo haya hecho.

–Yo tampoco –le aseguró Luke tomándola entre sus brazos.

–Yo...

–Hablas demasiado –la interrumpió Luke besándola y desabrochándole los botones de la blusa.

–Espero que esto no sea una de tus bromas...

–Claro que no –le aseguró Luke.

–¿Qué vas a hacer?

–Te voy a hacer el amor –contestó Luke con seguridad.

–¿Seguiremos siendo amigos después? –quiso saber Lucía.

–Probablemente, discutiremos todavía más.

–Eres imposible.

Luke volvió a interrumpirla besándola de nuevo con ternura. Lucía se resistió al principio como si no quisiera arriesgarse a perder su amistad, lo que hizo que Luke se preguntara si se habría equivocado, si no habría entendido bien. Justo cuando estaba a punto de apartarse, Lucía se derritió contra él y lo besó.

Los besos fueron haciendo que la temperatura de sus cuerpos aumentara. Luke percibía a Lucía entregada, pero también percibía que faltaba algo.

–Sabes que jamás te haría daño, ¿verdad?

–Sé que jamás me harías daño –contestó Lucía apartándose–. Soy yo –se disculpó.

–¿Es por lo que sucedió en Londres? –le preguntó Luke.

–No quiero hablar de ello.

Luke se enfureció al recordar a aquel hombre que tanto daño les estaba haciendo. Quería demostrarle a Lucía que no había motivo para tener miedo, pero ella lo tomó desprevenido, le pasó los brazos por el cuello y se abalanzó sobre él para besarlo con una furia que lo sorprendió.

Luke la agarró de las muñecas, se tumbó sobre ella y le colocó las manos por encima de la cabeza. Jamás la había visto así, con la boca entreabierta, la respiración entrecortada y los ojos oscurecidos por la pasión y tuvo que recordarse a sí mismo que aquello no era una aventura cualquiera, sino la mujer a la que siempre había amado y a la que quería hacerle el amor.

–Lucía –le dijo cuando ella se soltó y comenzó a desnudarlo–. ¡Lucía, para! –le ordenó.

Lucía se paró en seco, como sorprendida de su propia actitud y, luego, se giró y le dio la espalda como si hubiera hecho algo incorrecto.

–Lucía, mírame –le pidió Luke con amabilidad, tomándola entre sus brazos y acariciándole el pelo–. Te he dicho que pararas porque no quiero que sea así entre nosotros la primera vez.

–No es la primera vez para mí –confesó Lucía.

–Pero sí conmigo –Luke sonrió mirándola a los ojos.

–No soy como mi madre –comentó Lucía de repente–. Mi madre era un espíritu libre y yo quería ser como ella, pero, siempre que intento hacer las cosas que ella hizo, meto la pata.

–Tranquila –le dijo Luke besándola en la frente.

Para él, Demelza Acosta no había sido un espíritu libre, sino una loca que no habría muerto en la inundación si no hubiera insistido en volver a la estancia para recuperar unas baratijas que el padre de Lucía le había regalado. Por supuesto, jamás se lo contaría a Lucía, pero tampoco era justo que creyera que era peor que su progenitora cuando era evidente que tenía mucho más sentido común.

Luke se dio cuenta entonces de lo que significaba para ellos volver a Cornualles. Significaba enfrentarse a la verdad aunque fuera desagradable.

–El conserje me hizo sentir que yo le había dado pie –comentó Lucía devolviéndolo al presente bruscamente–. Suelo recordarlo una y otra vez para ver si, efectivamente, le di pie para creer algo, para ver si fue culpa mía...

–No debes volver a hacerlo –le aconsejó Luke–. Ese hombre es un enfermo. Tú no tuviste la culpa de nada –le aseguró tomándole el rostro entre las manos y mirándola a los ojos–. Es imposible que tú le dieras pie a nada porque tú no eres así. Lo sé porque te conozco bien, mejor que nadie. Te tomas todo a risa y haces bromas constantemente, pero por dentro eres tan tierna como una...

–¿Magdalena? –bromeó Lucía echando mano del sentido del humor que siempre la había salvado de las situaciones difíciles.

–Estaba pensando, más bien, en una noche de verano –contestó Luke.

–¿Desde cuándo haces poesía? –le preguntó Lucía sorprendida.

–Yo también he ido al colegio –contestó Luke encogiéndose de hombros.

Lucía comprendió entonces, al mirarse en sus ojos, que Luke no iba a permitir que lo distrajera con sus bromas.

–Está bien… –confesó–. Temo no poder… ya sabes… No me veo capaz de darte lo que quieres –anunció girando la cara para no mirarlo.

–A lo mejor no quiero tanto como tú crees.

–¿Solo quieres besos? –le preguntó Lucía girándose de repente y estudiándolo–. ¿Lo ves? Quieres más –anunció.

A Luke le dolió ver el dolor de Lucía transparentado en su rostro. Aquella chica estaba acostumbrada a ocultar su sufrimiento desde la muerte de sus padres, pero Luke conocía bien la cara que se le ponía cuando lo hacía y era la que estaba viendo ante sí en aquellos momentos.

–No soy tan malo, ¿no? Haces que me sienta como si fuera el pirata Barba Azul.

–No es solo por el conserje y por lo que me hizo –confesó Lucía–. Es que yo… yo nunca he… ayúdame un poco, hombre.

–¿Nunca has disfrutado del sexo?

–¿Cómo sabías que estaba pensando en eso?

–Por intuición.

–¿Qué haces? –le preguntó Lucía cuando Luke se quitó la camisa.

–Voy a igualar las cosas.

–Pero si yo llevo la blusa puesta.

–No por mucho tiempo.

Capítulo 14

Encontrar un profesor de baile estupendo

Supongo que estaréis pensando: «¿Cómo puede estar pensando en profesores de baile en un momento así?

Bueno, si un buen profesor de baile me estuviera abrazando en estos momentos, me sentiría segura en todo lo demás.

Hacer el amor empezaba con besos, caricias y susurros al oído y eso Lucía podía hacerlo.

Hasta el más mínimo roce de los labios de Luke hacía que sintiera placer por todo el cuerpo. Había soñado con aquello desde el primer día, cuando lo había visto a galope tendido por la playa, pero la realidad era mucho mejor.

Además, a Luke se le daba muy bien verter todo tipo de promesas en sus oídos, lo que no hacía sino excitarla todavía más.

Temía que no le gustara su cuerpo por parecerle demasiado voluminoso y redondo, pero, cuando sus manos encontraron sus pechos y estos las llenaron por completo, Lucía sintió por primera vez en su vida que eran perfectos.

La conexión entre ellos era tan perfecta, había tanta complicidad, que era imposible tener miedo. Lo único que quería era unirse a él y seguir viviendo aquellas sensaciones maravillosas, así que le pasó los dedos por el pelo mientras Luke bajaba la cabeza para hacerse cargo de uno de sus pezones con la boca.

Cada vez que lo lamía, Lucía sentía una descarga eléctrica entre las piernas que le encantaba. Al ver cómo lo estaba mirando, Luke decidió bajar un poco más, momento que Lucía aprovechó para liberarse de los pantalones.

La pasión se había apoderado completamente de ella. Así lo demostraban sus besos húmedos y sus pezones endurecidos. El deseo era tan grande que las inhibiciones se habían evaporado. Lo único que Luke quería era que Lucía se olvidara del miedo, que consiguiera sobreponerse a lo que aquel hombre le había hecho.

Lucía sabía a inocencia y Luke decidió tomarse todo el tiempo del mundo para satisfacerla, así que aspiró el aroma de su piel y disfrutó de su cuerpo curvilíneo y sedoso.

–Qué guapa eres –murmuró sinceramente.

–Lo mío me ha costado.

–No te pongas a hacer bromas ahora porque te estoy hablando completamente en serio –le aseguró Luke–. Eres muy guapa, para mí siempre lo has sido.

Lucía dio un grito de sorpresa cuando Luke le puso la mano en la pierna, pero no dejó de mirarlo a los ojos mientras la acariciaba y la excitaba aún más. Notó que se le entrecortaba la respiración cuando Luke siguió adelante en su recorrido hacia su entrepierna.

No parecía tener ninguna prisa. Sus lenguas se encontraron y Lucía sintió que el cerebro se le licuaba. No había nada más sensual e íntimo en el mundo que aquello. Cuando sus lenguas comenzaron una danza perfectamente coordinada, Lucía agradeció que Luke le metiera el muslo entre las piernas y comenzara a moverlo contra su clítoris.

El placer era muy intenso, pero no duró mucho porque Luke se apartó y la dejó con las ganas, como estaba haciendo una y otra vez. Se dirigió entonces a sus nalgas y Lucía suspiró de placer al sentir el calor de sus grandes manos.

Luke sabía que era imprescindible ir despacio y hacerse esperar para que el placer fuera todavía más intenso. Sabía que Lucía estaba muy excitada, pero todavía no la iba a tocar donde ella quería que la tocara.

–¿Por qué? –le preguntó ella–. ¿Por qué me niegas lo que es mío? –insistió indignada.

–¿Por qué? –él sonrió–. Porque el placer hay que saborearlo y, además, quiero estar seguro de que estás preparada.

Al oír aquello, Lucía decidió tomar la sartén por el mango, pero cuando alargó los brazos para desabrocharle el cinturón, comprobó que le temblaban las manos. Por lo menos, tuvo la satisfacción de saber que Luke estaba completamente excitado. Para cuando consiguió bajarle la cremallera, tuvo la sensación de que, más que abrirse, aquello explotaba, así que, a lo mejor, Luke tenía razón y hacían mejor en ir despacio.

Luke se quedó quieto mientras Lucía lo desnudaba. Lo hizo con extrema delicadeza y él se dio cuenta de que la noción de que Lucía nunca había experimentado placer con un hombre lo excitaba el doble y también estaba el doble de comprometido a mimarla y a satisfacerla, siempre y cuando la sintiera confiada.

Así, continuó acariciándole los pechos con una mano mientras dejaba la otra inmóvil sobre su vulva, en el lugar que ella creía que necesitaba ser estimulado.

–Por favor, Luke –le rogó.

Cuando Luke se quitó los vaqueros, Lucía se dio cuenta de que nunca lo había visto desnudo completamente porque en la playa estaba oscuro y el agua los cubría. Luke le regaló caricias y besos y una mínima presión en el lugar en el que ella quería mucha más.

–Más –le rogó Lucía abriendo los ojos.

Se percató, entonces, de que estaba esperando sentir miedo, pero no lo estaba sintiendo. Lo que estaba sintiendo era un pulso grave y erótico entre las piernas, pero Luke se negaba a llevarla al orgasmo, como si supiera exactamente dónde estaban sus límites.

Lucía se preguntó si, cuando llegara al borde del precipicio, podría dejarse llevar, podría dejarse ir, pues sabía que ese paso final dependía de la confianza total en Luke.

–Esto no puede ser suficiente para ti –comentó preocupada.

–No es suficiente para ti –contestó Luke–. Relájate.

Aquello era tan nuevo para ella que, al principio, cuando Luke le colocó las piernas sobre sus hombros, hizo ademán de no permitírselo porque se sentía completamente expuesta, pero, en cuanto sintió la lengua de Luke, todo rechazo cesó.

Saber que Luke estaba arrodillado ante ella, dispuesto a adorarla y a darle placer, era tan erótico que se rindió sin condiciones.

–Quiero ver cómo llegas al orgasmo –anunció él–. No te asustes, no hay prisa –matizó al ver la cara de sorpresa de Lucía.

Lucía exhaló temblorosamente y volvió a colocarse en posición. Sentía que el corazón le latía aceleradamente. Acto seguido, Luke le colocó una almohada debajo de las caderas, dejándola todavía más expuesta. Lucía cerró los ojos y se concentró en dejar llegar las sensaciones. Cuando sintió los pelillos de la incipiente barba de Luke en aquella zona de su cuerpo tan sensible, fue como un relámpago que la recorrió de arriba abajo.

–Mírame, Lucía.

Probablemente, aquella era la primera vez en su vida que obedecía una orden de Luke sin rechistar. En aquella ocasión, gritó de placer cuando la mano de su amante comenzó a tocar su instrumento y arrancar delicadas notas de placer de él.

Lucía no podía dejar de gritar su nombre mientras Luke se aseguraba de darle placer y de hacerla disfrutar al máximo. Las oleadas de placer que recorrían su cuerpo no parecían tener fin, pero en algún momento Luke debía de haberla abrazado porque ahora se encontraba entre sus brazos y él la besaba y la acariciaba mientras las últimas oleadas desaparecían.

–¿Te ha gustado? –le preguntó.

–¿Tú qué crees? –contestó Lucía.

Aquel primer orgasmo dio paso inmediato al deseo, pues sentía la erección de Luke en la pierna y tener su lengua en la boca se le antojaba de lo más erótico. La posibilidad de sentirse unida a él en aquellos dos puntos de sus cuerpos se tornó una necesidad imperiosa.

–Impaciente –murmuró Luke.

–Tócame –le pidió Lucía.

–Tócame tú a mí –le propuso Luke.

Lucía cerró los ojos y buscó su erección, que tocó suavemente, maravillándose de su tamaño y de su sedosa textura.

–Otra vez –le indicó Luke–. Y un poco más fuerte.

–¿Qué haces? –le preguntó Lucía cuando al cabo de unos segundos se apartó, temiendo haber hecho algo mal.

–Me voy a poner un preservativo para protegernos a ambos –anunció Luke–. ¿Me ayudas?

Era evidente que Luke no sentía ninguna vergüenza por lo que estaba haciendo y eso se contagió a Lucía. El hecho de que la hubiera involucrado a la hora de colocarse el preservativo así lo demostraba. Luke la besó en la boca y la miró a los ojos con una nueva complicidad. Se conocían de toda la vida, pero era la primera vez que se estaban viendo tal y como eran.

Lucía emitió un grito cuando el glande de Luke se introdujo en su cuerpo. Su amante era tan intuitivo y estaba tan conectado con ella que, cuando se adentró por completo en su organismo, en lugar de miedo a Lucía le produjo alivio.

Luke se quedó quieto, permitiendo que Lucía se acostumbrara a las nuevas sensaciones y dejando que fuera ella la que se moviera primero. Comenzó moviendo las caderas tímidamente para al cabo de unos segundos ir tomando confianza y pasar a moverlas con más fluidez. Luke la guió un poco para ayudarla a tomar el ritmo y, luego, la dejó libre, completamente libre.

No había palabras para describir cómo era sentirse una con Luke después de llevar tantos años amándolo.

–A partir de ahora eres mi esclavo sexual oficial –declaró mucho más tarde, cuando ambos estaban tumbados desnudos en la cama.

–¿Vamos a firmar un contrato para eso? –quiso saber Luke acariciándole el pelo y besándola.

–Por supuesto, un contrato indefinido –contestó Lucía antes de quedarse dormida.

–Me parece bien…

Cuando se despertó, Luke seguía observándola, con la cabeza apoyada en la almohada, junto a la suya.

–¿Qué pasa? –le preguntó.

–Tú –contestó Luke–. Al fin.

–¿Qué significa yo al fin?

–Tú estás al fin donde tienes que estar.

Hay momentos en la vida tan preciosos que se sabe que siempre se van a recordar y, para Lucía, aquel fue uno de ellos. Era la primera vez que tenía la certeza de que los dos sentían lo mismo, que llevaban sintiendo lo mismo desde que se conocieron. La vida había hecho que se conocieran y luego los había separado, pero ahora los unía de nuevo.

–No –bromeó Lucía cuando vio que Luke sonreía con picardía.

–De acuerdo, puedo aguantar –contestó él como si tal cosa, riéndose a carcajadas cuando Lucía se abalanzó impaciente sobre él.

Luke había perdido la cuenta de cuántas veces lo había buscado Lucía. No sabía que fuera tan apasionada ni tan insaciable. La habría querido igual, pero aquello era un extra.

«¿Querido?»

Sí, la quería. Siempre la había querido. Hasta aquellos momentos, no se había dado cuenta del alcance de su amor, pero lo único que le quedaba por hacer ahora era encontrar el momento propicio para compartirlo con ella, para decirle cuánto la amaba.

Cuando salieron de la caravana, comprobaron que el vehículo se había movido varios metros.

–¿Cómo es posible? –se sorprendió Lucía.

–¿Tú qué crees? –Luke se rio.

Lucía se rio también.

–Menos mal que la aseguraste… tenías razón, no aguanta condiciones extremas –le dijo.

–¿Entiendes ahora por qué quiero que te mudes a la casa principal? Bueno, o conmigo, al hotel…

La invitación era tentadora, pero Lucía seguía decidida a ser independiente. Así, podría tener su propia suite en el Grand e invitar a Luke cuando quisiera.

–¿Crees que Margaret sabe lo nuestro? ¿Cambiará eso la situación?

Luke la abrazó y la miró a los ojos.

–Ya va siendo hora de que empieces a confiar en la gente que te quiere, Lucía. Tienes que permitir que te quieran y, para eso, tienes que permitir que se acerquen a ti.

–Dicho así, suena como si yo fuera egoísta –contestó Lucía

viendo la otra cara de la moneda.

–Yo no he dicho eso –se defendió Luke–. Me pareces torpe, cabezota e irritante, pero nunca te he llamado egoísta –bromeó.

–Comprendo.

–Para que veas lo mucho que te aprecio, te diré que he hablado con tus hermanos y les he dicho que lo estás haciendo tan bien por tu cuenta que, a partir de ahora, te van a tener que llamar ellos a ti en busca de consejo.

Lucía se volvió a reír.

–No quiero ni imaginarme de consejera sentimental de cuatro polistas con la testosterona por las nubes. Que llamen a Holly, que se dedica a eso.

Lo cierto era que se sentía de maravilla oyendo a Luke decirle claramente que ni él ni sus hermanos creían ya que fuera a necesitar a un caballero andante que corriera a sacarla de los apuros.

–Les voy a escribir un correo electrónico –anunció, porque Luke había comenzado a besarla de nuevo y, si seguían así, no les iba a quedar más remedio que volver a entrar en la caravana y moverla unos cuantos metros más.

–Tienes algo realmente importante que compartir con ellos.

–¿Ah, sí? ¿El qué?

–Que te quiero.

Capítulo 15

Amordazar a mis hermanos

En estos momentos, me parece un objetivo razonable restablecer el contacto con mis hermanos. Además de razonable, me doy cuenta de que me apetece mucho compartir mi felicidad con ellos. Además, cuanto antes les quede claro que no quiero que compartan con Luke ninguna anécdota vergonzosa sobre mí, mejor... aunque creo que ya es demasiado tarde para eso porque se las sabe casi todas.

Voy a empezar por orden de edad y, con eso, me refiero a la edad de desarrollo emocional con respecto a mí, su hermana, así que voy a empezar por Nacho y terminaré con Rodrigo.

Lucía: Nacho, espero que no se te atragante nada de la sorpresa, pero quiero que sepas que la vida nos ha reunido a Luke y a mí en Cornualles y nos hemos enamorado. Tu bendición significa mucho para mí porque tú significas mucho para mí y siento mucho no haberte demostrado mi amor en el pasado. Por favor, perdóname por ello.

Nacho: Lucía, no te puedes imaginar cuánto me alegro por ti. Tengo el caballo ensillado y esperándome. Hablaremos en breve.

Lucía: Diego, tú eres mi mayor fuente de inspiración porque me has demostrado que, por muy difícil que se lo pongas a los demás para que te quieran, y tú y yo mira que se lo hemos puesto difícil, siempre hay algún loco ahí fuera que se empeña en ver en ti algo que los demás no ven. Luke ve algo en mí. ¿A lo mejor debería presentárselo a Maxie? Ambos han conseguido domar a dos Acosta.

Maxie: Hola guapa. Me alegro mucho por ti porque Luke me encanta. Le contaré las buenas nuevas a Diego en cuanto vuelva de jugar al polo. Si necesitas que te ayude en algo, no tienes más que pedírmelo... ¿a organizar la boda, por ejemplo?

Lucía: Cruz, no empieces, ¿de acuerdo? Ya sé que no quieres oír esto, pero ya iba siendo hora de que tú y yo volviéramos a retomar el contacto, ¿no te parece? Estoy enamorada. De Luke. Luke Forster. Y ni se te ocurra contarle que una vez probé la comida de perro por una apuesta porque te mato.

Cruz: ¿Estamos hablando del mismo Luke? Qué bien. Eso quiere decir que ya no va a jugar igual de bien al polo. Lo siento por el equipo

de Nero.

Lucía: Rodrigo, no hay nadie en el mundo que exceda sus límites como tú, así que no quiero que bajo ningún concepto le cuentes a Luke que una vez me tuvisteis que bajar a manguerazos del tejado después de una discusión con Nacho. Ni tampoco que una vez le denuncié a la policía porque me había confiscado los chicles.

Holly: Lo siento, Lucía, ya te puedes imaginar dónde está Rodrigo. ¿Tengo la sensación de que necesitas una consejera sentimental o es deformación profesional mía? Te quiero mucho y lo que tú elijas me parecerá bien. Si te puedo ayudar en algo, lo que sea, no tienes más que decírmelo.

Sí, lo cierto era que las respuestas no eran exactamente las que ella hubiera esperado. Por lo visto, el mundo seguía girando y lo único que había cambiado era que Luke y ella se habían enamorado.

Desde luego, los polistas no eran fáciles.

Su relación amorosa siguió su curso y la fiesta de inauguración de la casa de huéspedes de Margaret se fue acercando, así como el partido de polo en la playa.

Para atraer a la gente, Luke había previsto que acudieran jugadores de polo de talla internacional. Por supuesto, él iba a capitanear a uno de los equipos y Nacho, al otro.

También iban a ir sus padres, «Los Aterradores Forster», como Lucía los llamaba de pequeña. Su padre se autoproclamaba rico de toda la vida mientras que su madre era tan esnob que ni una reina podría haberle hecho sombra.

Lucía reunió a todo el mundo en la cocina para asegurarse de que todo estaba en orden.

–Bueno, os dejo solos –se despidió Margaret cuando terminó la improvisada reunión.

La anciana se había dado cuenta de que aquellos dos estaban enamorados y estaba encantada. Luke tomó a Lucía de la mano y Lucía se dio cuenta de que todos sus fantasmas se habían evaporado. No le preocupaba en absoluto que sus hermanos fueran a Cornualles para intentar convencerla de que volviera a Argentina, de que volviera a convertirse en una Cenicienta. Luke jamás lo consentiría y ella ya había dejado aquella etapa atrás.

Lo único que le preocupaba eran los padres de Luke. El señor y

la señora Forster tenían idolatrado a su hijo único y Lucía temía no parecerles suficiente para él.

–Tranquila –le dijo Luke pasándole el brazo por los hombros como si presintiera su preocupación–. Lo tienes todo controlado y todo va a salir bien.

¿De verdad? Entonces, ¿por qué estaba inquieta?

Aquel mismo día, estando Luke en las cuadras y Lucía con Grace esperando a que llegaran los polistas argentinos, Lucía se dio cuenta de que se sentía mal por que Grace siguiera trabajando en la discoteca ahora que ella ya se había ido.

La había invitado para que conociera a su familia, de la que tanto le había hablado, y allí estaban, esperando la llegada de sus hermanos.

–Ya verás, es todo un espectáculo verlos llegar –le confió cuando comenzó a ver bajar coches por la colina.

–¡Ni que lo digas! –exclamó Grace cuando los coches comenzaron a acercarse–. ¿Quién es ese hombre tan guapo?

–¿Cuál de ellos? –le preguntó Lucía, acostumbrada a contestar a preguntas sobre sus hermanos.

–Ese alto y fuerte, el del pelo negro y los tatuajes.

–Me temo que vas a tener que ser un poco más específica...

–Lleva un pendiente. Oh, Dios mío, está increíble –insistió su amiga llevándose la mano al pecho.

–Insisto en que vas a tener que ser un poco más explícita porque tengo cuatro hermanos, todos tienen el pelo oscuro y llevan tatuajes y me parece recordar que dos de ellos también llevan pendientes porque, por lo visto, están de moda.

–Me refiero a ese que lleva medio cuerpo fuera de la ventanilla, el de ese coche enorme –le refirió Grace–. Lucía... me está mirando... bueno, más bien, me está desnudando con la mirada.

–¡Nacho, no seas bestia! –exclamó Lucía cuando un enorme todoterreno negro dio un frenazo a su lado–. ¿No tienes nada mejor que hacer que aterrorizar a mis amigas?

–Solo estaba mirando –contestó su hermano muy sonriente–. Una amiga muy guapa... –añadió bajándose las gafas de sol y subiendo la ventanilla.

Un rato después, Lucía vio a Grace y a Nacho charlando en el jardín. Su hermano era mucho más alto que su amiga, que era

bastante alta. Su hermano, bastante taciturno de costumbre, parecía mucho más animado de lo normal.

Lucía sonrió encantada y se dirigió al interior de la casa para asegurarse de que todo estaba en orden para la llegada de los padres de Luke.

Los Forster llegaron una hora después con una especie de corte propia y Lucía suspiró aliviada cuando ambos declararon que la casa de huéspedes estaba preciosa.

Cuando su hermano Nacho también le dijo lo bonito que encontraba el lugar, Lucía asintió satisfecha, pues las dos familias estaban contentas.

–Este sitio está más bonito de lo que yo lo recordaba –le estaba comentando la madre de Luke a Margaret–. Le habéis conseguido dar un toque pintoresco a la par que moderno.

Margaret miró a Lucía en busca de ayuda porque no sabía qué decir.

–Gracias –intervino Lucía.

–Margaret me ha dicho que has sido tú la que te has encargado de la reforma de la casa –comentó la señora Forster mirando a Lucía de arriba abajo.

Lucía se dijo que lo hacía porque habían pasado algunos años desde que no se veían y le explicó que devolver su esplendor al Sundowner se había podido hacer gracias al trabajo en equipo.

–Y al dinero de Luke…

A Lucía se le ocurrieron un millón de respuestas, pero se mordió la lengua y sonrió.

–¿Te acompaño a tu habitación? Supongo que querrás dejar tus cosas y descansar un poco después del viaje –le sugirió.

«Primer asalto para la salvaje Acosta», le dijo Luke con la mirada.

Ambos sabían que, unos años atrás, Lucía habría contestado de otra manera ante el impertinente comentario de la madre de Luke.

–Lucía y Luke trabajando juntos… –murmuró el padre de Luke compartiendo una sonrisa con Lucía–. ¿Hay algo más que nos queráis contar?

–Que ya no nos peleamos –contestó Lucía.

–Estaba pensando en algo más interesante.

–Creo que os va a encantar la suite que os hemos asignado –se apresuró a contestar Lucía–. Tiene unas vistas maravillosas de la playa.

–Veo que eres mucho más diplomática ahora que de niña.

Lucía sonrió y miró a Luke mientras salía de la habitación. Sabía

que era completamente imposible que los padres de su amor la aprobaran porque su padre ni siquiera aprobaba a su hijo y su madre, directamente, no aprobaba a nadie, pero a ella lo único que le importaba era lo que Luke pensara de ella y él la estaba apoyando en todo.

Luke lo tenía todo planeado. Todo iba a salir bien. Llevaba el anillo en el bolsillo. Iba a esperar a que la fiesta que se estaba celebrando en la playa estuviera en su apogeo para que nadie se diera cuenta de lo que le iba a pedir a Lucía.

Hacía una noche maravillosa, había luna llena y la orquesta estaba llenando el ambiente de música sudamericana de lo más sensual.

Ahora, lo único que le hacía falta era que Lucía volviera porque se había ido a cambiar de ropa. Margaret iba a subir al escenario para dar las gracias a todo el mundo por haber ido y, después, le tocaría hablar a él.

En cuanto lo hubiera hecho, iría a buscar a Lucía.

Estaba decidido a que aquel momento fuera mágico y único porque sospechaba que Lucía nunca había tenido ningún momento romántico de verdad en su vida, seguramente por miedo a que sus hermanos se rieran de ella.

Grace la había ayudado a elegir un vestido para la fiesta, para lo que habían tenido que ir de compras al pueblo.

–En vez de esconder tus curvas, deberías celebrarlas –le había aconsejado su amiga.

Por eso, en lugar de un vestido tipo corsé con mucha tela en la falda, Lucía se había decantado por un vestido rojo con escote palabra de honor que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel.

–Estás sensacional –declaró Grace sinceramente cuando Lucía terminó de maquillarse.

–Luke siempre me ha visto en vaqueros, bañador o traje de chaqueta –declaró Lucía–. Bueno, o desnuda –añadió mirándose en el espejo.

–Estás fabulosa –insistió su amiga–. Seguro que le vas a encantar.

–Espero que su madre no crea que es un vestido demasiado atrevido.

–Yo creo que el problema va a venir, más bien, por su padre. Se

le va a caer la mandíbula al suelo en cuanto te vea –bromeó Grace mirando por la ventana, hacia el lugar en el que se encontraban los hermanos de Lucía.

–Crecer al lado de hombres tan guapos es más que suficiente para tener complejo de inferioridad, te lo aseguro –le explicó Lucía mientras su amiga observaba a Nacho–. Me parece que yo sé de otra que se le ha caído la mandíbula al suelo. Anda, cierra la boca ya –se rio.

–Tienes razón –contestó Grace.

Acto seguido, salieron de la habitación de Lucía y, al pasar delante de la suite de los padres de Luke, no pudieron evitar oír lo que estaban comentando.

–Madre mía, no se podía haber enamorado de otra –se estaba quejando la madre de Luke–. Tenía que ser de esa salvaje. ¿Por qué no ha elegido a una niña refinada del club de campo?

El padre de Luke no contestó.

Lucía miró hacia la puerta de la suite y vio que, como de costumbre, la señora Forster estaba impecable. Eso la hizo sentirse fuera de lugar. De repente, se le antojó que tenía el pelo mal a pesar de que se había peinado con esmero y temió que el vestido que había elegido fuera de verdad demasiado atrevido. Seguro que ninguna niña del club de campo se lo pondría. Estaba comenzando a sentirse mal cuando oyó que el padre de Luke la llamaba.

–Lucía.

Al levantar la mirada, vio que el padre de Luke bajaba por las escaleras.

–Vete bajando tú –le indicó a Grace–. ¿Necesitáis algo? –le preguntó al padre de Luke, ya que ahora era la directora de la casa de huéspedes y tenía que ocuparse de los problemas.

–La suite es perfecta, pero me gustaría hablar un momento contigo, si tienes tiempo...

–Siempre tengo tiempo para ti –contestó Lucía recordando la amistad que había unido a aquel hombre con su padre.

–Solo quiero que sepas, Lucía, lo contento que estoy.

–Cuánto me alegro de que te guste la habitación...

–Lo que estoy intentando decir... de manera un poco torpe, me temo... es que estoy muy contento de que hayas sacado a Luke de sí mismo y le hayas recordado que hubo un tiempo en el que fue realmente feliz. De esa manera, has conseguido que deje de obsesionarse con los negocios. Bueno, ya lo he dicho. Eso es lo que yo creo y, por lo que me ha dicho Margaret, ella también, porque dice que nunca os había visto así de felices a ninguno de los dos.

–Trabajar juntos ha sido sorprendentemente fácil –contestó Lucía con cautela.

–En la vida, hay cosas más importantes que el trabajo, Lucía –comentó el padre de Luke con amabilidad–. Se lo he dicho a mi hijo muchas veces... sé que, a veces, parecemos un poco esnobs, pero quería que supieras que estoy muy contento de que Luke y tú os hayáis vuelto a encontrar.

Lucía se preguntó si aquello era una declaración de aceptación o si Donald Forster le estaba diciendo todo eso porque la había visto pasar ante la puerta abierta de su habitación un rato antes. Era obvio por cómo la estaba mirando que sí, que la había visto pasar.

Lucía no pudo evitar preguntarse si la madre de Luke podría aceptarla como nuera, porque era evidente que no tenía nada que ver con lo que ella esperaba de la mujer de su hijo.

No era la mujer adecuada para Luke y para su familia y la última cosa que Lucía quería en el mundo era ser feliz a costa de dañar a nadie.

Capítulo 16

Encontrar (que no sea jugador de polo) novio

Por lo visto, el destino me tenía deparadas otras cosas.

Es evidente que no hay más que polistas a mi alrededor. Incluso el padre de Luke ha montado a caballo un rato y, además, Luke siempre ha sido el único hombre para mí. E incluso cuando tenía catorce años, cuando escribí la primera lista, puse que no quería que mi novio fuera jugador de polo porque Luke cada vez me dedicaba menos tiempo debido a que estaba completamente concentrado en sus caballos y en el deporte, pero ahora comprendo que todo es compatible.

Estoy perdidamente enamorada.

La fiesta había comenzado muy bien y todo se estaba desarrollando a la perfección. Luke estaba muy orgulloso de Lucía. En cuanto le habían dado la más mínima oportunidad para brillar por cuenta propia, lo había hecho. Incluso Maxie, una de las cuñadas de Lucía, que se dedicaba profesionalmente a la organización de eventos, le había comentado a Luke que la fiesta que Lucía había organizado estaba muy bien.

Luke paseó la mirada por la playa. Había un grupo tocando en directo y, bajo una pancarta en la que se leía *¡El Sundowner Ha Vuelto!*, estaba Margaret bailando con su vecino preferido.

Luke acarició el estuche que llevaba en el bolsillo para asegurarse de que el anillo seguía allí. Aquella noche iba a ser la guinda del pastel. Al girar la cabeza, la vio subiendo por el camino del acantilado con los zapatos en la mano.

–Hola –lo saludó fatigada.

–Estás cansada –declaró Luke tomándola entre sus brazos–. ¿Te tienes que quedar mucho más tiempo?

–Hasta que se vaya el último invitado –contestó Lucía elevando el mentón.

–¿Te pasa algo? ¿Te has peleado con alguien? –le preguntó Luke sorprendido por su cambio de actitud.

–Sí.

–¿Con quién?

–Conmigo misma –declaró Lucía caminando hacia la piscina–. ¿Qué le has contado a tu padre sobre nosotros?

–Que te quiero y que quiero seguir a tu lado cuando hayamos terminado este proyecto.

–¿Y a tu madre? ¿Qué le parece a ella la idea?

–¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

–Bastante –contestó Lucía sin mirarlo a los ojos.

–¿No quieres seguir conmigo? –le preguntó Luke, presa de las dudas.

–¿Lo dices en serio? ¿De verdad quieres que sigamos juntos?

–Por supuesto. ¿Por qué no lo iba a decir en serio? –quiso saber Luke frunciendo el ceño.

–Me parece que es muy evidente.

–No para mí, por lo visto. Yo lo único que sé es que te quiero y que quiero estar contigo.

–¿Y no sabes acaso lo que tu madre opina de mi familia?

Luke maldijo en voz baja.

–En realidad, mi madre está encantada de estar aquí porque en el club de campo nunca pasa nada interesante, allí no hay ningún peligro. Diga lo que diga, está encantada de...

–¿Codearse con mis peligrosos hermanos? –lo interrumpió Lucía.

–Con tus glamurosos y misteriosos hermanos, sí –la corrigió Luke–. Así es como los ve mi madre, estoy seguro y, lo que es más importante, como los ven sus amigas del club de campo. Están verdes de envidia y ella se lo pasará por las narices...

–¿Y yo?

–Y tú eres la mujer con la que yo quiero estar, la única.

–¿Estás seguro de que no preferirías a una chica elegante del club de campo?

Luke la tomó entre sus brazos y la obligó a mirarlo a los ojos.

–¿Cómo puedes tener tantas dudas cuando sabes que te adoro?

–Porque he oído a tu madre diciéndole ciertas cosas a tu padre... –confesó Lucía con lágrimas en los ojos.

–Si tu madre estuviera aquí, te diría que, a veces, cuando las madres se enteran de que en la vida de sus hijos va a haber otra mujer que no van a ser ellas, no lo llevan bien. Eso no quiere decir que mi madre no te quiera, solo que se siente amenazada por ti. Vamos a tener que hacer un buen trabajo en equipo para conseguir que entienda que el hecho de que yo te quiera no significa que la deje de querer a ella.

–No sé si voy a encajar con tu estilo de vida tan alto.

Luke se rio.

–Lucía, pero si ni siquiera sabes qué estilo de vida llevo y, en cualquier caso, yo no quiero que cambies para encajar en mi estilo

de vida, quiero que sigas siendo única, como siempre has sido –le aseguró–. Tú tienes tu propia vida y no pienso pedirte que cambies –añadió apretándose contra ella–. Eres lo más importante de mi vida.

Lucía permitió que la abrazara y se regodeó en su cariño.

–Me estoy acordando de que me habías prometido que me ibas a cepillar el pelo con aquel precioso cepillo esmaltado que me compraste –ronroneó.

–Por favor, si quieres tener la fiesta en paz con mi madre, nunca le digas que te he comprado algo personalmente –Luke sonrió–. A ella, siempre le compra los regalos, todos muy bonitos, eso sí, mi maravillosa secretaria personal. Te cuento todo esto para que estimes en su justa medida lo que te voy a dar porque esto lo he comprado yo personalmente para ti –declaró Luke sacándose del bolsillo un estuche antiguo de plata–. Espero que te guste.

–Es precioso –contestó Lucía acariciando el estuche labrado.

–¿No lo vas a abrir? –le preguntó Luke al ver que dudaba–. Sería capaz de vivir contigo en la caravana y de dar clases de equitación si eso es lo que tú quieres, lo que sea con tal de estar a tu lado.

–Luke...

–No busques problemas donde no los hay –le rogó él–. Mira el anillo y dime si te gusta.

Lucía abrió el estuche y miró el anillo y, luego, lo miró a él, pensó en el pasado, en el presente y en el futuro, se quedó en silencio y, para terminar, se puso a llorar.

–Es el anillo de mi madre –sollozó admirando la alianza de perlas y diamantes.

Nacho le había contado a Luke la historia de la madre de Lucía, que había visto aquel anillo en una joyería en el pueblo vecino, un día paseando con su marido. Había comentado lo mucho que le gustaba y el padre de Lucía se lo había comprado.

–Evidentemente, he hablado con Nacho –admitió–. Como tutor tuyo que ha sido y amigo mío que es, me he sentido obligado a compartir con él mis intenciones.

–¿Tus intenciones? –repitió Lucía sintiendo que el mundo giraba más aprisa que nunca–. Luke, por favor, déjate de formalidades. ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

–Puede ser –contestó Luke.

–No, puede ser no. ¿Sí o no?

Luke enarcó una ceja.

–No se hacen bromas con cosas tan serias –insistió Lucía sintiendo que el corazón le latía con fuerza–. ¿Has hablado con

Nacho para pedirle mi mano?

–Sí –admitió Luke.

En lugar de los truenos y los gritos de la señora Forster, lo único que Lucía oyó fue el agradable sonido del mar.

–¿Qué me dices del anillo? –le preguntó Luke–. Estoy seguro de que a tu madre le habría encantado que lo tuvieras.

–Mi madre siempre te quiso mucho –murmuró Lucía sintiendo una conexión especial con ella mientras estudiaba la alianza–. ¡Luke Forster! –exclamó al ver que hincaba una rodilla en el suelo ante ella–. ¿Vas a hacer lo que yo creo que vas a hacer?

–No, es que me ha dado un calambre –bromeó Luke–. Bueno, ¿qué me dices? ¿Te quieres casar conmigo?

Lucía se arrodilló ante él y se acercó hasta que sus frentes se tocaron.

–Sí –contestó.

Luke mantuvo su habitación en el Grand Hotel mientras que Lucía se quedó en la casa de huéspedes para ayudar a Margaret a contratar a más empleados. Luke y ella habían decidido formar una sociedad limitada para compartir sus crecientes intereses en el sector hotelero.

–Todo va como la seda –le comentó Lucía a Luke enseñándole la planificación que había llevado a cabo hasta las Navidades y su boda, que iba a tener lugar en la estancia familiar en Argentina.

–Menudo estrés, futura señora de Luke Donald Forster III –Luke se rio.

Lucía le lanzó un cojín a la cabeza y Luke salió corriendo tras ella.

–¿Qué haces? –le dijo cuando la atrapó y comenzó a besarla y a desabrocharle la blusa.

–Margaret ha ido al pueblo –le recordó Luke.

–¿Y si vuelve de repente?

–Se irá por donde ha venido –la tranquilizó Luke.

–Así no hay quien trabaje –se quejó Lucía en un falso tono lastimero mientras Luke la colocaba en una postura cómoda en el sofá.

–¿No estamos en una casa de huéspedes? –bromeó Luke–. ¿Qué ha sido de la hospitalidad inglesa?

–No sé si voy a poder hacerte un hueco tan de repente –bromeó Lucía separando las piernas.

–Yo creo que sí… –Luke sonrió.

Epílogo

Resumen del año de la revista *¡Rock!*

Holly Acosta, vuestra reportera itinerante

Bien Está Lo Que Bien Acaba.

Los rumores son ciertos. El romance entre Lucía Acosta, miembro de la familia de indomables polistas, y Luke Forster, soltero de oro de la costa Este, va a terminar en boda.

A Luke le gusta que se cumplan las normas tanto en el terreno de juego como en su vida privada y, para demostrarlo, ha hecho incluir en las invitaciones una nota que dice: «Nada de barro en las botas. No se admiten espuelas ni fustas. ¡Por lo menos en público!».

Todo el mundo está como loco por que lo inviten a la boda y, teniendo en cuenta que los únicos Acosta que quedan por domar son Nacho y Cruz, ¡se ha abierto la veda!

–No había visto nunca la estancia tan bonita –exclamó Lucía mientras Luke acercaba el coche a la entrada.

Era la época más bonita del jardín y había flores de colores por todas partes. Los perros olfateaban a su alrededor, algo más viejos pero igualmente encantados de verla, mientras que unos cuantos gatos descansaban tumbados al sol.

–Es el momento perfecto para casarse –recapacitó en voz alta.

–A mí, cualquier momento me parece bien –contestó Luke–. Por mí, como si está nevando… siempre y cuando tú me calientes la cama –añadió mirando a Lucía a los ojos.

–Siempre he soñado con casarme en esta casa y con el hombre al que quiero –suspiró Lucía–. Has tenido suerte de que te haya invitado.

–Sin mí no habría noche de bodas –le recordó Luke–. Bueno, te dejo –se despidió viendo que María y Concepción, las amas de llaves, iban hacia ellos para hacerse cargo del equipaje.

–Te vas a las cuadras a ver a los caballos y a mis hermanos, ¿eh?

–Qué bien me conoces, Lucía –admitió Luke–. Nos vemos para casarnos.

Qué rápido estaba sucediendo todo. Luke le había dicho que se iba a hospedar en la casa de invitados de la estancia hasta la noche de bodas, pero Lucía no se lo había creído. Por lo visto, era cierto.

Luke le había demostrado muchas veces que la espera acrecentaba el placer y ahora lo estaba volviendo a hacer.

Las amigas de Lucía habían ido para ayudarla a celebrar su boda. Grace iba a ser su dama de honor. Las chicas la habían ayudado a ponerse el vestido de novia y ahora su amiga le estaba haciendo entrega del ramo de flores de peonías blancas, rosas color marfil y orquídeas fucsias, idea todo de la madre de Luke...

–¿Puedo pasar? –preguntó Donald Forster asomando la cabeza por la puerta–. Espero no interrumpir –se disculpó mirando a las amigas de Lucía.

–Sabes que siempre tengo tiempo para ti –declaró su futura nuera invitándolo a entrar.

–Estás preciosa –exclamó Donald tras besarla en la mejilla–. Mi hijo tiene mucha suerte. Quiero que sepas que su madre y yo estamos encantados de verlo tan feliz y te damos la bienvenida a nuestra familia –añadió sinceramente, haciendo que Lucía sonriera encantada–. Antes, Luke solo pensaba en el trabajo y en el polo, pero ahora quiere volver a salir a montar a caballo conmigo e incluso le ha dicho a su madre esta mañana que estaba muy guapa, cosa que antes nunca hacía. No sé lo que le das, Lucía, pero sea lo que sea sigue haciéndolo toda la vida, por favor –sonrió sacando algo del bolsillo–. Bueno, sé que la novia debe llevar algo usado, algo nuevo, algo prestado y algo azul, o eso me ha dicho mi mujer, así que esta mañana me ha llevado de compras –declaró como si hubiera cometido un delito–. Hemos decidido comprarte algo nuevo. Según mi esposa, este regalo te recordará cómo apañártelas con un jugador de polo salvaje. Yo creo que no necesitas nuestros consejos para nada, pero en fin... –se rio entregándole un estuche de una joyería–. Tienes que irte acostumbrando a los regalos –le dijo Donald viendo su cara de sorpresa–. Supongo que no te han mimado mucho desde que tus padres murieron, así que mi esposa y yo nos vamos a encargar de hacerlo como a la hija que nunca tuvimos.

Lucía abrió el estuche. Sus amigas se habían congregado a su alrededor para ver qué había dentro. Tras ahogar un grito de sorpresa, todas se rieron.

–Sois los mejores suegros del mundo –declaró Lucía volviendo a mirar las horquillas de diamantes con forma de espuelas en miniatura–. Gracias. Muchas gracias a los dos –declaró besando a Donald en la mejilla–. Me acordaré de vosotros cada vez que me las

ponga –prometió.

«Aunque no siempre que espolee a mi marido», pensó para sí.

–Ha merecido la pena esperar porque estás espectacular –declaró Luke quitándose la corbata y tirándola por los aires para, a continuación, desabrocharse los dos primeros botones de la camisa.

Por fin, estaban a solas en la suite nupcial, en la que María y Concepción habían cubierto el suelo con pétalos de rosas por consejo de Margaret.

–Lo mismo digo –contestó Lucía sintiendo que se le entrecortaba la respiración–. ¿No te vas a quitar la chaqueta? ¿No te quieres poner más cómodo?

–¿Y qué me dices de ti? –contestó Luke acercándose peligrosamente.

–Yo he preguntado primero –lo retó buscando con los dedos las dos horquillas con las espuelas de diamantes que llevaba en el pelo.

–Me alegra ver que mi madre sigue teniendo sentido del humor –observó Luke inspirado por el gesto de Lucía.

–A mí, también –contestó ella zafándose cuando Luke intentó agarrarla.

–¿Me estás evitando o quieres tentarme?

–¿Tú qué crees? A lo mejor es que me gusta que me persigas –contestó Lucía gritando cuando Luke la atrapó en una esquina.

–Umm –murmuró quitándole las horquillas y dejando que el pelo le cayera en cascada hasta la cintura–. La verdad es que llevas demasiada ropa encima –declaró.

–¿Y por qué no me desnudas? –le sugirió Lucía dándose la vuelta para que Luke le desabrochara el vestido.

Para cuando la prenda de encaje y seda cayó al suelo, temblaba de excitación.

–Ahora sí que estás vestida para la ocasión –declaró Luke.

–¿Me la quieres quitar con la boca? –le sugirió Lucía poniendo el pie sobre una silla y mostrándole la liga azul que sus amigas le habían regalado.

–Si quieres... –contestó Luke procediendo a hacerlo.

–Ahora te toca a ti –dijo Lucía.

Luke se quitó la chaqueta.

–La camisa –le indicó Lucía tumbándose en la cama para no perderse nada.

Luke obedeció.

–Desabróchate el cinturón –le ordenó–. Bájate la bragueta y

quítate los zapatos. Bueno, perdón, las botas.

Él se las quitó.

–Todo –concluyó mientras Luke se bajaba los calzoncillos–. Perfecto –murmuró.

–¿Algo más? –Luke sonrió.

–Te contrato como esclavo sexual –bromeó Lucía.

–Ven aquí –Luke se rio.

–No, ven tú –protestó Lucía.

–La cama es para cuando estás cansado.

–¿Y mientras?

–Ah, si no vienes, nunca lo sabrás...

El espacio que había entre ellos vibraba de energía sexual y a lo lejos todavía se oía la música de la fiesta. Lucía se bajó de la cama y caminó sobre los pétalos de rosa haciendo que su exquisito aroma se mezclara con el del deseo que invadía la habitación.

–He esperado demasiado –protestó poniéndole a Luke las manos en los hombros.

–No has hecho más que empezar –contestó él besándola por el cuello.

Lo perdonó al instante, en cuanto Luke la tomó en sus brazos, flexionó las rodillas y la poseyó allí mismo. Lucía tuvo un orgasmo al instante, gritando su nombre y aferrándose a él, sintiéndose completamente segura entre sus brazos mientras se movía de manera incontrolada.

–¿Te ha gustado? –le preguntó Luke.

–Cuando pueda volver a respirar con normalidad, te contestaré –respondió Lucía.

Pero Luke no le dio oportunidad de recuperarse, pues después de aquel primer orgasmo llegaron muchos más.

–¿Nos vamos a la cama? –le preguntó.

–Si estás cansado... –bromeó Lucía.

–No estoy cansado en absoluto –le aseguró Luke–. Lo decía por ti.

–Yo puedo hacerlo en cualquier sitio, en cualquier momento y de cualquier forma –murmuró Lucía.

Amaneció unas horas después.

La casa estaba en silencio cuando Lucía le anunció a Luke lo que le tenía que decir.

–Vamos a tener un hijo –murmuró.

Luke se desperezó, se apoyó sobre un codo y se quedó

mirándola.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo sé.

–¿Desde cuándo? –insistió Luke.

–Desde hace cinco minutos aproximadamente. ¿No sabes que todas las mujeres de Cornualles tenemos poderes mágicos?

–Tú solo eres mitad de Cornualles –le recordó Luke.

–Exacto, mi mitad de brujita –contestó Lucía muy sonriente–. Vamos a tener una niña y la vamos a llamar Demelza.

–No puedo decir que no sabía dónde me metía –contestó Luke negando con la cabeza–. ¿Estás segura, Lucía? No quiero que sufras una decepción.

–No voy a sufrir una decepción –le aseguró Lucía completamente segura de sí misma–. Dentro de nueve meses, tendrás a nuestra hija en los brazos. Yo ya la veo, Luke.

–Siempre he sabido que tenías mucha imaginación, Lucía.

–No, lo que te estoy diciendo es un hecho, no producto de mi imaginación.

–Ya hablaremos de ello dentro de nueve meses –murmuró Luke sonriendo mientras la abrazaba–. ¿Cómo ves a tus hermanos entonces? –bromeó–. No sé si tu lado de brujita se habrá dado cuenta, pero todavía quedan sin casarse Nacho y Cruz.

–Ahora que lo dices, también veo algo al respecto –contestó Lucía mirando al horizonte–. La vida va a ser muy excitante para todos dentro de poco, sobre todo para Nacho.

–Ahora sí que te has equivocado –Luke se rio–. Nacho es un soltero empedernido.

–¿Tú crees? –insistió Lucía como si supiera algo.

–Claro que sí –contestó su marido–. Pero prefiero hablar de nosotros porque nos hemos dejado algo a medias...

–Sí, efectivamente –declaró Lucía sentándose a horcajadas sobre él–. ¿Dónde me he dejado las espuelas?

* * *

Podrás conocer la historia de Cruz Acosta en el último libro de la miniserie *Juego argentino* del próximo mes titulado:

UN HOMBRE REBELDE